

Semblanza de
INDALECIO PRIETO
por
ANDRÉS SABORIT



Estudio introductorio
ENRIQUE MORAL SANDOVAL

Fundación Indalecio Prieto

© **Fundación Cultural Indalecio Prieto**

Gran Vía. 31 – 8º 28013 Madrid

Primera edición: Octubre, 2005

Depósito Legal: M-43938-2005

I.S.B.N.:84-609-7879-6

Imprime: L.M.S.S. Madrid

Reservados todos los derechos. Ni todo el libro ni parte de él pueden ser reproducidos, archivados o transmitidos en forma alguna mediante algún sistema electrónico, mecánico, de fotorreproducción, memoria o cualquier otro sin permiso por escrito del editor.

INDICE

PRESENTACIÓN.....	5
ESTUDIO INTRODUCTORIO	7
"UNA ILUSIÓN QUE ME DESLUMBRÓ"	7
Los artículos y la publicación.....	7
Andrés Saborit Colomer.....	10
El Pacto de San Juan de Luz.	15
SEMBLANZA DE INDALECIO PRIETO.....	26
APUNTES HISTÓRICOS	26
Semblanza de Indalecio Prieto	26
Prieto, Diputado Provincial.....	26
Prieto, Concejal y Diputado a Cortes	28
Prieto, Ministro	29
Prieto, en el exilio	30
FIGURAS DEL SOCIALISMO ESPAÑOL.....	33
I. Indalecio Prieto Tuero	33
Prieto incansable.....	33
La juventud de Prieto.....	34
Concejal y Diputado.....	35
II. Prieto, hombre de acción.....	37
III. Prieto, en Madrid	42
IV. Prieto y el plebiscito.....	46
V. El pesimismo de Prieto.....	50
VI. Prieto y Camba	55
VII. Prieto y March.....	59
VIII. March, en Carranza, 20	64
IX. España en África	71
X. El desastre de Annual.....	76
XI. Calumnia, que algo queda.....	82
XII. Respuesta a un calumniador.....	86
XIII. El Mitin de Cuenca.....	91
XIV. Cartas a un escultor.....	96
De mi vida - Un libro de Indalecio Prieto	102

PRESENTACIÓN

Tiene el lector ante sus ojos el número 22 de la colección que esta Fundación viene dedicando a la obra de Indalecio Prieto. Por primera vez, el libro no es una edición de escritos del importante político y excelente periodista: hoy presentamos una semblanza de Prieto, realizada por capítulos en "Le Socialiste" del exilio por el también histórico socialista Andrés Saborit, y anunciamos la publicación de otros trabajos sobre la figura y la obra de Indalecio Prieto.

La biografía viene precedida por un amplio e interesante estudio a cargo del profesor Enrique Moral que pone la elaboración biográfica en su contexto histórico y explica las posiciones de Prieto y Saborit en el socialismo español del siglo XX y la relación entre ellos.

Para mi resulta muy agradable presentar este libro por varias razones personales añadidas a mi condición de presidente de la Fundación Indalecio Prieto. La primera tiene que ver con la fuerte relación que Prieto y Saborit mantuvieron siempre con Asturias, mi región natal, y el socialismo asturiano.

Prieto había nacido en Oviedo aunque muy pronto hubo de trasladarse a Bilbao donde desarrolló su vida personal, profesional y política. Ya adulto e inmerso en la actividad política recuperó su vínculo con Asturias y nunca dejó de influir en los socialistas asturianos y de colaborar con ellos, como se pone de manifiesto en los Congresos del PSOE, en la Revolución de 1934 e incluso en los largos años del exilio cuando consiguió rescatar por el mar a los guerrilleros asturianos y trasladarlos a territorio francés,

Por otra parte Andrés Saborit fue elegido diputado por Oviedo en 1918 cuando estaba preso en el penal de Cartagena en compañía de Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero y Daniel Anguiano, condenados como miembros del Comité de la Huelga General de 1917. Fue reelegido por la misma circunscripción en 1919 y 1921 aunque posteriormente fue miembro del Congreso de los Diputados por Madrid, donde era concejal. De esa relación queda cumplida huella en el libro "Asturias y sus hombres".

A Saborit lo conocí cuando regresó del exilio en Suiza en 1977, recién recuperada la democracia en España, y fui a esperarle al aeropuerto de Barajas en mi calidad de Secretario General de la Federación Socialista Madrileña. Pocos días después me recibió muy cordialmente, en compañía de Luis Gómez Llorente y Enrique Moral, en la casa de su cuñado. Rojo, donde residió durante algunos días, antes de establecerse en Valencia. Recuerdo que Saborit defendió con pasión juvenil la participación activa en la democracia recobrada y la unidad de los socialistas divididos en históricos y renovados.

Pocos años después, en 1980, tuve el honor de despedir los restos mortales de Andrés Saborit en la plaza de la Villa, a la puerta del Ayuntamiento madrileño con la guardia municipal en formación, con uniforme de gala, rindiendo honores al que fue ininterrumpidamente concejal, el mejor concejal, desde 1917 hasta la derrota en la guerra civil.

En nombre del Ayuntamiento democrático y también como portavoz del Grupo Socialista hice su elogio y deposité sobre el féretro la medalla y el fajín de concejal que conservábamos de la época de la Segunda República. En ese momento recordamos su compromiso con la vida municipal, su obsesión por la gestión bien hecha en beneficio de los ciudadanos, sus reformas administrativas y su lucha permanente contra la corrupción a la que veía siempre acechando en la vida política y especialmente en la municipal. En ese acto de despedida asistían como concejales Enrique Moral y Adolfo de Luxán hoy cooperadores activos en la edición de este libro.

Enrique Moral, nacido en Zaragoza en 1945, profesor titular de Ciencias Políticas en la Universidad Complutense de Madrid y Director Adjunto de la Fundación AENA es, como ya hemos dicho, el autor del estudio preliminar, con la autoridad académica que le confiere la publicación de numerosos libros y monografías de carácter histórico, entre ellos "Pablo Iglesias, escritos y discursos" (1984), "España y la Revolución Francesa"(1989), "Actas de Consejos de Ministros; 1824- 1833 y 1925-1930" (1992), y "Construyendo la modernidad: Vida y pensamiento de Pablo Iglesias" (2002).

De Enrique Moral quiero dar brevemente dos noticias: ha sido elemento dinamizador e indispensable en la creación y desarrollo de la Fundación Pablo Iglesias y trabajó activamente en el PSOE de la clandestinidad, a principios de los años 70. En ese tiempo lo conocí cuando al producirse mi ingreso en aquel pequeño e ilusionante PSOE de 1972, fue mi primer interlocutor socialista bajo el apodo de "León" con el que preservaba en la actividad política, entonces ilegal, su verdadera identidad.

Comprenderán ustedes, después de lo escrito y leído, por qué me resulta tan grato presentar este libro que, sobre todo, mantiene la memoria histórica de una época en la que vivieron políticos como Indalecio Prieto y Andrés Saborit, defensores sin desmayo durante toda su vida de la libertad, la democracia y la justicia.

ALONSO J. PUERTA

PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN INDALECIO PRIETO

ESTUDIO INTRODUCTORIO

"UNA ILUSIÓN QUE ME DESLUMBRÓ"

La Fundación Indalecio Prieto, que desde hace varios años viene honrando la memoria de este dirigente socialista con la reedición de sus obras, entre otras actividades, ha dado un paso más en sus tareas con la publicación de textos sobre Prieto inéditos o, como en el caso que nos ocupa, de casi imposible acceso para el lector. Se trata, como puede observarse, de una serie de artículos escritos por Andrés Saborit Colomer y publicados en la prensa socialista española editada en Francia durante la dictadura franquista.

En esta introducción nos vamos a centrar exclusivamente en tres apartados con la única pretensión de hacer más comprensible el contenido del libro y de encuadrarlo en su contexto histórico. Para ello, haremos primero una descripción general de esta obra y de las características de la publicación en la que aparecieron estos trabajos; daremos seguidamente unos rasgos sobre el autor ceñidos fundamentalmente a los años difíciles en los que redactó estos textos y, finalmente, entraremos en el contenido concreto de los mismos deteniéndonos especialmente en el tema, entonces de reciente trascendencia política, que Saborit abordó con mayor amplitud e interés: la preparación, desarrollo y posterior desenlace frustrado del que fue llamado Pacto de San Juan de Luz.

Los artículos y la publicación

Los trabajos aquí reunidos son dieciséis, de ellos, el primero es de 1953 y el último de 1965. El inicial, como su título indica, constituye una "Semblanza de Indalecio Prieto" y es una miscelánea biográfica dedicada al dirigente socialista con motivo de su septuagésimo aniversario. También reproduce un heterogéneo conjunto de datos sobre su vida el trabajo que cierra este conjunto, ya que tiene como origen la entonces reciente aparición en la capital mejicana de un libro conteniendo una recopilación de artículos de Prieto bajo el título. De mi vida. (Estos dos artículos los citaremos incluyendo entre paréntesis el año de su aparición). A diferencia de los mencionados, los restantes catorce trabajos de Saborit, aunque de muy variado contenido, extensión y concepción, pertenecen a una serie publicada temporalmente entre los años de los dos anteriores bajo la denominación genérica; "Figuras del socialismo español", y que tiene asimismo a Prieto como objetivo central de este bloque. El autor de estos artículos, como iremos viendo en detalle más adelante, era también un veterano dirigente socialista, dotado de una envidiable memoria y de un no menos importante fondo documental, lo que unido al ejercicio habitual del periodismo le llevó a publicar en el exilio un elevado número de artículos sobre hechos y personajes históricos, siendo el origen en algunos casos de varios de sus libros. Esta serie se inicia el jueves 1 de marzo de 1962 y tiene como causa inmediata el reciente fallecimiento de Prieto, ocurrido en la capital azteca el 11 de febrero de ese año y se extendió a lo largo de casi un año, ya que la última y décimo cuarta entrega apareció el catorce de febrero de 1963. Su secuencia no fue homogénea, pues si bien los ocho primeros aparecieron con una cadencia de una o dos semanas, el noveno lo hizo con tres y a partir del décimo, salvo una excepción, fueron apareciendo en lapsos de uno a tres meses y medio. Estos saltos, analizando los contenidos del semanario en el que fueron apareciendo, se debieron en muchos casos a las limitaciones de espacio y en otros a la absorción mayoritaria del mismo por acontecimientos prioritarios para la existencia del socialismo español en el

exilio como la celebración de congresos por el Partido o el Sindicato, o de acontecimientos tan singulares como por ejemplo, en 1962, la celebración en la capital bávara del cuarto congreso del Movimiento Europeo con un encuentro extraordinario de representantes de distintas organizaciones políticas españolas antifranquistas de muy diversa orientación ideológica, con exclusión de los comunistas, que la prensa de la dictadura calificó como el "Contubernio de Munich".

Los artículos de esta serie acusan también en su contenido los avatares acontecidos en el transcurso de su publicación. Así, mientras que los primeros van abordando etapas cronológicas en la vida de Prieto o facetas concretas de su personalidad y temperamento, como su frenética actividad o su conocido pesimismo, el contenido de los 'trabajos sexto y séptimo lo marcarán dos noticias de actualidad como la muerte del escritor Julio Camba y la del banquero y hombre de negocios Juan March. El octavo, enlazando con su precedente, también aporta datos de interés sobre la relación de los socialistas con el financiero mallorquín, si bien en esta ocasión cobra mayor protagonismo la figura del propio Saborit. En los dos siguientes recupera Prieto el primer plano, pues tienen como fondo la guerra de Marruecos y la política española en el protectorado norteafricano. El undécimo comenta un amplio abanico de enfrentamientos contra Prieto desde sectores políticos tan diversos como el conservadurismo monárquico, el comunismo, los llamados Sindicatos Libres o la prensa franquista, y el siguiente enlaza su temática al rebatir informaciones calumniosas sobre el patrimonio del político exiliado divulgadas en el momento desde las páginas del diario ABC de Madrid. La penúltima entrega de la serie, tomando como base un artículo de Víctor Alba sobre un libro de Félix Cordón Ordás, da pie a Saborit para analizar críticamente la gestación del Frente Popular y sus consecuencias, con aportaciones realmente sorprendentes sobre algunos acontecimientos de dicho periodo. Por último, el trabajo que cierra este conjunto se apoya también en la edición de un libro; las Cartas a un escultor, en el que como es sabido aparecieron con carácter póstumo las siete largas misivas que Prieto escribió a Sebastián Miranda entre el 15 de mayo de 1959 y el 30 de enero de 1960. (Los catorce artículos de esta serie vieron la luz numerados en romanos, y por esta numeración los citaremos entre paréntesis).

Tanto en este postrer trabajo, como en todos los demás que conforman este volumen, la relación de hechos, datos, fechas, anécdotas, entresijos, publicaciones -sobre todo periódicas— y personajes, en general experimentados o conocidos directamente por Saborit, llega a ser apabullante. Sin que los artículos pierdan su armonía, vertebrados cada uno de los mismos por el tema o temas elegidos por su autor, su contenido se ve enriquecido abundantemente en todos ellos por una lluvia de datos particulares, y en ocasiones novedosos, que en muchos casos vienen a resultar en sí de tanto o más valor para el lector que el tema histórico de fondo abordado en cada entrega.

A lo largo del texto el lector podrá comprobar que sobrepasan el centenar las personas citadas por Saborit. Dentro de ese conjunto hay algunas sobre las que aporta datos interesantes y, quizás, poco conocidos. De entre estas, además lógicamente de Prieto, y vinculadas al socialismo, podemos mencionar las referencias a Facundo Perezagua (1953 y I) Francisco Largo Caballero (1953), Carlos de Baraibar (1953 y III), Manuel Vigil Montoto y Eusebia Gorrochategui (I), Aquilino Amategui y Trifón Gómez San José (II), Ernest Bevin, Fernando de los Ríos y Luís Araquistain (IV), Antonio Atienza de la Rosa (VIH) y Oscar Pérez Solís (1953 y XI). Cita también en extenso a personas relacionadas con la política española desde otras vertientes como Jesús Hernández (1953 y XI), Alejandro Lerroux (I y VII), Alfonso XIII (VII y IX), Juan de Barbón (IV y V) o el financiero Juan March (VII y VIII), si bien, presentan un interés especial las pertenecientes al mundo del periodismo, que Saborit demuestra conocer y sentir

con tanta o más pasión que la política. Así, dedica varios artículos casi al completo a periodistas o a los cambios y peripecias por los que atravesaron diversos medios de prensa madrileños cuya evolución conocía de primera mano. Entre los periodistas o personas vinculadas a los medios debemos mencionar sus referencias a Horacio Echevarrieta (I, Vil, X y XII), Julio Camba y Luís Taboada (VI), Leopoldo Romeo -"Juan de Aragón"- y Enrique Fajardo -"Fabián Vidal"- (VIII) entre otros muchos, así como los datos de interés que aporta sobre El Socialista (VIII), El País, El Mundo, España Nueva, La Época, ABC (VI), La Correspondencia de España (VI y VIII), La Libertad e Informaciones (VIII), por no citar El Liberal de Bilbao (II y XII), múltiples veces mencionado por su vinculación a la familia Prieto.

Todos los artículos aquí reunidos vieron la luz en las páginas de El Socialista, órgano oficial del Partido durante el exilio y continuador del editado en España desde 1886. Era entonces de periodicidad semanal, su redacción se encontraba en Toulouse - y en algún periodo en París, la tirada se hacía en Marsella y durante los años de que tratamos sufrió, como veremos, algunas alteraciones en su funcionamiento debido a las presiones ejercidas por el régimen franquista ante el Gobierno francés contra las organizaciones españolas de izquierdas establecidas en territorio galo. En 1953, año de la primera entrega, la redacción del periódico se encontraba domiciliada como la ejecutiva de las organizaciones socialistas en Toulouse y el director del mismo, designado a partir del V Congreso en el exilio -celebrado en agosto de 1952- era el veterano militante, arquitecto de profesión, Gabriel Pradal Gómez. Los otros quince trabajos aparecieron entre 1962 y 1965, para entonces la publicación había pasado a denominarse Le Socialiste y su director oficial era el francés Georges Brutelle, estando domiciliada la redacción en París. ¿Cuál era la causa de tan llamativos cambios en el semanario? Como antes adelantamos, las relaciones entre la dictadura española y la Francia del general De Gaulle habían experimentado notables aproximaciones. Como recogen detalladamente las páginas de la publicación en su nueva etapa, iniciada el jueves 21 de diciembre de 1961, El Socialista había sido suspendido en el territorio vecino obedeciendo a las reiteradas peticiones del Gobierno español. Finalizando la década de los cincuenta Francia reprimía con dureza el movimiento independentista en su colonia argelina, mientras que miembros tanto del FLN como de la OAS se movían con facilidad por territorio español gracias a la condescendencia de las autoridades. Con objeto de poner coto a esta situación, en septiembre de 1959 el Ministro de Asuntos Exteriores español Castiella había sido recibido en París por su homólogo Couve de Murville y, seguidamente, por el propio Presidente de la República en el Palacio del Elíseo. El 24 de octubre ambos ministros celebraron un nuevo encuentro en la Isla de los Faisanes, rememorando otras históricas aproximaciones al máximo nivel entre ambos países, y las consecuencias de la cumbre insular pronto rendirían frutos. A partir de la misma, España garantizaba a Francia la cooperación en su lucha contra el F.L.N. argelino, recibiendo como contrapartida, en lo que a nuestro tema se refiere, la colaboración gala en cuanto al "control" de las organizaciones de izquierda españolas asentadas en su territorio. Muy poco hubo que esperar para empezar a conocerse el alcance de aquellos contactos; el 17 de noviembre, apenas transcurridas cinco semanas, el prefecto de la Haute Garonne comunicaba al director del semanario que se abstuviera "de publicar todo comentario injurioso y molesto para los miembros del Gobierno español." También en ese año se prohibió la celebración de un congreso de la UGT en Toulouse, así como en cualquier otro departamento francés próximo a la frontera española. Lo propio le sucedería a la CNT al solicitar autorización para su reunión anual. El PCE quedaba al margen puesto que sus actividades estaban prohibidas expresamente desde 1950.

Pero las actuaciones del ejecutivo galo no se detuvieron ahí. El 31 de julio de 1961 el prefecto de la mencionada región, en la que se encuentra Toulouse, prohibía al PSOE la celebración de su congreso ordinario en la citada capital, en la que por cierto había celebrado los siete anteriores con el beneplácito de las autoridades, haciendo extensiva la orden a todas las zonas próximas. Así mismo se le denegó realizarlo en París, por lo que finalmente tuvo lugar en el pequeño municipio de Puteaux, en las cercanías de dicha capital, en el mes de agosto. A este VIII Congreso asistió por última vez Indalecio Prieto, y tanto esta presencia como su celebración debió provocar el enojo del Gobierno franquista, dado que muy pronto se agudizaron las restricciones contra las organizaciones socialistas y anarquistas radicadas en el vecino país. Con fecha 3 de noviembre de 1961 el Journal Officiel de París publicaba una orden fechada el día anterior cuyo artículo 1º decía de forma taxativa: "Quedan prohibidas en todo el territorio nacional la circulación, distribución y venta de las publicaciones en lengua española tituladas Solidaridad Obrera, El Socialista, CNT y España Libre." (Le Socialiste, 21 de diciembre de 1961)

Cuando sobrevino esta orden draconiana, que no iba acompañada de explicación alguna, el semanario socialista llevaba diecisiete años de publicación ininterrumpida en Francia. Para burlar la suspensión, los socialistas españoles acudieron una vez más a solicitar la solidaridad de sus compañeros franceses de la SFIO. Así, estos les cedieron la cabecera de una de las publicaciones más señeras del socialismo galo, en la que habían colaborado en el siglo XIX José Mesa y Pablo Iglesias; la del semanario Le Socialiste. Además, en actitud de reto frente a unas decisiones impropias de un gobierno democrático en un país caracterizado hasta entonces como refugio libre frente a las dictaduras, acordaron que como director de la publicación figurara oficialmente nada menos que el Secretario General adjunto de la SFIO Georges Brutelle, aunque de hecho siguiera siendo dirigido el periódico por Gabriel Pradal.

Andrés Saborit Colomer.

Expuestos estos breves trazos sobre los textos y la publicación en la que aparecieron, vamos a dedicar unas líneas al autor de los artículos aquí reunidos. Como apuntamos más arriba, Andrés Saborit era, como Indalecio Prieto, un veterano en las filas del socialismo. Seis años mas joven que éste, había nacido en Alcalá de Henares en 1889, iniciando muy temprano su actividad laboral como aprendiz de imprenta. A los trece años ingresó en la histórica Asociación General del Arte de Imprimir (A.G.A.I.), el sindicato de oficio más antiguo y prestigioso de la UGT, razón por la cual Juan José Morato, cronista de los orígenes del socialismo español, la bautizó como "la cuna de un gigante". Con quince años, en los albores del siglo XX, ingresaba en el PSOE y en 1910, siendo presidente de las Juventudes Socialistas de Madrid, sufrió su primer consejo de guerra, que sería el comienzo de una serie de encarcelamientos por delitos de prensa y actividades políticas y sindicales. Era la época de las guerras de Marruecos y muchos socialistas, como el mismo Pablo Iglesias, sufrieron penas de cárcel por oponerse con todos sus medios hablados, y sobre todo escritos, a las guerras coloniales. Desde 1914 hasta 1934 ocupó cargos directivos en la ejecutiva de la UGT y desde 1915 hasta 1931 en la del PSOE, de la que fue Secretario diez años desde 1921. Así pues, fue testigo de excepción de todos los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en España durante las primeras décadas del siglo pasado; formó parte del Comité de Huelga de 1917, junto a Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero y Daniel Anguiano, y fue

diputado en las legislaturas de 1918, 1919 y 1920 por Oviedo, en las de 1923 y 1931 por Madrid y, finalmente, en la de 1933 por Ciudad Real.

De su prolongada labor periodística señalaremos que se inició en los albores del siglo pasado con la dirección entre 1911 y 1915 de la revista *Renovación*, órgano entonces y hasta el presente de las *Juventudes Socialistas*. Al desaparecer en 1913 el semanario ilustrado *Vida Socialista*, promovido durante cuatro años por Tomás Álvarez Ángulo y por Pablo Almela Meliá, ahijado de Pablo Iglesias, fundó y mantuvo durante dos años más una nueva publicación ilustrada afín al Partido denominada *Acción Socialista*. Entre 1921 y 1930 fue el director efectivo del diario *El Socialista*, si bien no figuró como tal oficialmente hasta la muerte de Pablo Iglesias en 1925. Durante la IIª República, según nos refiere en uno de los artículos de este volumen, continuó desempeñando el cargo de concejal, pudiendo haber sido alcalde: "El Gobierno provisional, en deliberaciones en que por ausencia no intervino Prieto, decidió que me encargara de la alcaldía de Madrid, y el acuerdo me lo comunicó Largo Caballero..." Las cosas se torcieron porque al menos siete concejales de la mayoría republicano-socialista pasaron a ocupar cargos en el Gobierno, lo que facilitó el acceso del republicano Pedro Rico a la alcaldía:

"Bien lo sentí... porque ese cargo estaba dotado con 40.000 pesetas, y la primera tenencia de alcaldía que ocupé ni tenía dietas ni retribución de ninguna clase." (1965) En aquel periodo fundó y dirigió la revista municipalista ilustrada *Tiempos Nuevos*, en la que volcó su experiencia como miembro de la corporación madrileña desde 1917, así como su notable vocación y preferencia por este primer estadio de la administración, tan próximo a las necesidades de los ciudadanos. Así mismo, y como portavoz, de la corriente afín a Julián Besteiro, de cuya trayectoria en el Partido fue siempre seguidor, fundó y dirigió en 1935, durante la suspensión de *El Socialista* tras la revolución de Asturias, el semanario *Democracia*.

Sobre diversos puntos concretos de su propia biografía ofrece datos de interés en la entrega octava de la serie. Relata la reorganización de la A.G.A.I. en 1904, la fundación por esta entidad de la Escuela de Aprendices Tipógrafos, la elección de su sede y la selección del profesorado con la trayectoria personal de alguno de sus miembros, su ingreso en la misma, el primer empleo en el periódico *La Correspondencia de España*, su actividad sindical, sus primeras detenciones y condenas, su interesante entrevista con Juan March y los equilibrios para mantener a flote *El Socialista* a partir de 1921, coincidiendo con la escisión comunista.

Llama la atención en estos artículos no sólo la libertad e independencia de criterio que su contenido destila, sino también el agudo espíritu crítico con el que enjuicia Saborit a personas y sobre todo a diversas decisiones históricas adoptadas por el Partido, por sus dirigentes o por el mismo Prieto. El militante fiel a la organización en todo momento, incluso al secundar disciplinadamente movimientos con los que estaba en radical desacuerdo, desvinculado de cargos orgánicos analiza críticamente capítulos trascendentales de la historia del socialismo desde su atalaya ginebrina. No le mueve ya ningún tipo de interés personal ni de vendetta, lo hace de forma didáctica y a modo de rectificación de cara al futuro, pues confió siempre en el papel preponderante que el socialismo volvería a jugar en cuanto se recuperaran las libertades en España. Quizás secundaba con ello la actitud de otros dirigentes: "Prieto, en la emigración, ha tenido otro mérito enorme, como le tuvo Largo Caballero: el de reconocer públicamente sus errores." (1953)

Así, es interesante conocer su opinión personal, en ocasiones claramente influida por Besteiro, sobre hechos tan singulares como los recogidos en los párrafos siguientes: "A mi juicio, fue un error haber intervenido con ministros socialistas desde el ad-

venimiento de la República; pero ese error se agravó llevando a Prieto al Ministerio de Hacienda." (1953)

El día 4 de noviembre de 1933 Juan March se fugaba de la cárcel de Alcalá de Henares. Al respecto, opina Saborit: "...no tiene explicación posible que March estuviera encarcelado sin que durante tantos meses el Gobierno de Azaña hubiese procedido a resolver de un modo o de otro la situación de aquél hombre, diputado republicano en las Cortes Constituyentes, y posteriormente, a pesar de estar encarcelado, elegido vocal del Tribunal de Garantías Constitucionales. La República se creaba tempestades entre sus adversarios sin ninguna compensación..." (VII)

No oculta en el libro Asturias y sus hombres su oposición a la insurrección de 1934, tampoco aquí: "...la revolución de octubre, efectuada sin previa deliberación ni acuerdo de los respectivos Congresos de nuestros organismos nacionales (fue un movimiento) con el que nunca estuvo conforme Besteiro y cuantos coincidíamos con él..." (III y 1965)

También muestra su abierto rechazo a la coalición electoral de febrero de 1936 en el artículo dedicado a este tema, a mi juicio uno de los más interesantes de la serie. En el mismo, dice: "El Frente Popular no era preciso para obtener la amnistía, como se obtuvo en 1917, sin que entonces hubiera en España un régimen republicano." La salida que reclamaba la situación política del momento se desvirtuó: "Azaña buscaba la unión de todos los ciudadanos liberales españoles para derrotar a la reacción, pero no para gobernar juntos después de la victoria en las urnas." Y, finalmente, aquellas elecciones produjeron en su criterio consecuencias negativas imprevistas: "El triunfo correspondió a las izquierdas pero ni fue clamoroso ni indiscutible... la victoria habría sido idéntica si la conjunción se hubiera limitado a los partidos republicanos con el socialista. El Frente Popular consolidó al comunismo, que no había obtenido representación parlamentaria hasta entonces..." bajo las siglas de su partido. (XIII)

También juzgó de forma negativa otro hecho trascendental del momento: "Para hacer caer a don Niceto Alcalá Zamora de la Presidencia de la República -otra gran desgracia nacional, otra inmensa equivocación-, Indalecio Prieto fue el portavoz de las izquierdas." (1953)

No menor interés ofrece su análisis sobre la repetición de las elecciones de febrero de 1936 en la capital conquense: "Por Cuenca triunfaron las izquierdas, utilizando los resortes gubernativos, auxiliados los delegados del gobernador civil por los jóvenes socialistas de La Motorizada, que Prieto puso al servicio de aquella lucha, sin contar con el Comité del Partido, en un rasgo personal de los que frecuentemente le dominaban." (XIII)

Siendo Largo Caballero Presidente del Gobierno durante la Guerra Civil, fue nombrado Saborit Director General de Aduanas. Al concluir la contienda marchó al exilio y fue internado en un campo de refugiados, residiendo posteriormente en Tarbes (Francia). Reincorporado a las tareas del Partido desde su reconstitución en Francia, asistió como delegado con la representación de Oran al II Congreso del PSOE en el Exilio, celebrado en Toulouse del 22 al 26 de mayo de 1946, en el que fue elegido vicepresidente de la mesa que dirigió sus tareas y que presidió otro dirigente histórico. Wenceslao Carrillo. El III Congreso tuvo lugar en marzo de 1948 y marcó el ascenso imparable de Indalecio Prieto. Sus propuestas para acabar con la dictadura en España obtuvieron el respaldo mayoritario de los delegados, así como su candidatura a la presidencia de la Comisión Ejecutiva en el Exilio. De ella formaron parte asimismo Trifón Gómez, besteirista, como vicepresidente; Rodolfo Llopis, caballero, secretario general y Saborit, para el que se arbitró el cargo de vicesecretario general. Además de este nombramiento orgánico salió del encuentro con la responsabilidad de dirigir de nuevo

El Socialista, desempeños ambos que ejercería hasta junio de 1950. De su labor en estos años al frente del periódico quedó detallada constancia en el capítulo correspondiente de la Memoria presentada por la Comisión Ejecutiva al IV Congreso. De su contenido, redactado por el propio Saborit, vamos a recoger algunos datos de interés sobre el autor y sobre el libro que nos ocupa. Como buen administrador, se dedicó en primer lugar a sanear las cuentas del periódico. Su deuda a 31 de marzo de 1948 era de 911.988 francos franceses, quedando reducida el 30 de septiembre de 1949, fecha de la rendición de estas cuentas, a 610.804 f.f. Con ello se habían resuelto las obligaciones inmediatas frente a los proveedores, restando exclusivamente la deuda contraída con el propio Partido. También procedió a un drástico ajuste de la tirada, reduciéndola de 8.100 ejemplares a los 7.200 realmente demandados según sus datos, cuyo precio de venta era de 9 f.f. El notable incremento sufrido en el periodo por los costes de papel, imprenta y distribución imposibilitó el objetivo marcado por su director de alcanzar las seis páginas.

En cuanto a sus colaboradores, y en relación con el destinatario del libro que nos ocupa, incluye Saborit en su informe una afectuosa mención que no podemos soslayar: "Durante este periodo, el esfuerzo excepcional de Indalecio Prieto, con su colaboración firmada y sin firmar, ha sido la causa principal del éxito alcanzado por nuestro periódico. La colaboración de nuestro presidente en el semanario del Partido ha sido una de las que han proporcionado al mismo mayores notas de interés y de variedad. Por otra parte, teniendo en cuenta el estado de salud del querido compañero Prieto, el esfuerzo realizado para ayudar a que El Socialista sea un semanario ameno e interesante bien merece el reconocimiento del Partido."

Apoyado en su experiencia como responsable de publicaciones periódicas, nos describe en su informe las características que para él debería reunir el semanario: "A mi me gusta un periódico que trate especialmente cuestiones de tipo sindical, de organización obrera. Que sea educativo. Que aborde problemas de doctrina... Con abundantes grabados y planas especiales redactadas por especialistas. Al servicio de todo el Partido, nunca de una tendencia, y menos de un grupo o de un hombre. Un periódico que no excluyera otros aspectos del movimiento obrero y político, pero a título informativo, no como puntos de vista propios, dignos de defensa y de solidaridad."

La exposición pública de estos reconocimientos y la constancia de estos propósitos venían a representar su despedida al frente de la publicación, ya que en el informe sobre el IV Congreso del Partido, celebrado en junio de 1950, consta "que había dimitido por motivos de salud y por hallarse próximo a fijar su residencia en Suiza", sustituyéndole al frente del semanario Manuel Albar Catalán. ('Memoria de la C.E. al Vº Congreso del PSOE. Toulouse.1952 Cap. I, p. 17)

Pero el hecho de que trasladara su residencia a Ginebra, cesando en sus cargos dentro de la organización, no significó, ni mucho menos, que cesara su colaboración en las páginas del periódico, como bien lo prueban los artículos contenidos en este libro. Desde la aparición de El Socialista en Francia el año 1944, hasta el comienzo de los años setenta varios centenares de artículos aparecieron con su firma bajo el título genérico, "Recuerdos del tiempo joven". Al igual que el conjunto dedicado a Prieto, publicó otros también extensos como el dedicado a Joaquín Costa entre 1964 y 1967. Fueron estos años los más prolíficos de su pluma, ya que en breves intervalos fueron apareciendo sus obras histórico-biográficas más relevantes: Asturias y sus hombres (1964), recientemente reeditada con introducción, notas e índices de Adolfo Fernández por la editorial KRK de Oviedo, Julián Besteiro (1967), La huelga de agosto de 1917 (1967), Joaquín Costa (1970) y El pensamiento de Julián Besteiro (1974). También escrito en esos años es el contenido del libro Galería de personajes, que permanecía

inédito y fue publicado por Etelvino González en Oviedo el año 1999, en el que con criterios y concepción muy similares a los trabajos aparecidos en el semanario socialista, dedica Saborit extensos capítulos a Giner de los Ríos, Alvaro de Albornoz, Manuel Azaña, Ramón y Cajal, Salvador de Madariaga y Ortega y Gasset, entre otras personalidades.

De espíritu meticuloso y ordenado manifestó siempre una extraordinaria preocupación porque el torbellino del tiempo no se llevara para siempre toda una serie de hechos, anécdotas, rasgos humanos, personajes y otras mil incidencias que formaban parte, aunque modesta en ocasiones, de la historia y la intrahistoria de las organizaciones socialistas en nuestro país; personajes y hechos que conoció y contempló de forma directa, como ya dijimos, en la mayor parte de los casos. Para cubrir este objetivo, Saborit fue acumulando a lo largo de su vida, y de forma más destacada durante el exilio, un elevado cúmulo de documentos, cartas, libros y periódicos cuyo contenido complementaba con las notas que de todo ello iba redactando. Con este respaldo documental y su memoria nos explicamos que pudiera escribir obras como la citada Asturias y sus hombres, dedicada a los mineros asturianos con motivo de las huelgas de 1962 y 1963, que constituye por sí misma un repertorio amplísimo de la historia de las organizaciones socialistas en esa región desde sus orígenes, del que puede dar idea el hecho de que los índices, elaborados para su reciente reedición, incluyendo nombres, entidades, lugares y títulos de periódicos, entre otros datos de interés, recogen cerca de tres mil entradas.

Sobre esta característica personal de Saborit escribía Prieto en el semanario del Partido el 31 de mayo de 1961 estas expresivas frases: "A Saborit hay que considerarle archivero mayor del Partido, cargo que, sin designación expresa, ha desempeñado siempre, acumulando y ordenando fichas acerca de todos los sucesos políticos y de cuantas personas intervinieron en ellos en lo que va de siglo." Como muestra basta un botón; el lector podrá observar en los artículos reunidos en esta publicación que su autor manifiesta, entre otros, estar en posesión de la documentación original que acredita su pertenencia a la Asociación General del Arte de Imprimir desde el 3 de diciembre de 1902 (1953); de un ejemplar de la edición de 1922 de los famosos discursos de Prieto en el parlamento sobre las responsabilidades por los desastres de la guerra de Marruecos (X); de cartas de Antonio Atienza -militante de los inicios del Partido— (VIII) y de más de doscientas misivas de Prieto (I), así como de "otros trabajos suyos que conservo como oro en paño" (XIV).

Aunque pudo haberlo hecho con anterioridad, no regresó a España hasta 1977, tras la desaparición del dictador, para instalarse en Valencia, donde fallecería el 26 de enero de 1980. Siguiendo su voluntad fue inhumado en el Cementerio Civil de Madrid, junto a varios de los principales fundadores y dirigentes del socialismo español. El Ayuntamiento de Madrid, en el que tan destacada labor llevó a cabo, sobre todo durante la IIª República, le rindió un doble homenaje; antes de que la comitiva fúnebre emprendiera el último tramo del camino, Alonso Puerta, Alcalde en funciones por enfermedad de Tierno Calvan, le impuso la insignia de Oro de Madrid en la Plaza de la Villa, a título póstumo, ante la Corporación Municipal. Pocos días más tarde, la Comisión municipal de Cultura, que me honraba en presidir, le dedicó una calle en el distrito de La Latina, por el que siempre había sentido una especial predilección. (Urbano Brihuega publicó un ensayo biográfico que concluye en la República: Saborit, Un alcalaíno en la historia española del siglo XX. Alcalá de Henares, 1999)

El Pacto de San Juan de Luz.

Del conjunto de artículos aquí reunidos, que en su mayor parte se refieren a temas acontecidos hasta la Guerra Civil, hay dos -el IV y el V- en los que Saborit aborda un capítulo más reciente de nuestra historia política; son los referidos a los años 1945-1950 en los que Indalecio Prieto acaparó con su actividad desbordante buena parte del protagonismo de la lucha del exilio contra la dictadura de Franco. En palabras de Saborit, "Es su época más disciplinada, de mayor compenetración con los problemas sindicales y políticos de la clase obrera." (1953) Son los años en los que compitiendo con tirtios y troyanos, incluso dentro de las filas de su propio partido, la personalidad arrolladora del líder socialista consiguió alcanzar un acuerdo con fuerzas de la derecha monárquica en el que cifró la vía decisiva para devolver la libertad a España. Después de un esfuerzo sobrehumano de varios años -en el que vio debilitarse su salud a pasos agigantados y ceñirse sobre él graves tragedias familiares-, diversas actitudes personales y circunstancias políticas nacionales e internacionales dieron en la ruina con aquel edificio tan laboriosa y cuidadosamente levantado.

En el último apartado de esta introducción vamos a utilizar fundamentalmente la minuciosa descripción de los hechos que se recoge en las Memorias de los sucesivos congresos del PSOE en el Exilio, complementada con la información recogida en las páginas de El Socialista. Las primeras están en ocasiones divididas por capítulos con su propia numeración independiente. Estos textos recogen con detalle toda la actividad desarrollada entre congresos con la reproducción de abundantes documentos originales. En la Memoria presentada al Congreso extraordinario celebrado en 1951 su redactor indica cual es el objeto de la misma: "... se ha redactado con la misma preocupación de querer ofrecer a nuestras secciones un documento que pueda servirles hoy e interesarles mañana. Por eso abunda la información." Criterio que por su utilidad agradecemos cuantos nos preocupamos por la historia.

Los hechos, en síntesis, fueron como sigue. En cuanto la liberación del territorio francés lo permitió, el Partido Socialista en el Exilio se dotó de una estructura y organización lo más similar que las circunstancias permitieron respecto a su existencia anterior en España. En los días 24 y 25 de septiembre de 1944 celebró en Toulouse, que sería su sede fundamental hasta la legalización del Partido en 1977, el primer Congreso de los trece ordinarios que tendrían lugar -todos en Francia— hasta el de Suresnes en 1974. La euforia de la victoria aliada, que estaba al alcance de la mano, llevó a los delegados asistentes al convencimiento de que la caída de Franco era algo inmediato. Si en 1939 había ganado una batalla, en aquellos momentos estaba a punto de perder la guerra junto a sus aliados Hitler y Mussolini. Ante este espejismo, el sólo título de la resolución política adoptada no podía ser más categórico e inflexible: "El Partido Socialista Obrero en Francia no aceptará otra solución que la restauración de la República." (PSOE en Francia. Resoluciones y Estatutos aprobados en su I Congreso. Toulouse, 1944 p. 6)

Cuando en mayo de 1946 inauguraba el 11º Congreso Rodolfo Llopis, como Secretario general, en sus palabras desvelaba una nueva realidad mucho menos optimista: "...ninguno de nosotros podría sospechar entonces (1944) que, dieciocho meses después, nos íbamos a encontrar todavía en el exilio..." (lo Congreso del PSOE en el Exilio. Toulouse, 1946 p.38)

Entre ambas celebraciones habían ocurrido varios hechos de singular importancia. Al poco tiempo de haber concluido la II Guerra Mundial en Europa, con la victoria completa de los aliados, se convocó la Conferencia de San Francisco (EE.UU.) que dio

lugar al nacimiento de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en la cual se condenó el régimen totalitario español. En julio se formaba un Gobierno laborista en Gran Bretaña presidido por Attlee con Ernest Bevin, compañero de Trifón Gómez en la internacional sindical del transporte, como ministro de asuntos exteriores.

Al mismo tiempo, las organizaciones políticas y sindicales españolas en el exilio habían restablecido las instituciones de la ¡la República. El 10 de enero de 1945 se había convocado en México a los diputados republicanos exiliados, reconstruyendo en apenas un tercio las Cortes de la República. En una segunda convocatoria, que tuvo lugar en la misma capital el 17 de agosto siguiente, Juan Negrín depuso sus poderes. Los allí reunidos nombraron a Diego Martínez Barrio Presidente de la República en el exilio, el cual encomendó a José Giral la formación de Gobierno. Del mismo formaron parte dos socialistas; Fernando de los Ríos y Trifón Gómez, el cual había sido elegido vicepresidente de la C.E. del PSOE en su primer Congreso.

El 18 de septiembre la presión internacional obligó a Franco a retirarse de Tánger y se inició 1946 con nuevas presiones contra la dictadura que auguraban su rápido eclipse. El 9 de febrero la ONU prohibía el ingreso de España en cualquiera de sus organismos e instituciones. El 1 de marzo Francia cerraba su frontera con nuestro país y, tres días después. Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia emitían una Nota Tripartita -inspirada por Bevin-, que más tarde respaldarían las Naciones Unidas, por la que -en palabras del propio Saborit- instaban la "constitución de un Gobierno que por su importancia y seriedad diera al pueblo español la garantía de poder expresar libremente su voluntad y escoger sus gobernantes." (IV y V)

Entre tanto, también se movían con agilidad los monárquicos españoles. El 19 de marzo de 1945 don Juan de Barbón, pocas semanas después de la Conferencia de Yalta en la que las grandes potencias habían perfilado los contornos de la nueva Europa que se traslucía con el fin de la contienda, lanzaba su Manifiesto de Lausana en el que pedía a Franco su retirada del poder. Un año más tarde, el 16 de febrero de 1946, se formaba una coalición monárquica en torno a la figura del pretendiente al trono instalado en Estoril (Portugal). Gran Bretaña, por su parte, no disimulaba su opción a resolver el "problema español" mediante la restauración de la monarquía en nuestro país. (2º Congreso. Informes de la organización en el interior y de Trifón Gómez, pp- 73 y 201)

En estas circunstancias se reunía de nuevo en Toulouse el segundo Congreso de los socialistas en el exilio. Una de las primeras intervenciones en el mismo fue la de Trifón Gómez, el cual informó sobre la constitución y actuaciones del Gobierno en el exilio, una de las cuales según el procedimiento tradicional en democracia fue la de pedir el voto de confianza a las Cortes. Tuvo lugar esto en su tercera reunión, celebrada en la capital azteca entre el 7 y el 9 de noviembre de 1945 bajo la presidencia de Luís Jiménez Asúa. El suceso capital de aquella convocatoria fue la intervención de Prieto en nombre de la minoría socialista. En la misma, otorgaba el apoyo de su grupo, pero a diferencia de las demás formaciones políticas allí presentes lo hacía con determinadas reservas: dado que el Gobierno republicano por su propia esencia podía ser "poco flexible para negociar", exponía que "si de España surgen voces autorizadas que signifiquen una solución digna al problema español, el Partido Socialista aceptará esa solución..." (2º Congreso, p.66) Naturalmente, esta intervención de Prieto provocó una conmoción extraordinaria en todo el ámbito del exilio español, y ello no sólo por lo que expresaba en tan pocas palabras, sino porque las emitía ante la representación de la República, en nombre de su principal minoría, el dirigente político español en el exilio de mayor relevancia en el contexto internacional.

Prieto, que como en su etapa anterior en España, seguía siendo uno de los hombres públicos mejor informado y más relacionado, había manifestado de palabra y por escri-

to desde años atrás que no consideraba posible el restablecimiento inmediato de la República en España, sin más. Al mismo tiempo, y como aviso a navegantes de todo signo, nunca dejó de proclamar a los cuatro vientos que su opción siempre sería la republicana, Como demócrata convencido y practicante de un socialismo alejado de dogmas, que mostraba sus profundas raíces liberales, fue pergeñando desde muy temprano una vuelta a la normalidad constitucional que pasara por la preceptiva consulta al pueblo español. La República había funcionado en España respaldada por una legitimidad popular indiscutible, pero tras el paso traumático de la contienda, y de su negativo desenlace, las circunstancias habían cambiado y el pueblo debía recuperar plenamente la soberanía para, tras un periodo mínimo razonable, poder escoger con plena libertad entre opciones plurales el régimen de convivencia que mayoritaria-mente respaldase. En esta línea, y ya en julio de 1942, había pronunciado en el Teatro de la Comedia de La Habana uno de sus más renombrados discursos del exilio. En el mismo, y tal y como venía manifestando desde 1940, volvió a expresar solemnemente ante un auditorio entre el que figuraban las máximas autoridades cubanas su convencimiento de que "La restauración de las instituciones democráticas de España pende exclusivamente del resultado de la guerra, del triunfo de las naciones aliadas, de la victoria de las democracias." Y tras esta, que para él era condición insoslayable, venía a desarrollar su tesis sobre como debía retomar la libertad: Fin de la tiranía, restablecimiento "de un ambiente de libertad" y realización de un plebiscito "en España a fin de determinar libremente cuáles han de ser sus instituciones". A continuación expresaba su convencimiento de que el pueblo español optaría por "la restauración de la República" y emitía en consonancia con lo dicho un criterio que no dejaría de plantear amplia polémica en el exilio: "Aquí no debemos dedicarnos a formar gobiernos...ni establecer organismos que se encarguen de la vida española. No, eso tiene que hacerse allí, en España." (I. Prieto, Textos escogidos. Ed. de R. Miralles. Oviedo, 1999 pp. 318 a 326)

Las posiciones de Prieto, como en otras ocasiones, se exponían sin contar con el Partido, el cual, a posteriori, y no sin discrepancias como en el caso de la minoría parlamentaria antes expuesto, las hacía suyas. En el II Congreso, como adelantamos, Trifón Gómez, informó de su actuación ante las Cortes, mientras que sus posiciones fueron defendidas por Manuel Albar, que acudió como delegado por Méjico.

Ante la disyuntiva que presentaba el estar presentes en el Gobierno y en las instituciones republicanas por un lado, y apoyar tesis como la que representaban las posiciones de Prieto, el Congreso optó unánimemente —incluido el respaldo del delegado de la organización en el interior de España- por una resolución política que sintetizaba ambas en una fórmula ecléctica: el Partido respaldaría al Gobierno Giral deseándole que lograra el apoyo de las Naciones Unidas para la resolución del problema de España "mediante la restauración del régimen republicano". No obstante, continuaba: "El PSOE no se opondrá a ninguna fórmula si surgiere, que por caminos distintos a los que al Gobierno le están constitucionalmente señalados, pudiera conducir a la liberación de España y al restablecimiento incruento de la República, siempre que esas fórmulas ofrezcan aquellas garantías que la dignidad del Partido exige." (2º Congreso, p. 255)

Mientras tanto, el Gobierno republicano en el exilio no obtenía el reconocimiento de las principales potencias, entre las que se encontraban tanto las democracias europeas y norteamericana como la propia Unión Soviética. En estas circunstancias, y ante las presiones recibidas también por parte de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas desde España, que lo consideraba agotado y pedía un nuevo Gobierno de concentración nacional, el gabinete -con el voto en contra de los dos ministros socialistas (Enrique de Francisco, sustituto de De los Ríos y T. Gómez)-hizo pública una declaración el 10 de agosto de 1946, con vistas a la próxima sesión de la Asamblea General de las

Naciones Unidas, en la que reiteraba ser la única institución depositaria de la legitimidad republicana y representante por tanto de la continuidad constitucional; defendía como única solución la inmediata restauración de la República, que se encargaría de convocar elecciones generales aceptando plenamente su resultado, cualquiera que fuese y, finalmente, manifestaba que el Gobierno "no admite el plebiscito, que es poner en pleito la República frente a una monarquía desaparecida para siempre de nuestra patria." (Memoria de la C.E. al III Congreso del PSOE. Toulouse, 1948. Cap. VI, p.8)

El 12 de diciembre de 1946 la Asamblea General de la ONU adoptó una resolución sobre España que marcó el punto más elevado de la presión internacional contra la dictadura. En la misma, se condenaba el sistema franquista por ser "un régimen de tipo fascista" y se denunciaba su complicidad manifiesta con Hitler y Mussolini, a los que debía su existencia. El texto confirmaba la exclusión de la dictadura de todos sus organismos internacionales "hasta que se instaure en España un gobierno nuevo y aceptable" y recomendaba que "todos los miembros de las Naciones Unidas retiren inmediatamente a sus embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados en Madrid. " (Memoria III Cong. id. id. p.9) El documento no hacía mención alguna al Gobierno de la República, lo que en diversos medios, como el socialista, se interpretó como un fracaso del ejecutivo presidido por Giral. Presentada la dimisión, se ofreció la presidencia de un nuevo gabinete al secretario general del PSOE, Rodolfo Llopis, que aceptó el 9 de febrero de 1947.

La reacción de Prieto no se haría esperar. Con objeto de analizar la nueva situación y ante la perspectiva de la próxima Asamblea General de la ONU prevista para septiembre, se convocó a partir del 25 de julio una Asamblea de Delegados en Toulouse, nuevo organismo representativo de la organización para adoptar resoluciones de importancia entre congresos, que venía a sustituir al Comité Nacional del Partido. Prieto asistió como delegado por Méjico, propuso que la Asamblea pudiera tomar decisiones y ponerlas en práctica, sin perjuicio de la posterior ratificación del Congreso, y presentó una proposición que, entre otros puntos -sometido cada uno de ellos por separado a la Asamblea y aprobados por amplia mayoría- recogía los siguientes como medio para recuperar la libertad de España:

- *El PSOE llamará a todas las fuerzas antifranquistas -no sólo a las republicanas- a aceptar la fórmula propuesta por la ONU como "única senda posible...para devolver a España la libertad" y con el fin de ofrecer a la próxima Asamblea General "un instrumento gubernativo del carácter que ellas señalan".*

- *"El PSOE en el Exilio.. fiel a su historia, se manifestará resueltamente en pro de la República en las elecciones que hayan de celebrarse para establecer el futuro régimen político de España."*

- *El PSOE "sólo podrá seguir participando en el Gobierno actual si este no estorba la marcha que el Partido emprende, y si además, reduce a nuevas proporciones simbólicas el sostenimiento de las instituciones republicanas. " (Memoria III Cong. id. id. p. 52)*

Las reacciones no se hicieron esperar. Llopis presentó la dimisión de su Gobierno el 6 de agosto y Enrique de Francisco, partidario del restablecimiento de la República y reacio a la colaboración con las fuerzas de derecha, que consideraba antidemocráticas, presentaba la suya como Presidente de la C.E. del Partido el 4 de septiembre siguiente.

Al mismo tiempo Prieto, que había sido elegido por la Asamblea de Delegados miembro de una Comisión Especial para llevar a cabo sus acuerdos -junto a Jiménez Asúa, Trifón Gómez y Antonio Pérez por la organización del interior- inició una actividad frenética con el propósito de recobrar el tiempo perdido y ganar el máximo de

adeptos a la fórmula propuesta por la ONU. El 6 de septiembre realizaba un llamamiento a "los españoles antifranquistas" desde la sede del periódico *Le Populaire de París*, en la que solicitaba a todos -republicanos y monárquicos- desistir de sus supuestas legitimidades y comprometerse "a aceptar la voluntad mayoritaria del pueblo español, único soberano efectivo." (*Memoria III Cong. id. id. p.71*)

Su objetivo, convencido de sintetizar en el mismo el contenido de la Nota Tripartita de 4 de marzo de 1946 y de los acuerdos posteriores de la ONU, era -en palabras de Saborit- "constituir un Gobierno provisional en el exterior que ofreciera las garantías que exigían las Naciones Unidas....que hiciera unas elecciones honradas." (IV).

Pocos días después era recibido por Bevin en el Foreign Office, entre el 15 y el 18 de octubre lograba entrevistarse también en Londres con el máximo representante de las fuerzas monárquicas, José María Gil Robles y, diez días más tarde, marchaba precipitadamente a Méjico ante la gravedad de su hijo Luís, que fallecería poco después.

Entre tanto, el panorama internacional -en el que la división entre el mundo capitalista y el comunista cobraba protagonismo- comenzaba a girar suavemente a favor de la dictadura franquista. Conviene recordar que esta, por su parte, también había movido ficha, propiciando cambios personales e institucionales en su seno con la finalidad primordial de consolidar el régimen, pero ahora pasando a un segundo plano los signos externos fascistas más llamativos y postulándose como un bastión anticomunista ante las potencias democráticas. Así, pocas semanas después de su primera condena por la Conferencia de San Francisco, promulgaba en julio de 1945 el Fuero de los Españoles, con la apariencia de dotar al país de una carta de derechos y libertades tras seis años de poder ilimitado y cruento. El 22 de octubre del mismo año, con gran celeridad, se aprobaba la Ley del Referéndum Nacional, nuevo capítulo de las llamadas Leyes Fundamentales del régimen, por la que este trataba de aparentar la adopción de criterios democráticos a través del recurso, circunstancial, arbitrario y sin ningún tipo de garantías, a consultas plebiscitarias al país. Como remate, y con objeto de atraer el interés de D. Juan, llevar la confusión a los medios monárquicos más activos y favorecer su desunión, se aprobaba el 6 de junio de 1947 la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado, sin establecer por supuesto límite temporal alguno a la continuidad del dictador.

Simultáneamente la diplomacia franquista se movía y los resultados pronto se hicieron evidentes. El tema de España se fue relegando por parte de las Naciones Unidas a un segundo plano a medida que pasaba el tiempo. El 17 de septiembre de 1947 la Asamblea General votó la resolución que la Comisión Política había encomendado a un Subcomité. El párrafo en el que se reafirmaba la recomendación de retirada de embajadores aprobada en diciembre del año anterior, que volvía a constituir la médula de la resolución, no alcanzó la mayoría requerida de 2/3 de los votos, con lo que quedó suprimido. Al constatar este hecho, el redactor de la Memoria que venimos citando, probablemente Llopis, recoge esta frase por lapidaria no menos acertada: "Digan lo que digan quienes necesitan consolarse a sí mismos, nuestro problema ha quedado muerto en la ONU." (*Memoria III Cong. id.id. p.75*)

Las consecuencias de este fracaso no se hicieron esperar. En enero de 1948 el presidente argentino, general Juan Domingo Perón, firmaba un acuerdo con Franco y procedía a enviar de nuevo a su embajador, hecho este que fue rápidamente imitado por otras dictaduras y regímenes populistas iberoamericanos y, poco a poco, por muchos otros países.

El 10 de febrero Francia reabría la frontera con España y entre el 25 y el 29 de marzo el PSOE celebraba su tercer congreso, como los precedentes, en Toulouse. En el mismo se ratificaba la línea aprobada por la Asamblea de julio del año anterior con el

siguiente preámbulo: "Considerando que el único camino practicable para resolver el problema de España es el que, en nota conjunta de 4 de marzo de 1946, indicaron Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, camino consistente en constituir un Gobierno provisional que, restaurando las libertades ciudadanas, convoque a elecciones libres, mediante las cuales la nación decida qué régimen político prefiere, el Congreso aprueba las decisiones que acerca del caso adoptó la Asamblea de Delegados Departamentales de 1947..." ('Memoria de la C.E. a la Asamblea de Delegados. Toulouse, 1949, cap. III, p. 26)

Al finalizar el Congreso, y como es habitual en estas reuniones, se elegía nueva Comisión Ejecutiva, evidenciando por su composición un acuerdo entre las posiciones poco antes discrepantes: Prieto salía elegido Presidente y proseguiría con los objetivos señalados por la citada Asamblea, Llopis continuaría con la secretaría general, controlando la organización y fijándose, como vimos por su frase anterior, unos objetivos más pesimistas en cuanto a la recuperación de la libertad en España y, por tanto, a mucho mayor plazo. (Memoria... a la Asamblea... cap. I, p. 7)

Ni qué decir tiene que las metas que Prieto se había propuesto no se vieron alteradas ni por el fiasco en la última Asamblea General de la ONU ni por el fallecimiento, el 2 de enero, de su hijo Luís. Continuó incansable las conversaciones con los monárquicos superando mil obstáculos, pero al fin logró el tan ansiado acuerdo en el que cifraba todas sus ilusiones por la libertad de España. En agosto había fijado su residencia en el hotel Euskalduna de San Juan de Luz, lo que le permitía una relación muy fluida con sus interlocutores y amigos residentes al otro lado de los Pirineos. A los pocos días, y cuando estaba fraguándose el texto final de la declaración, don Juan de Barbón pareció querer echar sobre ella un jarro de agua fría al acceder a celebrar su famosa entrevista con Franco a bordo del Azor en la bahía de San Sebastián, el día 25 de agosto. En esa entrevista, además de una serie de promesas sobre los bienes de la Corona y de posibles ayudas económicas, se acordó que Juan Carlos se trasladara de inmediato a España para realizar sus estudios, como así sucedió dos meses más tarde.

Tampoco un hecho de esta naturaleza impidió a Prieto proseguir la última etapa para alcanzar finalmente su objetivo. En el campo monárquico fue su interlocutor Félix Vejarano, que lo hacía en contacto y de acuerdo con Pedro Sáinz Rodríguez y José María Gil Robles. El 29 de agosto la Comisión Ejecutiva en sesión extraordinaria era informada por los miembros de la Comisión Especial, encargada de negociar el acuerdo con los monárquicos, de los términos del mismo, a los que dio su visto bueno. Así mismo, se envió éste con toda la documentación correspondiente a la dirección del Partido en el interior de España, que también mostró su adhesión y lo hizo constar por escrito pocos días después. ('Memoria...a la Asamblea... cap.III, pp. 27-28)

Finalmente, el 30 de agosto de 1948 se procedió a la firma de un acuerdo histórico entre el PSOE -Indalecio Prieto- y la Confederación Española de Fuerzas Monárquicas —el Conde de los Andes-, que por el lugar en el que se suscribió es conocido como el Pacto de San Juan de Luz. Su nombre oficial fue: Bases convenidas para resolver el problema español, cuyo contenido, citado parcialmente en los artículos de Saborít, transcribimos a continuación por su importancia:

"Las fuerzas políticas signatarias de esta declaración, movidas por su deseo de evitar la ruina de la patria y de impedir los sufrimientos que entrañarían cualesquiera soluciones violentas del problema político, se comprometen de modo solemne a atenerse a los siguientes principios, implantándolos o ayudando de manera decidida a implantarlos durante un periodo de transición, que permita a España establecer una normalidad institucional, que sea auténtica expresión de su voluntad:

PRIMERO. Dictar una amplia amnistía de delitos políticos.

SEGUNDO. Instaurar desde el primer momento un Estatuto jurídico que regule el uso de los derechos de la persona humana y que establezca un sistema de recursos judiciales contra las extralimitaciones del Poder público.

TERCERO. Mantener inflexiblemente el orden público e impedir todo género de venganzas o represalias por motivos religiosos, sociales o políticos.

CUARTO. Reajustar, con el concurso de todos los elementos en la producción, la quebrantada economía nacional.

QUINTO. Eliminar de la dirección política del país todo núcleo o influencia totalitarios, sean cuales sean sus matices.

SEXTO. Incorporar España inmediatamente al grupo de naciones occidentales del continente europeo asociadas para el plan de recuperación de Europa iniciado merced al auxilio económico de los Estados Unidos, e incorporarla asimismo al Pacto de los Cinco -Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo- núcleo inicial de la federación del occidente de Europa, primero, y de la de toda Europa, después, siempre dentro de la Carta de las Naciones Unidas promulgada en San Francisco.

SÉPTIMO. Asegurar el libre ejercicio del culto y la consideración que merece la religión católica, sin mengua del respeto que a las demás creencias religiosas se debe, conforme a la libertad de pensamiento; y

OCTAVO. Previa devolución de las libertades ciudadanas, que se efectuará con el ritmo más rápido que las circunstancias permitan, consultar a la nación, a fin de establecer, bien en forma directa o a través de representantes, pero en cualquier caso mediante voto secreto, al que tendrán derecho todos los españoles de ambos sexos, capacitados para emitirlo, un régimen político definitivo. El Gobierno que presida esta consulta deberá ser, por su composición y por la significación de sus miembros, eficaz, garantía de imparcialidad." (Memoria... a la Asamblea... id. id. pp.29-30)

A continuación, se constituía un Comité de Enlace, de carácter permanente, "encargado de cuanto concierne al cumplimiento de los ocho puntos que constituyen la declaración."

Como puede deducirse del contenido del pacto, se trataba no sólo de acabar con la dictadura para restablecer un sistema democrático, sino también de incluir a España en los nacies organismos que, adelantándose a la unidad europea, podían hacerla acreedora, como las naciones que sufrieron las consecuencias de la Guerra Mundial, a las ayudas norteamericanas del llamado Plan Marshall. En este caso, el punto SEXTO hacía mención al Pacto de los Cinco, o de Bruselas, que significó el precedente inmediato de la OTAN. Como todo acuerdo entre partes, con intereses distanciados, el pacto refleja claramente la existencia de concesiones por uno y otro lado, si bien. Prieto parecía alcanzar todos sus objetivos: evitar como paso previo la mención a cualquier tipo de legitimismo, como pretendían los partidarios de don Juan, manteniendo, al mismo tiempo, la formación de un Gobierno imparcial y la consulta previa a la nación de la que se derivaría el "régimen político definitivo" a establecer en España.

Muy poco después de la firma sufrió Prieto un infarto de miocardio.

Tal y como había expresado Saborit, la documentación existente acerca de la negociación de este acuerdo demuestra que Prieto llevó a cabo su "época más disciplinada"; mantuvo permanentemente informada a la dirección del Partido de todos sus contactos, sin tomar decisión alguna sin contar con los demás miembros de la Comisión Especial o de la Comisión Ejecutiva en su caso. Con vistas al IV Congreso, que se celebraría en marzo de 1950, se preparó un detallado informe de todas las gestiones realizadas del que recogeremos algunos puntos que nos parecen de especial interés.

Prieto y Trifón Gómez presentaron a la C.E. un informe de su gestión en el Comité de Enlace, solicitando que de aprobarse se incluyera en la Memoria del siguiente con-

greso, como así se hizo. En el mismo se recoge que al iniciarse los contactos se excluyó de entrada a los comunistas, y se invitó a participar a las demás organizaciones anti-franquistas, las cuales "se negaron a intervenir... Consiguientemente, hubimos de negociar con aquella única entidad -la Confederación de Fuerzas Monárquicas- que se avino a tratar con nosotros." ('Memoria... al IV Cong. Toulouse, 1950 cap.III, p. 77)

De común acuerdo, los firmantes divulgaron el contenido del pacto -una vez obtenidas también ratificaciones a posteriori y determinadas aclaraciones de los monárquicos sobre la conducta de don Juan- el 6 de octubre de 1948. El PSOE lo hizo a través de su semanario y entregando los ocho puntos al Gobierno francés y a las embajadas de Estados Unidos, Gran Bretaña, Bélgica, Holanda y Luxemburgo en París. Los monárquicos, por su parte, hicieron lo propio ante las legaciones de estos mismos países en Madrid. (Memoria.. .IV Cong. cap. IV, pp. 3, 4 y 7)

Mientras tanto, la "guerra fría", de la que tanto provecho sacaría el régimen franquista, seguía condicionando la política internacional. El 4 de abril de 1949 suscribieron doce países en Washington el Pacto del Atlántico Norte, que dio lugar al nacimiento de la OTAN, entidad establecida en tomo a un convenio de ayuda mutua contra agresiones exteriores -previsiblemente del mundo comunista-, al que se adhirieron de inmediato los firmantes del Pacto de San Juan de Luz, en coherencia con lo recogido en el punto SEXTO de su acuerdo. (Memoria...IV Cong. id. id.p.11)

Los Estados Unidos, mientras tanto, continuaban sus "gestos " en apoyo de Franco; pocos meses antes habían autorizado un préstamo de 25 millones de dólares al Gobierno español, económicamente con el agua al cuello, por parte del Chase National Bank de Nueva York y el 3 de septiembre de 1949 buques de guerra norteamericanos realizaban una escala de cortesía en el puerto de El Ferrol.

El estallido de la guerra de Corea a mediados de 1950 condicionaría de manera decisiva los cambios de actitud internacionales respecto a la dictadura, si bien fueron otros factores más próximos los que neutralizaron aquellos posibles efectos positivos que hubiera podido tener el Pacto de San Juan de Luz.

Pocas semanas más tarde de que el IV Congreso del PSOE -celebrado del 22 al 25 de junio de 1950- respaldara por amplia mayoría todo lo actuado, D. Juan de Barbón volvía a echar arena a los cojinetes del acuerdo con unas desafortunadas declaraciones a *Le Fígaro de París* el 2 de julio. En las mismas, que cayeron como plomo fundido en las filas socialistas, el pretendiente al trono manifestaba sus coincidencias con el Movimiento Nacional y con los ideales que este encamaba con argumentos que suscribían de la a ala z los fascistas españoles: La Guerra civil "no fue un levantamiento de la derecha... al ver que se le quitaban sus privilegios." La República tendía a suprimir "la tradición, la vida profunda del país. Las creencias religiosas fueron pisoteadas. Desde 1936, el Frente Popular preparaba el advenimiento del comunismo." A continuación, después de relatar en detalle sus intentos frustrados de sumarse a las tropas sublevadas durante la contienda, remataba la entrevista con un mensaje que parecía ir dirigido directamente a la línea de flotación del Pacto, en general, y contra Prieto, en particular: "Un rey no puede hacerse plebiscitar; se puede plebiscitar una Carta, una Constitución, pero no un régimen." ("Memoria... al Cong. extraordinario. Toulouse, 19.51 p. 8) De sobra sabía don Juan que, tras el referéndum de 2 de junio de 1946, el pueblo italiano había plebiscitado la monarquía de Humberto II, dando paso a un nuevo régimen de carácter republicano, otra cosa bien distinta es que no quisiera o no le interesara recordarlo. Los que si se lo mencionaron de forma elegante fueron los socialistas en las páginas de su semanario, así como también los casos muy parecidos de Alfonso XIII en 1931 y el mas reciente de Leopoldo III en Bélgica. Rechazaban como apasionadas e injustas "las frases con que el pretendiente enjuicia a la República", recorda-

ban las contradicciones en que había incurrido en sus sucesivos manifiestos y declaraciones, y concluían sentenciosos: "Conviene a los príncipes ser sobrios de palabra. Para ellos parece haberse discurrido el refrán de que en boca cerrada no entran moscas." (*El Socialista*, 17 de agosto de 1950)

Al tiempo que se producía esta respuesta, celebraba asamblea plenaria el Consejo de Europa en Estrasburgo. En la misma, Trifón Gómez y Rodolfo Llopis, en nombre del Partido, consiguieron que se presentara una resolución expresando "el deseo de que en un plazo no muy lejano el pueblo español pueda celebrar elecciones libres y tener un régimen constitucional" que le permitiera adherirse a aquel organismo internacional. La propuesta fue aprobada por 51 votos a favor, 10 en contra y 8 abstenciones.

Pese a estos logros, el golpe definitivo vendría de la mano de las Naciones Unidas. El 31 de octubre la Comisión Política especial de la ONU aprobaba por amplia mayoría una resolución favorable a Franco. El 4 de noviembre este dictamen se debatía por la Asamblea general, la cual decidió dejar sin efecto sus acuerdos de 9 de febrero y 13 de diciembre de 1946, por los que se condenaba la dictadura manteniendo al régimen fascista fuera de las organizaciones dependientes de la ONU y aislada mediante la retirada de los embajadores. La propuesta fue aprobada por 38 votos a favor, entre los que figuraban los de Estados Unidos, Holanda y Bélgica; 10 en contra, entre los que figuraban varios países comunistas y 12 abstenciones, entre las que se contaron, y esto fue lo más doloroso para los socialistas españoles, las de Francia, Gran Bretaña, Suecia, y Noruega, todas ellas con gobiernos socialistas o socialdemócratas.

La reacción de Prieto fue inmediata. Con fecha 6 de noviembre dirigió una carta a la Comisión Ejecutiva dimitiendo de sus cargos y responsabilidades. En la misma, declaraba que la estrategia montada sobre el Pacto había quedado "derruida... porque la eficacia de dicho convenio hube de basarla siempre en la sinceridad y firmeza de los países democráticos más que en el brío, muy escaso, de nuestros aliados circunstanciales." A continuación mostraba la causa de su mayor decepción: "...como demócrata, resultó bochornoso advertir que el Gobierno de Washington, guía de la democracia mundial, patrocinara preponderantemente tamaña rectificación; pero como socialista, me sonrojé mucho más que entre los diez votos contra Franco no figurase ni el de uno sólo de los países europeos gobernados, total o parcialmente, por Partidos Socialistas." Concluía la misiva asumiendo personalmente las consecuencias con estas rotundas palabras: "Mi fracaso es completo. Soy responsable de inducir a nuestro Partido a fiar en poderosos Gobiernos de origen democrático que no merecían confianza, según acababan de demostrar." (*Memoria.. . Cong. extra*, pp. 10, 26 y 27)

El 9 de noviembre Prieto, recuperado de su infarto y decepcionado, embarcó de regreso a su domicilio en Méjico, pero el Pacto aún vivió unos capítulos que, brevemente, expondremos.

La primera muestra de su indignación la dirigió la C.E. del PSOE a los partidos hermanos englobados por entonces en el COMISCO (Comité Internacional de Conferencias Socialistas) El escrito denunciaba la rehabilitación de la dictadura franquista "con el apoyo y la complicidad de los países democráticos...Ni un sólo país europeo de los gobernados por socialistas ha votado contra Franco. Ni uno sólo. Esa bandera, la del antifranquismo, se la han dejado, íntegra, a los satélites de Rusia." (*Memoria.. . Cong. extra*, p. 21)

El 8 y el 10 de noviembre, respectivamente, las CC. EE. del PSOE y de la UGT aprobaban una declaración conjunta sobre la votación en la ONU. En ella denunciaban la deriva que iban tomando las relaciones internacionales a causa de la "guerra fría", y acusaban a unos y otros de haber "llegado a cometer la monstruosidad de estimar posible y aún conveniente rehabilitar el totalitarismo de Madrid para mejor com-

batir el totalitarismo de Moscú. Los gobiernos de los países democráticos que han apoyado o han facilitado tamaña monstruosidad, se han negado a sí mismos y no han servido la auténtica voluntad democrática de sus pueblos." Concluía con un llamamiento a los afiliados a no "amilanarse, pues la lucha continúa." (El Socialista, 16 de noviembre de 1950)

De acuerdo con la política seguida hasta entonces, los Estados Unidos fueron de los primeros países en enviar su embajador ante Franco, lo que tendría lugar el 27 de diciembre.

Entre el 31 de marzo y el 1 de abril celebró el PSOE un Congreso extraordinario para fijar posiciones. En el mismo se aprobó una resolución política que venía a confirmar escrupulosamente el contenido del Pacto, sin renunciar a sus principios y objetivos republicanos, de la misma forma que lo había dejado también claro en todos sus pasos el mismo Prieto: el Partido reafirma su intención de "...contribuir con todas nuestras fuerzas, con todos nuestros medios...a derrocar el régimen franquista; a crear en España, inmediatamente después de la caída del régimen, una situación transitoria, sin signo institucional definido, que, tras la devolución de las libertades humanas al Pueblo español, consulte, con toda clase de garantías la voluntad de la nación, para que sea esta, libremente, la que decida su propio régimen institucional y político, anunciando ya nuestro Partido que cuando ese momento llegue votará por la República." (Memoria...Vº Cong. pp.36-37)

A finales de agosto de 1951 llegó a conocimiento de la C.E. del PSOE la carta dirigida por don Juan a Franco con fecha 10 de julio de ese año. Esta vez, su contenido, influido sin duda por la reciente confirmación internacional del régimen, significaba el golpe de gracia definitivo al Pacto de San Juan de Luz, denotando además una actitud oportunista y una interpretación paternalista que resultaba intolerable y ofensiva. En la misiva, manifestaba que la Corona no se había identificado con ningún movimiento partidista, "por eso puedo afirmarle solemnemente que mis manos están libres de cualquier atadura o pacto para el futuro... Esto no quiere decir que yo haya ignorado -sin creer conveniente prohibirlas- las actividades de elementos monárquicos que, bajo su exclusiva responsabilidad, han procurado, pensando en el día de mañana, neutralizar la posible tendencia revolucionaria de sectores obreros españoles anticomunistas, encauzándolos por rumbos de cooperación social y patriótica." (Memoria V Cong. cap. III, p.8 El subrayado es nuestro.)

La carta, con la desautorización a los suyos, desvelando además los objetivos "contrarrevolucionarios" ocultos tras el Pacto, significó la disolución real del mismo. El 15 y 16 de octubre celebraron reunión conjunta las CC. EE. del Partido y de la UGT en Toulouse, acordando una declaración en la que aún ofrecían una última posibilidad de mantener vivo el acuerdo, siempre y cuando la Confederación Española de Fuerzas Monárquicas rechazara públicamente el contenido de la carta de don Juan. Tal rechazo nunca se produjo, y el 5 de noviembre, agotadas todas las posibilidades, Trifón Gómez, que había sido elegido Presidente del Partido en sustitución de Prieto, enviaba al representante de la organización monárquica en el Comité de Enlace una carta en la que le comunicaba formalmente la retirada del mismo de los dos delegados del PSOE. (Memoria... Vº Cong. cap.III, pp. 9 y II)

Con arreglo al contenido de los Estatutos del Partido, hubo que esperar al siguiente Congreso de la organización para declarar definitivamente cancelado el Pacto establecido en agosto de 1948 con la Confederación Española de Fuerzas Monárquicas, lo que tuvo lugar en el transcurso del Vº Congreso, celebrado en Toulouse entre el 15 y el 18 de agosto de 1952.

En el aire resonaban los ecos de la frase con la que Indalecio Prieto, dando una lección de honradez política, concluía su carta de dimisión ante la dirección socialista: "Hice víctima al Partido de una ilusión que me deslumbró."

ENRIQUE MORAL SANDOVAL

Louro, agosto, 2005

SEMBLANZA DE INDALECIO PRIETO

por Andrés Saborit

APUNTES HISTÓRICOS

Semblanza de Indalecio Prieto

El Socialista. Toulouse, 30 de abril de 1953

Antes de que naciera el siglo xx, Indalecio Prieto ya pertenecía a nuestro Partido. No es, a pesar de ello, el número uno, que corresponde al asturiano Manuel Vigil Montólo, con 83 años bien llevados y en plena espiritualidad. Con Prieto comparten los primeros puestos del escalafón socialista Juan Almela Meliá, Tomás Álvarez Ángulo, Antonio Fabra Ribas, Enrique de Francisco y Francisco García Alberola. Todos tienen más de 70 años. Prieto, el más joven, los cumple el 30 de abril de 1953. Relativamente a la edad, uno de los más antiguos soy yo, pues no teniendo sino 63 años, llevo, no obstante, cincuenta en las filas de la Asociación del Arte de Imprimir, donde ingresé el 3 de diciembre de 1902. Y conservo, además, la documentación oficial demostrativa, cosa bastante difícil, en general, cuando se trata de esta clase de papeles.

Con gusto, pues, y con motivo de este señalado cumpleaños de Indalecio Prieto, quiero aportar unos cuantos apuntes que, en su día puedan contribuir a la verdadera semblanza de hombre tan excepcional por su talento y sus cualidades personales.

Prieto, Diputado Provincial

Nacido en Oviedo y formado en Bilbao, Prieto tiene una actuación muy limitada durante la primera decena de años en que milita en nuestras filas. Perteneció al primer Comité de la Juventud Socialista de Bilbao, en 1904, pero la dirección del movimiento juvenil socialista español se traslada a Madrid a los dos años, donde realmente comienza a brillar. No sabemos cuáles serían entonces las preferencias de Prieto; estoy seguro de no equivocarme si digo que las de no figurar, no sonar, pasar inadvertido. Aludiendo a un período posterior, el mismo Prieto lo confiesa: «Yo hacía todo por ser antipático. No saludaba a nadie. ¡Qué bien me iba!». Ese fue el Prieto que yo conocí la vez primera en que fui a Bilbao, antes de la guerra europea, cuando ya era diputado provincial, cargo del que tomó posesión el 1.º de Mayo de 1911.

Nunca fueron muy cordiales las relaciones entre Madrid y Bilbao. La manera de practicar el socialismo en una y otra capital fue muy diferente. ¿Hubiera sido otro Indalecio Prieto si se hubiera formado en Madrid, al lado de Iglesias, Mora, García Quejido, Largo Caballero y Barrio? Sinceramente, creo que sí. En Bilbao, el socialismo se hacía en las tabernas. La organización sindical era un esqueleto, con escasos cotizantes y muchos hombres de acción que paralizaban la vida de la región en cuanto se lo proponían. Las elecciones no representaban la voluntad popular. Ganaba quien metía más votos falsos, quien se apoderaba de las urnas. Habiendo sido Bilbao la cuna del socialismo municipalista, su escuela era la menos recomendable. Mientras en Madrid, Largo Caballero y Pablo Iglesias jamás dieron una papeleta de trabajo a ningún obrero parado, por mucha que fuese su necesidad y destacada su actuación en la organización, los concejales socialistas de Bilbao tenían clientela abundante a la hora del reparto de puestos. Lo que en Madrid hubiera sido considerado inmoral, en Bilbao era moneda corriente. Prieto

no fue concejal hasta 1915, derrotando, por cierto, a Perezagua, ya éste fuera del Partido por despecho personal. Si hay un responsable de esta manera de concebir la lucha no es Prieto, sino Perezagua. Prieto se adaptó a lo que vio en sus mayores, en los hombres que estaban consagrados desde Madrid, de donde, por otra parte, habían ido a Bilbao.

En efecto, Facundo Perezagua, nacido en Toledo, metalúrgico de oficio, afiliado a la Agrupación Socialista Madrileña, gran amigo de García Quejido, quien vivió en su casa durante el período en que trabajó como tipógrafo en Bilbao, íntimo de Morato, idolatrado por Iglesias, fue a Vizcaya a dar vida a nuestras ideas, apoderándose sin ningún esfuerzo de la voluntad de los hombres de la primera época. Perezagua fue el Mesías de los mineros vizcaínos, y la cuenca minera, la fuerza sindical que dio personalidad a nuestro Partido en España entera. Con los mineros a sus espaldas, Perezagua dominaba en Bilbao. Y ese instinto de dominación lo llevó igualmente al seno de nuestro Partido. La Agrupación Socialista de Bilbao era, en cierto modo, un feudo de Perezagua. Prieto, por el contrario, ni tenía clientela, ni recibía visitas, ni acudía a bodas, ni presidía entierros. Era un ogro.

La taberna de Perezagua, en el corazón del barrio obrero, cerca de la Casa del Pueblo, cuando al fin los socialistas bilbaínos tuvieron Casa del Pueblo, era un círculo socialista. Digamos que en el de Bilbao también se vendía vino y se jugaba a las cartas. Eso, en Madrid nunca se hubiera tolerado. No era posible que hubiese muchas coincidencias entre ambas organizaciones. Se comprenderá fácilmente mi sorpresa al pisar Bilbao por vez primera y al comprobar que para encontrar a los afiliados a las juventudes era preciso visitar las tabernas. ¡Pobre Emilio Beni, muerto apenas cumplidos los 30 años, víctima de esta vida un tanto depravada! ¡Qué admirable pluma se perdió para las ideas! Emilio Beni era tipógrafo, y tanto en Madrid como en Bilbao, mi oficio por aquellos años era demasiado tabernario, por desgracia.

Aunque a veces he tenido que cumplir en Bilbao misiones en cierto modo desagradables como cuando en plena dictadura Carrillo y yo estuvimos allí para explicar la posición de la Ejecutiva de la Unión General ante la Asamblea corporativa ideada por el general Primo de Rivera, en que, en una tarde de calor asfixiante, contendí con Prieto durante dos horas, lo cierto es que, de los hombres de Madrid fui el «niño mimado» en Vizcaya. No sólo no conservo el más pequeño rasguño de las muchas intervenciones que tuve en aquella región, sino que, por el contrario, siempre fui objeto de extremado cariño y hasta de excesivas atenciones. Empezando por Prieto, quien, contra su costumbre, la primera vez que allí llegué, me invitó a comer en casa de Luciano -¡qué bien comía Prieto y qué bien se comía en aquella casa!-, sin duda a petición de los jóvenes socialistas con quienes estaba yo, como director de «Renovación», en cordiales relaciones.

No era popular Prieto. No lo deseaba. El ha referido cómo fue elegido diputado provincial sin quererlo en una candidatura llamada a fracasar, triunfante precisamente gracias a sus arengas tribunicias. ¡Y aquellos eran sus primeros discursos! Porque con Prieto no era fácil contar ni para escribir ni para hablar. Yo no le arranqué nunca ni unas líneas para «Renovación», mientras que, sin conocerle, conseguí la colaboración desde Londres, de Luis Araquistáin, como tuve la de Felipe Carretero, fundador de la Agrupación de Bilbao. Indirectamente, pude obtener una foto de Prieto -una enorme cabeza con el pelo cortado al rape-, que publiqué en «Renovación», en 1913. Estoy seguro de que fue la primera fotografía suya que salió en la prensa, como lo estoy de que no le haría ninguna gracia su publicación. En 1915, en el anuncio que la fotografía de Mariano Roca, Tetuán, 20, Madrid -afiliado a la Agrupación de la capital de España-, insertaba en la prensa socialista, figura la siguiente relación de prohombres del Partido, cuyas postales, a 20 céntimos, se vendían en los centros obreros: Iglesias, Quejido, Matías Gómez, Mora, Francisco Diego, Caballero, García Cortés, Barrio, Fabra Ribas, Perezagua, Aceve-

do, Vera, Carretero, Verdes Montenegro, Vigil, Cabello, Manuel Várela, Gaseó, San-chís, Cases, Merodio, Juan A. Meliá, E. Torralva Beci y Daniel An-guiano. De esa rela-ción, tres eran de Bilbao, pero Prieto no estaba entre ellos.

Cuando Iglesias visitaba la capital vizcaína, se alojaba invariablemente en casa de Facundo Perezagua. Es posible, casi seguro, que jamás haya visitado la casa de Prieto, que nunca comiera con él. No obstante, llamado a ventilar el pleito surgido en Bilbao entre las dos ramas en que se dividió aquella Agrupación, Iglesias dio la razón a la de Prieto, negándosela a la de Perezagua. Si hubiera triunfado Perezagua, Prieto se habría eliminado placentemente. Hasta entonces, había hecho todo lo posible porque su nombre no fuera utilizado como bandera. Perezagua, por el contrario, se había preocu-pado de que su nombre fuese el más venerado por los trabajadores vizcaínos; pero, des-graciadamente, carecía de cultura. Por algo sus partidarios tildaban de «científicos» a los prietistas, a pesar de que Prieto nunca sintió simpatías por el socialismo científico y, a veces, hasta exageró su menosprecio.

La casualidad hizo que el día en que Iglesias recibió, devuelta por Perezagua, la fo-tografía que el «Abuelo» le había dedicado en momentos de gran identificación, estu-viera yo en su casa. ¡Con qué dolor me refirió este gesto brutal de Perezagua! Iglesias no tuvo suerte con la inmensa mayoría de sus colaboradores. Uno de sus primeros ad-versarios, de los más temibles, le calificó de «la sombra del manzanillo». Eso era una villanía. Más cierto hubiera sido decir que la rectitud personal de Iglesias casi era impo-sible de ser igualada. ¡Cuántos sinsabores hubo de aceptar a cambio de no consentir la menor trasgresión a lo que él consideraba como esencial para la vida del Partido!

Prieto, Concejal y Diputado a Cortes

Como había sido diputado provincial sin deseárselo, fue concejal contra su voluntad. En la Diputación provincial de Vizcaya hizo buena labor. En el Municipio bilbaíno su gestión tuvo menos relieve. En México, en uno de sus admirables discursos de la emi-gración, ha dicho que no quisiera morir sin volver a ser diputado provincial o concejal por Bilbao, para realizar los planes de reforma que transformarían aquella capital en una de las más hermosas del mundo. Tengo para mí que muchos hombres del Partido, por desgracia, no cuidaron con la intensidad debida los problemas municipalistas. El socia-lismo español ha sido demasiado pobre en estudios de esa naturaleza. Tan pronto como un intelectual -más o menos intelectual- se veía encumbrado por los votos obreros, lo que menos le interesaba eran los problemas de la vida local. ¡Cuántos diputados socia-listas de 1931 se encontraron con que en 1933 perdían las elecciones municipales en sus respectivas provincias, donde apenas si hicieron acto de presencia! No habrá nunca buenos diputados a Cortes, ni habrá ministros socialistas que de veras interpreten nues-tros ideales, si previamente no han pasado durante largos períodos por los puestos de concejal, teniente de alcalde, alcalde y diputado provincial. No se improvisa el arte de gobernar a un pueblo. Por eso, el discurso de Prieto al que aludo le reputó uno más de sus aciertos de estos últimos años.

¿Por qué fue concejal Prieto? No lo fue por apego a la vida municipal. Lo fue por-que nuestra Agrupación -la que siguió dentro del Partido, la de los «científicos»- necesi-taba derrotar a Perezagua. Y frente a él, en una lucha a muerte, con riesgo personal, Prieto triunfó. Perezagua no quedó anulado por ello, y hasta más tarde volvió al munici-pio bilbaíno; pero el Partido necesitaba demostrar que aquella escisión no era invulnera-ble, que estaba condenada, a perecer, siquiera para no extinguirse se enroscara más tarde alrededor del comunismo, personificado en Vizcaya en Óscar Pérez Solís, parigual a Mariano García Cortés en Madrid en su demagogia y en inmoralidad política.

Hasta 1916 Prieto no había hablado aún fuera de Bilbao, ni había estado en los Congresos de la Unión General y del Partido. Seguía siendo un valor poco menos que ignorado. Su pluma, tan prodigada en otros aspectos, era desconocida para los lectores de El Socialista. Creyendo dar a los asturianos una magnífica ocasión para que le aplaudieran, propuse en la Unión General el nombre de Prieto para hablar en la capital ovetense. El acto fue un fracaso, del que, naturalmente, se avergonzaron demasiado tarde sus paisanos, que apenas se habían enterado de su presencia en la capital de Asturias. Nada, pues, le atraía dentro del movimiento obrero, ni éste sentía predilección alguna por nuestro hombre.

Y en 1917 se instaló en Madrid, precisamente en la misma casa de la Plaza del Progreso en que había vivido Antonio Atienza con su mujer, sus dos hijas y Valentín Fernández, uno de los primeros colaboradores de la «Semana burguesa», alejado ya por entonces de nuestras filas, pero hombre de vasta cultura y gran amigo personal de Atienza. Prieto enviaba crónicas a varios periódicos del Norte, con las que se ayudaba económicamente, pero deseaba alejarse de Bilbao, crearse una nueva vida. Estuvo en los Estados Unidos, y a no ser por la huelga de agosto casi seguro que su apartamiento hubiera sido definitivo.

Pero surgió la huelga. Iglesias le requirió para que estuviera en Bilbao. Y de Bilbao tuvo que salir expatriado para Francia, iniciando con aquella sus emigraciones políticas. Terminada la pelea, era imprescindible la amnistía para sacar de presidio a los que habíamos caído. Prieto fue candidato a diputado por Bilbao, sin poder pronunciar ninguno de sus grandes discursos, aunque dirigía su elección desde la capital vizcaína, con riesgo de ser encarcelado. El triunfo fue su mejor recompensa, pero también algo que modificó por completo sus planes. Su entrada en el Parlamento constituyó una sorpresa para sus adversarios y una alegría para sus admiradores. Desde aquel instante, los dos bloques le habrían de seguir aún a través de la emigración y de la desgracia: los que no encontrarán nunca nada bueno en Prieto y los que, como reacción natural, serían capaces de seguirle hasta el Infierno.

Prieto, Ministro

Sus campañas en el Parlamento le dieron un realce por nadie superado. Como orador, era invencible. Como socialista, era vulnerable. He sido diputado con Prieto en todas las Cortes de la Monarquía en que él lo fue. Durante esta etapa, alternativamente, lo fueron, además. Iglesias, Besteiro. Largo Caballero, Anguiano, Llanceza, Fernando de los Ríos, Cordero y Teodomiro Menéndez. Ninguno igualó a Prieto en la tribuna. Nunca hubo en la minoría parlamentaria discrepancia. Besteiro, por la enfermedad de Iglesias, llevaba la presidencia efectiva, y yo hacía la labor de secretaria. Casi siempre era Prieto nuestro intérprete en la tribuna, casi siempre estábamos identificados con él, por lo mismo que se trataba de combatir al régimen y como demoledor ¡qué pocos le habrán igualado! No obstante, era público dentro y fuera del Partido que Besteiro, Caballero y yo constituimos un grupo poco menos que inatacable en el seno de la organización. Prieto nos combatió siempre que pudo. Desde entonces, asistió a los Congresos, entró en la Comisión Ejecutiva del Partido, votó contra nuestra gestión en la huelga de agosto, se desinteresó de la vida de El Socialista sosteniendo, después de la infortunada actuación de Fabra Ribas y su equipo, su punto de vista favorable a la desaparición del diario, se opuso a la creación de la imprenta propia, votó contra la presencia de Caballero en el Consejo de Estado, no le agradó la memoria que yo hice para el Congreso del Partido, asistió por su cuenta a la reunión de San Sebastián donde se forjó el pacto entre las fuerzas antidinásticas, fue uno de los que acudieron al banquete en honor a Sánchez Guerra.

Casi siempre estábamos encontrados con Prieto, sin que ello repercutiese en nuestras relaciones personales.

Besteiro sentía extraordinaria veneración por nuestro héroe. Nunca tuvo celos por sus triunfos. No eran en nada antagónicos. Le hubiera gustado verle gobernar el país, libre de la disciplina del Partido. Creía en sus cualidades. Besteiro era la doctrina. Prieto era la pasión. Por otra parte, Prieto jamás tuvo contra Besteiro ninguna actitud que le pudiera mortificar. Al contrario, no estando a veces de acuerdo con él, procuraba guardarle -cosa muy difícil dado su temperamento- toda clase de consideraciones. Con los otros diputados no hubo nunca cuestión. Teodomiro fracasó en las Cortes, a pesar de haber llegado de Asturias con fama de orador. Fernando de los Ríos triunfó como conferenciante y pedagogo, pero su fuerte no era para sentir celos de Prieto, eran antagónicos en muchos aspectos. Caballero y Anguiano se limitaron a los discursos de defensa de la huelga de agosto. Llaneza tuvo una sola intervención en favor de los mineros de Almadén. Cordero quedó inédito durante su actuación parlamentaria, contrastando con su acometividad en el Municipio madrileño. En este ambiente, la victoria de Prieto en el seno de la minoría no hacía sino confirmar la victoria de Prieto fuera de nuestro Partido. Porque seguramente tuvo siempre, y sigue teniendo, tantos admiradores dentro como fuera de nuestro campo.

A mi juicio, fue un error haber intervenido con ministros socialistas desde el advenimiento de la República; pero ese error se agravó llevando a Prieto al Ministerio de Hacienda. Prieto estaba designado para ser ministro de Fomento. Al no encontrar un prohombre republicano que cargara con la gestión de las finanzas públicas, el Gobierno de Alianza designó a Prieto para esa cartera, y encargó a don Alvaro de Albornoz de la de Fomento. Los dos acuerdos fueron erróneos. El señor Albornoz, con su especial idiosincrasia, no era capaz de rendimiento útil en ese puesto ni en ningún otro. Prieto, en cambio, lo hubiera hecho mucho mejor en Fomento gastando millones de pesetas, que en Hacienda cerrando los cordones de la bolsa en unos instantes en los que lo cuerdo era precisamente lo contrario: dar trabajo y crear rápidamente nueva riqueza nacional. Como gobernantes, de los tres ministros, la gestión que más se salva es la de Prieto, sobre todo en Fomento. Es una lástima -de admitir la colaboración ministerial- que no se haya ensayado un Gobierno presidido por él. ¡Quién sabe si nos habríamos evitado el triste período de la emigración!

Prieto, en el exilio

Es su época más disciplinada, de mayor compenetración con los problemas sindicales y políticos de la clase obrera. Alguna vez ha exagerado incluso el papel que tendrán los sindicatos en la España del porvenir. Sus discursos en la emigración habrán de ser leídos y divulgados durante muchos años. No todos con igual interés, pero, en todos hay una cantera para adversarios y admiradores. Preferible será, naturalmente, que los adversarios destrocen sus discursos a que repitieran las hazañas de Egea de los Caballeros y de Ecija, destrozando a su autor. ¿Por qué habrá suscitado esos odios feroces Indalecio Prieto? ¿Serían ya entonces consignas comunistas, secundadas inconscientemente por muchos de los nuestros? ¿Se concibe a socialistas asesinando a socialistas? A este respecto, Jesús Hernández, en su libro «Yo fui un ministro de Stalin», dice bastante de cómo el comunismo intervenía en nuestras filas y cómo utilizaba a unos hombres del Partido contra otros hombres. Si la lección del pasado sirviera de escarmiento...

Prieto, en la emigración, ha tenido otro mérito enorme, como lo tuvo Largo Caballero: el de reconocer públicamente sus errores. Prieto en mayor grado, con mayor grandeza. Largo Caballero había salido de España combatiendo a Prieto. Al final de su vida era

con Prieto con quien más identificado estaba. Prieto no había hecho nada para este acercamiento. Largo Caballero, por el contrario, lo puso todo, sin ninguna vacilación. De haber vivido, estoy seguro de que en los Congresos, estos dos hombres hubieran marchado absolutamente identificados.

Tratando de su conducta durante los sucesos de 1934, Prieto no es nada benévolo consigo mismo:

«Me declaro culpable ante mi conciencia, ante el Partido Socialista y ante España entera de mi participación en aquel movimiento revolucionario».

Nadie ha sido nunca más rotundo en su propia acusación que Prieto; esa es su grandeza. La acción es indispensable en las organizaciones. Lo que no es indispensable es mantener los errores cuando uno está convencido de que hubo error. Glorificar el movimiento del 34 por lo que tuvo de lucha heroica es un deber; pero aquel movimiento fue un desastre, y los preparativos y los métodos puestos en práctica para entregar la dirección a las Juventudes, un dislate de incalculables consecuencias. ¿Dónde hubiera ido a parar nuestro Partido si Baráibar y sus huestes hubiesen sido los triunfadores? ¿Dónde están hoy la mayoría de aquellos en los cuales se habían puesto ilusiones nada menos que para encomendarles la máxima dirección del movimiento triunfante? [Ah, cómo se habría aprovechado el comunismo de aquella victoria, si la hubiéramos obtenido! Prieto fue, con su discurso en el Parlamento anunciando el movimiento, uno de los máximos responsables. Lo fue jugándose la vida en lo del «Turquesa». Cumplió con su deber hasta la exageración; tiene derecho a juzgar hechos en los que intervino, a ser sincero ante la historia: «Me refugié por tercera vez -dice refiriéndose al movimiento del 34- en la expatriación, pero me juré en secreto no ayudar jamás a nada que, según mi criterio, constituya una vesania o una insensatez.»

En el discurso que pronunció el 20 de junio de 1934 en las Cortes hay otra confesión plena de grandeza, que muchos de sus adversarios son incapaces de comprender: «Yo he sacado del poder -dijo- una experiencia y es la de que una colaboración como la que nosotros, en condiciones excepcionales, prestamos al régimen republicano en los primeros años, es difícilísima, y que sus principales quebrantos se reflejan en nuestras propias fuerzas, porque no hay situación personalmente más penosa para unos hombres como nosotros que teniendo determinadas concepciones -acerca de cuyo fundamento no vamos a disertar ahora, porque naturalmente nuestro criterio se habría de estrellar contra la concepción genuinamente capitalista de esta Cámara-; que teniendo concepciones propias respecto al orden económico en que se debe mover la sociedad, no las pueden aplicar.

Nosotros hemos hecho -sigue diciendo Prieto a los diputados-, y quizá en esto haya consistido principalmente nuestro pecado, una política (no pongo absolutamente ningún rebozo en la confesión), una política burguesa; ése es nuestro delito, ésa es nuestra falta, y no hemos aplicado ni hemos intentado aplicar soluciones de las nuestras, porque hemos sido leales, con excesiva lealtad -si en la lealtad cabe exceso-, a compromisos previos establecidos en el que fue Comité revolucionario y de los cuales compromisos en ningún instante quisimos propasarnos ni hacer que los demás se propasaran, y afirmamos -allá cuando la Historia pueda entrar en determinadas intimidades de este período político que ha atravesado España lo comprobará- que la mayor parte de las innovaciones de carácter social no fueron siquiera obra nuestra, sino que nosotros suscribimos esas iniciativas de carácter social nacidas del sector más profundamente conservador de aquel Comité revolucionario.» Ahí están las declaraciones de Prieto para que la Historia en su día deduzca consecuencias y enseñanzas. Tan nefasta es la crítica negativa mal

intencionada y personalista como el elogio a chorro libre y sin discernimiento. Prieto ha hecho la crítica o el elogio a través de sus artículos y de sus discursos con arreglo a sus honrados puntos de vista, sujetos a error, pero de absoluta buena fe. No se distinguen por nada parecido muchos de sus adversarios.

El libro de Jesús Hernández da un nuevo relieve a la personalidad de Prieto. Fue él quien anunció a tiempo la sublevación militar, sin que le tomaran en serio ni los de dentro ni los de fuera. Si cuando Azaña le designó para presidir el Gobierno -sin que yo rectifique por esto mis peculiares puntos de vista contrarios a la colaboración ministerial-, Prieto hubiera podido gobernar, es muy posible que no hubiese estallado la sublevación que, de surgir, hubiera fracasado. Como ministro durante la guerra fue el hombre que supo lo que había que hacer y cómo era preciso hacerlo. Su pesimismo era su convicción de la derrota, dados los términos en que estuvo colocado nuestro problema. Prieto no ha pasado por ningún sitio sin dejar bien clavado su pabellón.

De sus cualidades como tribuno, todo elogio parecería apasionado. Para hacer caer a don Niceto Alcalá Zamora de la Presidencia de la República -otra gran desgracia nacional, otra inmensa equivocación-, Indalecio Prieto fue el portavoz de las izquierdas. Conseguida la destitución, el conde de Romanones le dijo: «Lo que acaba de ocurrir sólo podía conseguirlo usted. Espero hallarme aquí cuando, muy pronto, con otro discurso suyo, derribe usted al nuevo Presidente...» Así es de temible. Así es de eficaz. Así es también de peligroso. Porque estos hombres de genio excepcional son extremadamente peligrosos al frente de un país como al frente de un Partido. «No soy hombre de libros», ha dicho Prieto en más de una ocasión. Esa es una gran desgracia. Cuando un hombre llega tan alto como Prieto ha llegado -¿quién sabe aún lo que Prieto podrá ser en España! Soy de los que creen en el Socialismo, en España y en Prieto-hay que ser hombre de libros, hay que tener principios y seguirlos. Pero eso es pedir que Prieto sea como él no ha querido ser nunca. «Me adscribí al Socialismo por sentimiento, no por convicción teórica.» El sentimiento es su guía, ha sido su guía, en España como fuera de ella. ¡Grande, inmenso su discurso exigiendo responsabilidades por el desastre de Annual! En el fondo, es el discurso de un español de talla colosal, que lleva a España en el corazón, con un corazón inmensamente superior a su prodigiosa cabeza.

Aun no siendo prietista -¿por qué ha de haber hombres que sigan idolátricamente a otros hombres? ¿Por qué ha de haber hombres que odien sistemáticamente a otros hombres?-, se puede y se debe admirar a este orador excepcional, a este escritor prodigioso, que durante los años de la emigración ha sido quien más apasionadamente ha pensado en resolver el problema de España, el que ha escrito los más admirables artículos con el pensamiento puesto en España, quien seguramente ha derramado más lágrimas y ha hecho derramar más lágrimas desde las tribunas de América y de Francia al conjuro del nombre de España. Y todo ello sin dejar de ser socialista, con la misma significación, con los mismos errores con que lo fue toda su vida. ¿Por qué nos hemos de empeñar en que sólo haya una manera de ser socialista? Lo esencial, después de todo, es la conducta de los hombres, y en este aspecto, Indalecio Prieto puede mirar de frente a todos los españoles y hasta hacer bajar la vista a muchísimos de sus adversarios.

Ginebra, abril de 1953

FIGURAS DEL SOCIALISMO ESPAÑOL

I. Indalecio Prieto Tuero

Le Socialiste. París, 4 de marzo de 1962

Prieto incansable

El día 13 de enero recibí carta de Indalecio Prieto, ¡escrita de su puño y letra!, comunicándome la muerte de Manuel Vigil, acaecida en Valencia el 31 de diciembre anterior. «Aunque tal vez sepas ya la noticia, decía, no vaya a ocurrir que, el uno por el otro, la casa sin barrer, y el semanario deje de publicar la oportuna información. Debes hacer un artículo necrológico para Le Socialiste. ¿Quién mejor que tú?». Obsérvese el lamentable estado de salud de Prieto ya entonces y valórese el esfuerzo de escribir a mano en tales circunstancias, incluso el sobre de tal misiva.

Yo estaba informado directamente de la muerte de Vigil. En relaciones con él -como con otros veteranos del interior- desde hace muchos años, le había escrito con ocasión de las Pascuas navideñas, contestándome un allegado suyo al cual había remitido mi escrito que el interesado no había podido leerle por su lamentable estado de salud. Tuve, pues, referencia directa del fallecimiento del número uno del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores de España; pero decidí aplazar la publicación de su biografía, transmitiendo tan triste noticia a las Comisiones Ejecutivas y dejando a los amigos de la organización socialista asturiana las primicias de ser ellos quienes redactaran este trabajo, creyendo obrar así con la indispensable lealtad hacia quienes por vínculos ideológicos regionales estaban enlazados con tan inolvidable camarada.

Otro veterano, formado también en Asturias, aunque originario de distinta región, desaprobó esta actitud mía, respondiéndome que el haber nacido en aquella provincia no facultaba para tratar de la vida y de la obra de Vigil. Prieto, a su vez, en nueva carta de fecha 24 del pasado -conservo de él más de doscientas, algunas muy interesantes, con informaciones inéditas que sería de alto interés divulgar-, insistía en sus puntos de vista, ratificados en otra del 29 de enero, en la que se lee lo que sigue: «Repito que es verdaderamente lastimoso que por consideraciones que no creo suficientes, no hayas hecho tú, antes que nadie, la necrología de Manuel Vigil.»

Esta carta suya se cruzó con otra mía en la que me ofrecía -¡cómo no!- escribir largo y tendido sobre el socialismo asturiano, con el que tantos años me he sentido compenetrado, enlazándolo con la biografía de Manuel Vigil, una vez que los camaradas del Grupo Socialista Asturiano hubiesen cumplido con lo que sin duda consideraban como un deber imposible de renunciar.

Prieto me hablaba, además, del lamentable estado de salud de Eusebio Gorrochategui, tan identificado con él como lo estuvo conmigo durante el período en que fui director de El Socialista. Pocos hombres habrán superado a Gorrocha en amor a las ideas y en sacrificios personales por servir las. Nuestra amistad, conservada desde los años mozos en que los dos militábamos en las filas de las Juventudes Socialistas, se acrecentó en los tiempos tan calamitosos de la emigración. Permítaseme hacer un paréntesis que dará idea de la altura moral de Eusebio Gorrochategui, otro querido e inolvidable desaparecido en estos días cruciales para el socialismo español.

Cuando la pasada guerra mundial estaba en su auge y Francia gemía bajo la dictadura del mariscal Petain, Gorrocha obtuvo permiso para marchar a América, deshaciendo-

se de su hogar y disponiéndose a emigrar al Nuevo Mundo. Pero en Marsella, a pesar del aviso recibido de modo oficial, los pasajes estaban intervenidos en el Consulado mexicano por amigos del doctor Negrín de tendencia comunista, y nuestro querido correligionario se vio obligado a regresar a Toulouse en las tristes circunstancias que son de suponer. Su compañera partió para España, y él hizo frente a la nueva situación con los mismos bríos con que en Eibar había comenzado su lucha por nuestros ideales. Gorrocha era incapaz de vivir del «cuento» ni de perder su dignidad en las ventanillas de entidades montadas por nuestros adversarios.

Por mediación de Indalecio Prieto, preocupado de la suerte que corríamos en Francia, llegó a mi poder por entonces cierta cantidad de dinero, con indicaciones de que libremente ayudara a quienes lo merecieran. La cantidad, por desgracia, fue harto insignificante para la magnitud de nuestra general desventura. Gorrocha fue uno de los primeros en recibir dos giros míos, de 500 francos cada uno. Los agradeció, y pasados unos meses, sin previo aviso, me reintegró aquella suma que había recibido sin exigencia ni condición de ninguna clase. Naturalmente el dinero de Gorrocha lo destiné seguidamente a otros correligionarios en desgraciada situación. Durante aquel período era peligroso manejar fondos, girarlos y hasta mantener correspondencia. En Tarbes tuve una oficina por la que pasaron centenares de cartas, enviando giros a unos doscientos camaradas, no a todos en igual proporción ni con la misma continuidad. Muy pocos me devolvieron el dinero recibido, cuando llegaron a estar en situación de hacerlo, para seguir ayudando a otros camaradas. José San Pedro, fundador de las Juventudes Socialistas y concejal que fue por Bilbao, cuando pudo normalizar su vida, me escribió para devolverme con creces el dinero que le giré en momentos para él angustiosos, y hasta quiso regalarme alguna alhaja de su mujer, a lo que me opuse terminantemente. Gorrocha fue otro de los que no consintieron en quedarse con aquellos francos, a pesar de que me ofrecí a reintegrárselos insistentemente. ¡Qué ejemplo de irreprochable conducta en este como en tantos otros casos! José San Pedro y Eusebio Gorrochategui fueron dos idólatras de Indalecio Prieto. Tenía razón éste para sentirse preocupado por la salud de tan abnegado colaborador suyo, cuando sin él saberlo agonizaba en Toulouse.

La última carta suya recibida de México lleva fecha 9 del corriente, dos días antes de su muerte, que nada hacía presumir leyéndola. Me decía en ella esperaba estar «en condiciones de salud para asistir a las reuniones del Grupo parlamentario socialista», creyendo se reuniría para examinar las derivaciones políticas producidas por el fallecimiento en París del Presidente interino de la República, don Diego Martínez Barrio, y agregaba: «Desde luego, te anuncio mi propósito de oponerme a que los socialistas formen parte de un Gobierno que no tendría visos de legalidad.»

Con un pie en el sepulcro, pensaba en el homenaje debido a veteranos desaparecidos, como Vigil, y en quienes, enfermos en un hospital, como Gorrocha, eran merecedores de la más amplia solidaridad. Pensaba en todo y en todos menos en él.

La juventud de Prieto

Indalecio Prieto Tuero, nació en Oviedo el 30 de abril de 1883. Hijo de un empleado municipal de cierta categoría social, se vio rodeado de las comodidades propias de una honesta familia de clase media. Bien pronto falleció el padre, dejando viuda y tres hijos, con pensión tan insignificante que aquella pobre señora, sin agallas para hacer frente a su nueva situación en la capital donde anteriormente había vivido con holgura y hasta con servidumbre, en enero de 1891 decidió cambiar de residencia e instalarse en Bilbao.

En un bosquejo biográfico publicado por el periodista republicano Darío Pérez, Prieto ha referido la tristeza de su infancia, enfermo de la vista casi desde que nació,

sufriendo desde sus primeros años desengaños crueles que acaso tomaron adusto y agresivo su temperamento. En el penoso viaje de Oviedo a Falencia, a Santander y finalmente a Bilbao les robaron lo mejor del modesto ajuar con que habrían podido hacer frente a las primeras necesidades en su nueva situación. Ni pudo estudiar una carrera ni casi tuvo profesión de ninguna clase. Su escuela fue el arroyo, lindando con los peores vicios.

Alumno de una escuela protestante regentada por la familia Marqués, siempre habló de todos ellos con respeto. Más tarde aprendió taquigrafía con don Miguel Coloma, a quien conservó veneración hasta los últimos instantes de su vida. Acaso sean éstas las únicas notas emotivas de la juventud de nuestro héroe, que incluso entre los muchachos de su barrio en la capital vizcaína encontró hostilidades. «Pero teníamos puños y coraje», dice, refiriéndose a su hermano Luis y a él, que consiguieron hacerse respetar a fuerza de bravura personal e iniciando una vida plena de aventuras y peligros.

Por otra parte, el Bilbao de finales del siglo xix era un hervidero de luchas sociales, de huelgas y motines, de peleas políticas en las cuales se utilizaba la navaja o la pistola, entre republicanos y socialistas, monárquicos y republicanos, carlistas y liberales, nacionalistas y españolistas. ¡Qué escuela para Prieto, con el resentimiento acumulado en sus entrañas, sin poder conservar un átomo de gratitud o de generosidad ni aun de sus más próximos parientes! «No sé sonreír ni quiero saberlo», dijo alguna vez, añadiendo: «Siempre me tuvo sin cuidado la opinión de los demás. En España, la hipocresía la tienen metida en el tuétano las derechas, el centro y las izquierdas».

Al alborar el siglo xx. Prieto se había hecho taquígrafo copiando discursos parlamentarios de nuestras grandes lumbreras de las Cortes de la Revolución de 1868, «La Gloriosa», quizá abriéndosele esperanzas secretas de un porvenir político en el que aparentemente parecía querer penetrar, pero del cual jamás supo ni quiso salir. Al fin, descubriendo el fondo de su verdadera vocación, un día se atrevió a decir: «La política me fascina». La política y el periodismo, hubiera podido completar para ser más exacto.

Concejal y Diputado

Contra la lógica política, Prieto fue diputado provincial antes que concejal. Lo fue contra su voluntad, de eso no hay duda. Hasta 1911, primeras elecciones de diputados provinciales en que actuó la Conjunción Republicano-socialista, ni había hablado en público ni intervenido en ningún acto de orientación política o sindical. Ya era redactor de «El Liberal» de Bilbao, propiedad todavía del ex diputado republicano don Horacio Echevarrieta, y corresponsal de un diario madrileño. La Agrupación Socialista bilbaína hervía de pasiones entre amigos y adversarios de Facundo Perezagua, el viejo líder toledano que, jugándose la vida varias veces, había organizado a los obreros de la zona minera y en parte de la zona fabril. Perezagua era un ídolo temible e idolatrado.

En aquellas elecciones hubo candidatura por Bilbao a base de dos republicanos y un socialista, triunfando en la votación efectuada en nuestra Agrupación el nombre de Indalecio Prieto, apoyado por los «científicos», denominados así, para burlarse de ellos, por los enrolados en el bando de Perezagua, que en 1905 había sido candidato a diputado provincial también en alianza con los republicanos -por cierto, contra acuerdo del resto de las Agrupaciones del partido y desoyendo el consejo de Pablo Iglesias-, sin alcanzar la victoria. ¡Era no conocer a Perezagua suponer soportaría en silencio su eliminación en aquellas circunstancias políticas, mucho más favorables para obtener un triunfo.

Prieto hizo en la Diputación provincial de Vizcaya de 1911 a 1915 una magnífica labor. Dirigía yo en Madrid el semanario «Renovación», órgano de la Federación de

Juventudes Socialistas, y contrariando nuestras costumbres, publiqué un gran retrato de Indalecio Prieto, con evidente enojo suyo y de otros correligionarios, ya que entonces el culto a la personalidad era entre socialistas, afortunadamente, cosa abominable. Nada más lejos, por mi parte, al publicar esa y otras fotografías -había comenzado por la de Pablo Iglesias, lo que nunca se había hecho entre nosotros- que rendir culto al personalismo. Jamás estuve enrolado bajo ninguna personalidad ni alenté esa perniciosa táctica de los grupos de tendencia.

En 1915, hubo nuevas elecciones de diputados provinciales. Prieto triunfó de nuevo; pero aquellas elecciones fueron anuladas por el caciquismo, y la Agrupación de Bilbao presentó meses después su candidatura para concejal por un distrito de tradición socialista, frente a Facundo Perezagua, sin otros contrincantes de tendencia burguesa, que no se atrevieron a mezclarse en tan singular duelo político. Perezagua presidía otra Agrupación socialista, fuera de la disciplina de nuestro Partido; desde hacía muchos años era concejal del Ayuntamiento de Bilbao, en el que alentaba una fuerte corriente de amigos personales, respaldados por la organización obrera minera y por otros grupos de trabajadores. Luchar en aquellas condiciones contra Perezagua era jugarse la vida y estar expuesto a la derrota en las urnas. Si hubiera sido fácil el triunfo. Prieto habría rechazado su candidatura. Le atraía la pelea, vencer al adversario, derrotar una disidencia, orientar en sentido diferente la fuerza socialista local. ¡Y lo consiguió plenamente! Tanto, que la Agrupación de Bilbao se llegó a compenetrar de tal modo con Prieto que fue imposible vencerle cuando él se lanzaba a la pelea. Bilbao era coto cerrado suyo y a su entera devoción.

Su obra en el Ayuntamiento no tuvo la brillantez de la que consiguió en la Diputación Provincial vizcaína. No le interesaban de igual manera los problemas municipales hasta que pasó por el Gobierno nacional y llegó a la emigración. Fuera de España ha pronunciado conferencias magníficas resaltando la importancia que habrá de alcanzar la vida municipal en el futuro de nuestro país. El 1.º de mayo de 1946, en México, con el tema «Esbozo de un programa de socialización en España», desarrolló su pensamiento de modo tan completo que en lo sucesivo quienes deseen documentarse acerca de estos problemas vitales para el porvenir de nuestro pueblo, habrán de buscar ese trabajo para documentarse. El Bilbao que Prieto soñaba está descrito en múltiples disertaciones a lo largo de estos años de emigración. Estoy por creer que, puesto a escoger, Prieto habría renunciado a un acta de diputado a Cortes por la alcaldía de Bilbao, si dentro de aquella corporación encontraba la mayoría indispensable para desarrollar sus amplios programas de renovación y progreso.

Subrayo tanto más esta posición cuanto que coincide con la que he defendido toda mi vida, no siempre con el asentimiento de muchos hombres de nuestro campo, que desconocían y abandonaban la acción municipal, de inmensa trascendencia para el desarrollo de nuestros principios, cantera inagotable si de veras anhelamos servir los intereses de la clase trabajadora. Prieto, de todos modos, no fue federalista ni regionalista. Siempre defendió la autonomía municipal, aunque haya sido en la emigración donde a mi juicio se cuajaron y depuraron más sus convicciones. En el mitin del 1.º de mayo de 1961, en París, el último acto público en que intervino en Francia, hizo esta confesión, que tiene valor histórico: «Por primera vez en público -dijo- he oído la afirmación, que yo me he hecho muchas veces, de que tres cuartas partes del impulso insurreccional de España, dirigido por Franco, fue motivado por los Estatutos regionales.»

Prieto votó los dos Estatutos. Como pocos, luchó por el Estatuto para el país vasco, que sin su apoyo hubiera fracasado. Pero Prieto no era regionalista ni muchos menos nacionalista. Era socialista español, internacionalista, como tendremos ocasión de demostrar posteriormente.

Ginebra, 14 de febrero de 1962

II. Prieto, hombre de acción

Le Socialiste. París, 8 de marzo de 1962

En 1911, dejándose llevar por la corriente, Prieto fue elegido diputado provincial socialista por Vizcaya; en 1915, para hacer frente a una disidencia peligrosísima, aceptó ser candidato a concejal en Bilbao, triunfando frente a Facundo Perezagua, el ídolo de los mineros vizcaínos; en 1917, cuando se había instalado en Madrid, dejando en suspenso su ciudadanía local y su puesto en el Ayuntamiento de la invicta villa, por indicaciones de Pablo Iglesias se puso en aquella región al frente del movimiento revolucionario provocado con motivo de la huelga de agosto del citado año.

Aquella huelga es demasiado conocida para que tengamos necesidad de entrar en detalles, aunque no sobraría advertir que todavía no se ha publicado la verdadera historia de aquel acontecimiento sindical y político sin par en los anales revolucionarios de España. La caída de Alfonso XIII no se hubiese producido sin la huelga de agosto, que tuvo una bandera y unos hombres dispuestos a tremolarla en la victoria o en la derrota. Fue entonces cuando, por vez primera, las organizaciones de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero Español se unieron públicamente con las de la Confederación Nacional del Trabajo y por consiguiente con las de la FAI¹, sin deshacer sus respectivos cuadros, sin amalgamas monstruosas, pero jugándose la vida juntos frente al adversario común.

Prieto tomó parte en la huelga de agosto con todas sus consecuencias. Salvo en Asturias y en Madrid, fue en Vizcaya donde el movimiento revolucionario alcanzó mayor resonancia. Hubo un terrible descarrilamiento en los alrededores de Bilbao, explotado infamemente desde el ministerio de la Gobernación. El general Sousa, capitán general de la región, en estado de guerra como el resto del país, hizo responsable de tal hecho a Prieto. Sus órdenes eran terminantes: aplicación de la ley de fugas. «¿Qué hacer? -ha referido Prieto en una de sus autobiografías-. Acababa yo de entregar -agrega- al concejal socialista eibarrés Aquilino Amuátegui una considerable cantidad en pago a millares de pistolas que yo mismo había llevado a Bilbao desde Eibar y cuyos fabricantes temían quedarse sin cobrar.» Con Prieto huía de Bilbao Aquilino Amuátegui, a quien, de haber sido detenido hubiera sido fácil acusarle de manejar fondos de procedencia extranjera - de semejante infamia fuimos víctimas los hombres del Comité de huelga-, siendo así que tal dinero era producto de las cuotas acumuladas en las arcas de nuestras organizaciones, como tuvo el valor de descubrir Julián Besteiro en su magistral discurso ante las Cortes españolas de 1918, al defender el programa de la huelga de agosto, que, por cierto, no gozó del total asentimiento de Prieto, aunque por disciplina secundara aquella acción revolucionaria.

Por disciplina igualmente. Prieto tomó parte en el alijo de armas del «Turquesa», prelude de la sublevación de octubre de 1934. ¿Quién hubiera podido hacerlo sino él? El desembarco de aquellas armas en una playa asturiana era pura temeridad.

Prieto la afrontó sin vacilar, aun a sabiendas de las trágicas consecuencias que el inevitable descubrimiento de aquel delito habría de acarrearle.

¹ Saborit debe hacer una referencia genérica al anarquismo, puesto que la FAI se creó clandestinamente en Valencia, en julio de 1927 (EMS).

Se le ha criticado por sus escapadas al extranjero. La historia le hará justicia reconociendo que no le faltó nunca valor personal para correr toda suerte de riesgos; a veces, hasta para provocarlos innecesariamente. Nació a la vida pública entre pedreas y tiros contra adversarios peligrosísimos, y cuando sus actividades se extendieron al resto de España aplicó los procedimientos de lucha en que se había formado desde su infancia. Las primeras piedras que en Madrid se arrojaron contra un Centro político derechista desde las filas de una manifestación de Primero de Mayo -que jamás sufrieron alteración en años anteriores-salieron de Indalecio Prieto. ¡Qué facilidad tenía para la agresión con los puños, con la palabra o con la pluma! Pero tenía, también, enorme sinceridad para reconocer y frenar sus impulsos vitales. En México, analizando su preponderante intervención en los sucesos de octubre de 1934, entre otras cosas de interés histórico, dijo lo que sigue:

«Me refugié por tercera vez en la expatriación, pero me juré en secreto no ayudar jamás a nada que, según mi criterio, constituya una vesania o una insensatez.»

Aunque se había acreditado como orador en la Diputación provincial de Vizcaya y en contados actos de propaganda después de 1911, lo cierto es que su fama estaba inédita. El mismo ha referido un fracaso de que fue víctima precisamente en Oviedo, en la tierra que lo vio nacer- Encargado por la Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores, de la que era yo vicesecretario, para designar los correligionarios que habrían de tomar parte, el segundo domingo del mes de diciembre de 1916, en los actos de conjunto organizados por las dos centrales sindicales, propuse a Prieto para que hablase en Gijón con el delegado Genetista que escogiera la otra rama. Lo hice intencionadamente para que, libre de las trabas inevitables del mitin de alianza en Gijón, hablara de socialismo con toda libertad entre los camaradas de la capital asturiana, quienes, desconocedores de las excepcionales cualidades de su paisano... ¡le dejaron casi solo en los modestos locales del Centro de Sociedades obreras de Oviedo! Una vez más quedaba confirmado el refrán: «Nadie es profeta en su tierra...»

Su debut parlamentario fue un acontecimiento, ratificado por sus constantes y oportunas intervenciones posteriores. Cualquiera hubiese supuesto que aquel hombre que hablaba con tino de casi todo, improvisando muchas veces, replicando en el acto o desconcertando al adversario con interrupciones como trallazos, estaba dotado de conocimientos enciclopédicos adquiridos en la universidad. Prieto no sólo carecía de títulos académicos, sino que ni siquiera pudo formarse una buena instrucción primaria. La taquigrafía y el periodismo fueron su escuela, pero ¡cómo supo asimilar cuanto cayó en sus manos! «Yo no he sido nunca un intelectual», dijo alguna vez. Prieto fue más que un intelectual, aunque no tuvo una preparación libresca, desgraciadamente, pues quién sabe hasta dónde hubieran brillado las cualidades que atesoraba.

Era terrible en el ataque, manejando la ironía a veces con tal exceso, que sus adversarios crecían en igual proporción que sus admiradores. Gozaba en la polémica. Ni con la pluma ni con la palabra supo callar lo que a su juicio fuera de oportuna divulgación, revistiéndolo brillantemente. ¡Ya estaba servido quien confiara a Prieto una anécdota que pudiera ser incrustada en un discurso o en un artículo periodístico! Tenía amigos y enemigos fanatizados por doquier. Dentro de España, hasta el último instante, el nombre de Prieto ha sido el más infamado, el más calumniado, pero seguramente, también el más venerado, el que despertaba más ilusiones. «Cuando Prieto lo dice...» Así se expresaban en millares de hogares españoles, que tomaban sus palabras por oráculos.

A los pocos meses de actuación parlamentaria, presidiendo un Gabinete el conde de Romanones -que había captado para su partido a varias personalidades republicanas y conseguido que otras de significación muy izquierdista se entrevistaran con Alfonso

XIII en Palacio o fuera del regio Alcázar-, utilizó al diputado republicano por Castellón don Emilio Santa Cruz para que indicara a Prieto que si aceptaba una cartera al día siguiente juraría el cargo de ministro. «Tengo un abdomen muy abultado -dijo nuestro amigo- para una casaca ministerial.» El emisario perdió el viaje, aunque tal vez no perdiera la comisión.

Prieto tenía ambiciones, pero eran de otra índole. Hubiera sido ministro muchos años dentro de un régimen republicano y con normalidad parlamentaria para defenderse y atacar públicamente. Es posible que hubiera ejercido con satisfacción hasta la jefatura de un Gobierno de coalición. Reunía cualidades adecuadas para ello -¿cómo las dibujó elogiosamente Julián Besteiro, en la conferencia pronunciada en presencia de Prieto en la Sociedad El Sitio, de Bilbao, última reunión pública verificada en España semanas antes de la sublevación militar!-, hasta tal extremo que constituyó un grave error no ocupase la cabecera del banco azul cuando el presidente de la República, don Niceto Alcalá-Zamora, le ofreció el poder para que formase un Gabinete republicano-socialista, sin exclusivas ni vetos, que hubiese ahorrado a Lerroux caer en brazos de las derechas. Lerroux sentía ostensible predilección por Prieto. Más de una vez utilizó viejas amistades comunes a ambos parlamentarios para evitar que nuestro luchador camarada clavase demasiados dardos en la pecadora epidermis de don Alejandro. ¡Ya se lo recompensó Lerroux cuando le llamó león, al compararle con Azaña, cuyas cualidades personales eran bien diferentes en muchos aspectos a las de nuestro ilustre correligionario!

Prieto rechazó la oferta de una cartera ministerial con Alfonso XIII. Sabía dominar sus impulsos vitales. Se conocía a sí mismo. Prieto no fue un arrivista ni un político ambicioso o inmoral. Fue un político, sí, en la más noble y prestigiosa acepción de esta palabra, uno de los hombres políticos más completos y más honestos que ha tenido España. Quiso ser jefe del Gobierno con Azaña al triunfar las izquierdas el 16 de febrero de 1936. Ese plan lo acariciaba Azana, tal vez de acuerdo con Prieto, y esa solución hubiese sido lógica dada la composición de la Cámara y el estado del país. ¿Por qué no prosperó? La responsabilidad de aquel fracaso correspondió por completo a la mayoría del grupo parlamentario socialista que negó a Prieto los poderes para constituir tal Gobierno. ¡Página triste de la historia de España! Nunca la olvidó Prieto. De haber ocupado puesto de tanta responsabilidad, tal vez no hubiese surgido la sublevación militar, y, de haber estallado, seguramente no habría triunfado. No se olvide que el propio José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange, preconizó un Gobierno nacional en el que Prieto tenía papel preponderante. Por desgracia, ha muerto sin poder desarrollar sus extraordinarias cualidades de gobernante.

Se dirá por algunos: ¿Pero no fue ministro de Hacienda, de Obras Públicas y, en plena guerra civil, de Marina, Aire y hasta de Defensa Nacional? Sí, es cierto; mas el ejercicio del Poder requiere condiciones de normalidad y también de aprendizaje, aunque Prieto se asimilaba pronto los más difíciles papeles. Su paso por la cartera de Hacienda fue un error. No era ese sitio propio de un ministro socialista. Cuando ya estaba en condiciones de andar solo y decidido a lanzarse al hemiciclo parlamentario con un programa de honda transformación social, Azaña, acaso temeroso de sus audacias, le cambió de cartera, llevándole a la de Obras Públicas, a un ministerio en el que era urgente volcar los millones públicos, realizando precisamente una tarea que Prieto, instrumento en su primera etapa de la vieja técnica burocrática del ministerio de la calle de Alcalá, había dificultado, creyendo de buena fe que la salvación de España radicaba en preservar de vaivenes a la peseta, a base del patrón oro, cuando el patrón oro le abandonaba meses después Inglaterra, realizando una revolución económica el ministro laborista que regentaba las fianzas públicas en un Gobierno nacional con mayoría conservadora en la Cámara de los Comunes.

La tarea de Indalecio Prieto en el ministerio de Obras Públicas fue de largo alcance. Era un plan para regenerar a España. De ese plan ha vivido el Caudillo, que se ha apropiado como cosa suya la obra de Prieto en el Gobierno republicano y las reformas realizadas y propuestas en Madrid por los concejales socialistas. La electrificación de los ferrocarriles, el ensanche de Madrid, los nuevos ministerios, el hipódromo de La Zarzuela, las mejoras en la Casa de Campo, los Enlaces ferroviarios, las nuevas conducciones de agua para Madrid y sus alrededores, hasta la anexión de los pueblos colindantes, todo ello figura en nuestro haber, aunque se lo hayan adjudicado al Caudillo los adulares de turno. ¿Quién sino Prieto llevó al ingeniero Lorenzo Pardo al ministerio de Obras Públicas, poniéndole al frente de un gabinete técnico de trabajo que se proponía cambiar incluso el curso de algunos ríos? El cacareado Plan Badajoz nació en época de Prieto. ¡Ah, si Franco hubiera dispuesto de un cerebro creador como el que atesoraba nuestro querido amigo! Bien seguro que no habría orientado sus esfuerzos hacia la construcción del Valle de los Caídos, cuando en El Escorial tiene ya España la octava maravilla del mundo, el monasterio ideado por Felipe II, sin que fuera preciso ni patriótico buscarle competencias estúpidas y ruinosas.

El paso de Prieto por el ministerio de Hacienda le enemistó con don Horacio Echevarrieta, antiguo propietario de El Liberal de Bilbao, adquirido por los hijos de Prieto ante notario y a la luz del día. Ya se puso Prieto frente a Echevarrieta en las Cortes monárquicas, al obstruir, en unión de los otros diputados socialistas, el proyecto de ley otorgando un anticipo a la prensa española. De aquella medida ministerial -en el fondo era una subvención- se beneficiaba hasta el diario sindicalista de Barcelona Solidaridad Obrera, no sin protestas de un numeroso grupo dentro de aquel organismo. Fue una excepción en España entera El Socialista, que soportó una pérdida de varios miles de duros. ¡Qué de enemigos se buscó entonces Prieto entre sus propios colegas de oficio! No los temía. Como han confirmado los hechos, tenía la seguridad de que nadie se podría levantar para ponerle la ceniza en la frente. Por esa misma seguridad, Prieto fue denodado adversario de Juan March, negándose a recibirle en su despacho del ministerio de Hacienda, a pesar de reiteradas presiones de amigos a quienes le costaba enormemente desairar. Nadie logró forzar su intransigencia. Prieto no claudicó jamás.

Su influencia moral era extraordinaria. Al constituirse el Gobierno provisional que regentó la República en sus primeros tiempos, Lerroux llevó a sus futuros colegas gubernamentales una lista de ministrables. Fue Prieto quien impidió el triunfo de algún candidato muy adicto a Lerroux y quien designó a don Diego Martínez Barrio. Prieto facilitó puestos, puso vetos, conseguía informes personales y confidenciales en todos los sectores, era el hombre más y mejor documentado dentro y fuera del Parlamento, asistido por colaboradores espontáneos que en general nada reclamaban, a sabiendas de que Prieto no facilitaría sino lo que fuese lícito y razonable. En todas las minorías, en todos los sectores, hasta en ciertas sacristías, tenía una percha donde colgar su boina vasca. En todos los grupos, por pequeños que fuesen, había un prietista.

Sería erróneo creer, por lo que llevamos dicho, que Prieto no encontró espinas en su camino. ¡Cuántas llevó clavadas en su corazón! Algunas sin verdadera necesidad. Durante la gestación del movimiento revolucionario para implantar la República, hubo republicanos más o menos enlazados con prohombres del Gabinete en ciernes que alentaron a los ferroviarios españoles, ofreciéndoles para el día del triunfo la luna y las estrellas. No se olvide que a principios de siglo surgió La Locomotora Invencible, organización ferroviaria inspirada por don Nicolás Salmerón, y que en los barrios bajos madrileños las candidaturas republicanas recogían millares de votos merced al apoyo que suministraban los obreros y empleados dependientes de las estaciones de Atocha y Delicias. Vicente Barrio, secretario por entonces de la Unión General, como presidente de

La Unión Ferroviaria, consiguió debilitar la influencia republicana, sin que por ello quedase totalmente extinguida. Cuando, en 1918, Trifón Gómez recogió aquella organización y la modernizó convirtiéndola, con el Sindicato Minero Asturiano, en los dos mejores florones que podía presentar nuestra central sindical, los elementos republicanos carecían de fuerza orgánica para imponer sus puntos de vista, pero conservaban aún la suficiente, sobre todo en algunas capitales, para retardar resoluciones que no gozaran de su benevolencia. Era bastante complicada una organización formada por tantos millares de asociados tan desperdigados por todo el ámbito nacional.

Vino la República, y los ferroviarios, alentados por promesas demagógicas a las que eran ajenos nuestros hombres, creyeron que había llegado el momento de conseguir las reivindicaciones que la monarquía les había negado. Trifón Gómez reveló los compromisos que unían a ciertos personajes del republicanismo con alguna entidad ferroviaria constituida a espaldas del Sindicato nacional del que era secretario. Nadie se atrevió a descubrir lo que hubiera de cierto en aquellos conciliábulos que debilitaban al Sindicato y ponían en entredicho sin motivo alguno a Trifón Gómez. La realidad era que el Sindicato en pleno tras de Trifón, deseaba la nacionalización de los ferrocarriles, expropiando a las empresas ferroviarias, que vivían a costa de millones aportados por el Estado español, y entretanto, una revalorización de los salarios y sueldos, con la modernización de los servicios, incluso unificando el trazado español con el de las otras vías ferroviarias internacionales, electrificando totalmente las redes.

La República careció de programa económico, defraudando en este y en otros aspectos a los trabajadores. Fue Besteiro quien, en la conferencia pronunciada en los salones de El Sitio de Bilbao, a que antes hemos aludido, preconizó un programa para la República que no tenía nada de revolucionario, compatible con un Gobierno de tendencias burguesas liberales, a base de nacionalizar los ferrocarriles, las minas y las fuentes de energía vitales para el país. Prieto, entonces, en su gestión al frente del ministerio de Obras Públicas, no lo vio así. No fue partidario de las nacionalizaciones, regateó el aumento de salarios y sueldos, se enfrentó con la masa ferroviaria, maleada por anarquistas, comunistas y republicanos. ¡Qué trance para Trifón Gómez, que se jugó la vida más de una vez en las asambleas del gremio! Los diputados lerrouxistas, que en algunas capitales excitaban a los ferroviarios contra el Gobierno, plantearon un debate en la Cámara exigiendo la promulgación de ciertas mejoras. Prieto hizo frente a la maniobra como un león. Con el partido socialista si le apoyaba o sin el partido si no lo quería secundar - estas fueron sus palabras- estaba decidido a defender el interés nacional por encima de todo e impediría los actos de sabotaje y las huelgas esporádicas que perturbaban el servicio. La mayoría le ovacionaba, pero dentro de la mayoría algunos brazos permanecían inermes. «El señor Gómez no aplaude al ministro», gritó una voz desde los escaños lerrouxistas. Era verdad. Trifón Gómez no aplaudía a Prieto y otros diputados socialistas, muy pocos, con él. «Ni interrumpo ni aplaudo», replicó Trifón. Prieto estaba notificado. Las relaciones entre ambos hombres durante largo tiempo no fueron cordiales. Al fin, Trifón Gómez saltó del Sindicato Nacional Ferroviario, dejando el campo libre a sus enemigos. Prieto no buscaba esa solución ni intervino en ella cuando se produjo; pero tampoco se detenía cuando encontraba un obstáculo en su camino. El que siguió en este problema, por desgracia, no fue provechoso para él ni para la República y fue fatal para el socialismo.

Ginebra, febrero de 1962

III. Prieto, en Madrid

Le Socialiste. París, 15 de marzo de 1962

Conocí a Prieto en Bilbao en 1914, con ocasión de una campaña de propaganda organizada en aquella región por la Federación Nacional de Juventudes Socialistas, cuando ya era diputado provincial, aunque rehuía sistemáticamente intervenir en la organización obrera. Contra su costumbre, conmigo estuvo cordial, invitándome a comer sin las zalamerías inherentes a esta clase de visitas semioficiales. Bien es verdad que yo era un pasajero de menor cuantía, aunque tal vez por eso mismo extremara sus atenciones con el joven camarada madrileño, que, por cierto, gozaba fama de ser poco respetuoso con los valores consagrados.

¿Qué ambiente era el de Bilbao por entonces? La disidencia provocada por Facundo Perezagua y sus actitudes al tratar de resolver un conflicto minero en que jugaba más el amor propio y la vanidad del viejo luchador toledano que las reclamaciones de los huelguistas; las luchas en la Agrupación Socialista de Bilbao entre amigos de Prieto y partidarios de Perezagua; la frecuencia con que se reunían en las tabernas y hasta deliberaban en ellas los socialistas bilbaínos, jóvenes y viejos; la singular manera de funcionar que tenían las organizaciones, muy flojas desde el punto de vista reglamentario de la cotización, muy fuertes cuando se lanzaban a una huelga o a la batalla electoral, todas estas peculiaridades y otras más hacían que en Madrid no inspirara muchas simpatías el movimiento obrero de Vizcaya. Prieto no era el hombre adecuado para modificar aquel ambiente. Por el contrario, era un hombre más de la situación. Sin ir a diario a la taberna, la frecuentaba con la mayor naturalidad. En cambio, era impenitente contertulio de café, como lo siguió siendo en Madrid durante muchos años, donde cultivó una peña de escritores, artistas y políticos de muy variado matiz.

En 1917, Prieto alquiló casa en Madrid, y contra lo preceptuado en la Organización general del partido socialista, no causó baja en Bilbao y alta en su nueva residencia. Era concejal por la capital vizcaína, pero al ausentarse de aquel territorio automáticamente perdía su cualidad de vecino y consecuentemente la de seguir formando parte de su Ayuntamiento. Es verdad que había precedentes, pero como todos los precedentes, los casos eran muy distintos. Remigio Cabello, siendo concejal por Bilbao, se trasladó a Valladolid, de donde era originario, y más tarde, Isidoro Acevedo, siendo concejal, igualmente, se instaló en Oviedo, renunciando a su residencia en el País vasco. Por acuerdo de la Agrupación de Bilbao, no renunciaron oficialmente al acta de concejal por si en alguna votación de excepcional interés -como ocurrió en algún caso- fuera preciso utilizar el voto del concejal ausente, aunque legalmente hubiesen perdido el derecho a ese ejercicio. En Bilbao era comente apelar a tales argucias electorales; pero Cabello y Acevedo ingresaron en las Agrupaciones de Valladolid y Oviedo, respectivamente.

La situación de Prieto era, pues, anormal desde el aspecto reglamentario, mas nadie intentó modificarla en Bilbao ni en Madrid. Con él era preciso tener cierta cautela para no entrar en conflictos pueriles. Por otra parte, a Prieto no le gustaban los métodos de lucha de Madrid, ni sus hombres, calificados de «blandengues». ¡Qué pocas veces iría por la Casa del Pueblo de Madrid, si es que llegó a pisarla, durante aquella etapa! Nunca intentó mezclarse en nuestros problemas locales, pero desde fuera estaba informado de cuanto adquiriría algún relieve, por nimio que fuese. Prieto dormía siempre con un ojo abierto.

Sin cordialidad y sin hostilidad llegó el momento de constituir la primera minoría socialista parlamentaria en 1918, al salir amnistiados los cuatro prisioneros del penal de Cartagena, más Pablo Iglesias e Indalecio Prieto. Iglesias era indiscutible entre nosotros, y por su estado de salud apenas si actuaba. Aunque Besteiro no estaba consagrado, bien

pronto se consagró, incluso para Prieto, tan reacio a consagraciones. Puedo garantizar que en la minoría socialista parlamentaria, hasta que el general Primo de Rivera dio el golpe de Estado y disolvió las Cámaras en septiembre de 1923 -formé parte de todos aquellos Parlamentos con Besteiro y Prieto- no surgió ninguna dificultad en nuestras relaciones públicas y privadas. Prieto fue adaptándose hasta cierto punto, a nuestras prácticas, y nosotros conociéndole y estimándole de veras, procuramos transigir con sus especiales características, tan distantes de las nuestras.

Al discutirse el grave problema de las veintiuna condiciones que imponía Moscú a los partidos que solicitaban ingresar en la Tercera Internacional, Prieto coincidió con nosotros, entrando en la Comisión Ejecutiva al producirse la escisión, sin hacer por eso vida activa ni colaborar en actos de propaganda. Era una bandera que habíamos incorporado -perdóneseme la confianza de revelar que fui el proponente de aquella candidatura- a la dirección del partido, muy debilitado al separarse de nuestras filas hombres de tan vieja y limpia historia como Antonio García Quejido e Isidoro Acevedo.

La dictadura del general Primo de Rivera alejó a Prieto de nuestro lado. El motivo inicial fue la aceptación del puesto de consejero de Estado por nuestro compañero Largo Caballero. Contra lo que se ha dicho reiteradamente, en tal nombramiento no intervinieron las Comisiones ejecutivas del Partido Socialista ni de la Unión General de Trabajadores. Se prescribía en el decreto reformando el citado alto cuerpo consultivo que en lo sucesivo formarían parte de él por derecho propio un vocal obrero y otro patronal, ambos designados por el presidente del Consejo de Trabajo. Se podrá discrepar de aquella decisión, pero los Comités nacionales que la sancionaron por gran mayoría se atuvieron a las normas tradicionales de nuestros organismos: intervenir en cuantos sitios fuera posible hacerlo con independencia y siempre que la designación fuera hecha por nuestros propios camaradas. Largo Caballero parecía haber sido elegido vocal del Consejo de Estado por Alfonso XIII, porque se publicaba así su nombramiento en la «Gaceta», pero eso era puro formulismo. Su elección nació de la propuesta hecha en su favor por los vocales obreros del Consejo de Trabajo, como la del señor Junoy, delegado de la clase patronal por los vocales patronos, y ambas candidaturas las hizo suyas el presidente de dicho organismo.

Desde luego, aquel nombramiento no era corriente en nuestros precedentes y se explica sin el menor esfuerzo la impresión que produjo y hasta el desagrado o la censura; pero Prieto exageró la nota, ahondándose desde entonces las distancias. De un lado, Besteiro, Largo Caballero y yo formábamos una pina indestructible. De otro, Prieto no perdonaba medio ni ocasión para combatirnos, hasta que surgió el llamado Pacto de San Sebastián, en el que intervino sin estar autorizado para ello, provocando el enojo de nuestras Comisiones ejecutivas y singularmente de Largo Caballero. Prieto consiguió incorporar a sus actividades a Fernando de los Ríos -que coincidió con él en lo fundamental, pero no dimitió sus cargos en la organización-, y los dos visitaron a Besteiro para plantearle el carácter que a su juicio adquiriría el supuesto movimiento militar contra el rey.

Fue entonces cuando Largo Caballero se sumó a la posición de Prieto y de De los Ríos, y los tres, designados oficialmente como presuntos ministros por las Comisiones ejecutivas de la Unión General y del Partido socialista en una votación muy discutida y muy discutible, se reunieron con los otros elementos republicanos, hasta llegar a la publicación del manifiesto comunicando al país el nombramiento del nuevo Gobierno, manifiesto redactado por don Alejandro Lerroux, a quien los conspiradores admitieron en su seno cometiendo una grave pifia, dados los antecedentes tan inmorales del Emperador del Paralelo. Bien es verdad que en aquel conglomerado contra Alfonso XIII en-

traron militares y civiles a los que don Alejandro podía llamar de tú, como él dijo en un célebre discurso en las Cortes de la monarquía.

Volvieron a encrespase las aguas -¡y de qué modo!- con motivo de la revolución de octubre, efectuada sin previa deliberación ni acuerdo de los respectivos Congresos de nuestros organismos nacionales. A pesar de que Prieto intervino en aquel movimiento - con el que nunca estuvo conforme Besteiro y cuantos coincidíamos con él en esta posición concreta-, fue objeto de ataques inauditos, hasta el punto de que Carlos Baráibar, que jamás había pertenecido a nuestras organizaciones -militó en las filas adversas al socialismo en Vizcaya-, se atrevió a publicar un libro contra Prieto, cosa nunca vista en las relaciones entre afiliados. ¡ A qué extremo llegaban el odio personal y las ambiciones de un grupo que se incorporó al partido para servir, algunos sin darse cuenta, los propósitos divisionistas acariciados por el comunismo soviético! ¡Cuánto influyó el stalinismo, no sólo en los episodios a que me estoy refiriendo, sino en otros posteriores, de que fueron víctimas Largo Caballero y Prieto!

Eliminado de hecho Besteiro y con él un grupo de amigos suyos, la obsesión para quienes se creían dueños del campo contando con las Juventudes Socialistas en donde el virus comunista se infiltró con mayor violencia, era aplastar a Prieto. No hay exageración en el término, porque sus adversarios sabían que de no aplastarle, de no acabar con él, Prieto, al final, sería el victorioso. De los mítines verificados en Ecija y en Egea de los Caballeros salió con vida por casualidad, gracias a que amigos muy adictos a él se jugaron la piel por salvarle.

Hombres de diversas tendencias han reconocido que la sublevación militar, monárquica o fascista -no estaba aún definido el matiz verdadero-se habría tentado mucho la ropa antes de lanzarse a la calle si el Partido socialista y la Unión General de Trabajadores hubiesen permanecido unidos como lo habían estado desde su fundación. Todo el mundo sabía que no lo estábamos, aunque lo cierto es que no existían entre nosotros, entre los auténticos socialistas de historia y de tradición, verdaderas diferencias doctrinales. Pero las cuestiones personales y los grupos que exageraban las divergencias arruinaron un partido de gloriosa estirpe.

Prieto ha relatado varias veces los esfuerzos que realizó para aceptar una cartera en un Gobierno presidido por Largo Caballero. Más tarde se dejó presidir por Negrín. En realidad, de haber prevalecido el más elemental sentido político, la presidencia hubiera debido corresponder a Prieto desde un principio. Pero no fue así. Toda nuestra historia se ha ido cuajando a contrapelo, y las consecuencias de errores tan garrafales -yo no he hablado nunca de traiciones- no hemos terminado aún de sufrirlas varios millones de españoles de dentro y de fuera. Rusia intervino en nuestra guerra, se apropió de nuestro oro, nos prestó ayuda a cuentagotas e influyó poderosamente en nuestra división ahondándola. La guerra de España no se hubiera perdido si Stalin hubiera querido ganarla, pero eso no le interesaba desde que quedó convencido de que le sería punto menos que imposible dominar cual deseaba a la Confederación Nacional del Trabajo y a la gran mayoría, a la inmensa mayoría de la Unión General de Trabajadores.

De España salimos desunidos. Hubo insensatos que pretendieron cristalizar dentro y fuera de los campos de concentración los grupos que simbolizaban el odio contra nuestros hombres. Siempre el odio, nunca el amor, ni aun en el exilio. La actitud de los ejecutivos que salieron de España a este respecto, fue bien lamentable. Al abandonar el suelo nacional allí quedaban todas nuestras representaciones, nuestros nombramientos, nuestra historia, de la que estábamos obligados a responder. Fue un error utilizar los anagramas como cosa propia. Otro error mayor aún reconstituir las instituciones republicanas, fenecidas al morir Azaña y perder el territorio patrio.

Los hombres que en Toulouse reorganizamos el Partido socialista y la Unión General de Trabajadores afirmamos siempre que nuestras Centrales también habían quedado en España, muertas o en vida, pero en España. Deber de todos era crear en la emigración los órganos circunstanciales apropiados para auxiliar al interior, nunca para sustituirle. En fin de cuentas, agrego yo ahora, cuando se aproxime el momento decisivo -los hechos habrán de confirmarlo así- el interior será el que juegue la última carta. ¡Ojalá tenga acierto para tan arriesgada empresa!

La guerra mundial nos separó de nuevo, aislándonos; la miseria y el sufrimiento curó en parte nuestros rencores. Después de nuestra guerra nos tocó padecer otra prueba terrible: la victoria circunstancial en Europa de los aliados de Franco. Aunque Prieto estaba en América y se ahorró presenciar el martirio sufrido por centenares de miles de españoles, hasta donde se pudo, procuró remediar tan horrible abandono. Soy testigo de que no fue responsable si no consiguió mejores resultados. ¡Triste etapa aquella de los embarques, en que, con dinero de España, viajaban judíos enriquecidos y clientelas políticas de quienes manejaban las listas de pasajeros! En unión de Paulino Gómez Beltrán, fui designado por Prieto y sus colaboradores de México para administrar en Francia los fondos de la JARE y regir el embarque de los que debieran salir. Afortunadamente para mí, un grupo de españoles bien situados cerca de la Embajada de México, con influencia en el libro de cheques, nos impidió tomar posesión de aquellos puestos, que por nada del mundo hubiera yo querido desempeñar, pero que otros españoles impidieron que ocupase, bien seguros del inmediato riesgo a que estaban expuestas sus privilegiadas y deshonestas situaciones. Prieto no amparó ninguna inmoralidad, pero las inmoralidades fueron moneda corriente durante larguísimo tiempo y a cargo de personajes de campanillas.

La victoria de los aliados debió ser nuestra victoria. Por desgracia, no lo fue. ¿Estábamos unidos y preparados para recibirla? La verdad es que no lo estábamos. Ninguna sindical, ningún partido, absolutamente ninguno. El manejo de los fondos de la emigración concluyó de desmoralizar a la inmensa mayoría de sus componentes. Derramando miles de francos, Negrín se conquistó el silencio y la adhesión de unos cuantos santones. Aquello fue otra vergüenza y otra decepción. Prieto logró evitar que el cargamento del «Vita» cayera en manos de ciertos paniaguados de Negrín. Contra lo que se ha escrito centenares de veces. Prieto no administró aquel tesoro. Hubo un organismo encargado de hacerlo, constituido por hombres de acrisolada honradez, algunos de los cuales, por fortuna, viven aún. ¡Cómo se le intentó deshonar al aludir a los millones del «Vita»! Prieto quiso presentar las primeras cuentas ante el esqueleto de Comisión Permanente del Parlamento que todavía funcionaba. Se le dijo que esa función correspondería en su día a las Cortes en pleno. Ante ellas quiso hacerlo igualmente sin que tampoco le fuera permitido. «En camilla, si hay reunión de Cortes, aunque esté muy enfermo, iré a rendir cuentas», gritaba al referirse a este penoso episodio, que tantos sinsabores le produjo. Que no canten victoria sus eternos enemigos porque Prieto ya no vive, pero, como el Cid, habrá de nuevo ganar aún algunas batallas después de muerto. Y ésta será una de ellas.

Ginebra, febrero de 1962

IV. Prieto y el plebiscito

Le Socialiste. París, 29 de marzo de 1962

Reconstituidas en México las instituciones republicanas -habían transcurrido varios años sin que nadie se atreviera a intentarlo-, don José Giral, nombrado por Martínez Barrio para sustituir a Negrín, designó ministro de Trabajo a Prieto en un momento en que éste se encontraba hospitalizado en Nueva York, dando por supuesto que aceptaría, como había hecho Fernando de los Ríos, escogido para la cartera de Estado, ambos representantes de la Unión General de Trabajadores y del Partido socialista. Sin vacilar. Prieto renunció por telégrafo. A su juicio, y los hechos confirmaron sus previsiones, la formación de un Gobierno republicano en el exilio dificultaría desde el primer momento la vuelta a España. Ni la Monarquía ni la República podían imponerse al país sin un referéndum, unas Cortes Constituyentes o un plebiscito.

Prieto formó parte de la Junta de Liberación constituida en México por republicanos y socialistas sin intervención de las centrales sindicales ni de los comunistas. No fue presidente de dicho organismo debiendo haberlo sido, ya que en él representó dinamismo, acierto y oportunidad en múltiples aspectos, hasta apuntarse triunfos reconocidos por todos los sectores. Martínez Barrio y Albornoz, colaboradores de Prieto en esa entidad, no fueron partidarios en aquella época de reconstituir las instituciones republicanas. La Junta de Liberación actuó en México, sin reconocer a Franco, y en Cuba y Estados Unidos, a pesar de haberle reconocido. En Francia hubo otra Junta de Liberación creada sin subordinación a la de México, de la que formaron parte delegados de la Confederación Nacional del Trabajo de la tendencia anarquista más destacada, los mismos que protestaron al considerar superflua su existencia como organismo de lucha política, después de haber echado a andar un Gobierno en el que figuraban todas las tendencias del republicanismo, con ministros del Partido socialista y de la Unión General de Trabajadores.

En Londres, Luis Araquistáin, delegado de la Junta de Liberación, entró en contacto con Prieto, con el que no estaba en buenas relaciones al salir de España -¿cómo había de estarlo, si Araquistáin dirigió Claridad, diario desde cuyas columnas se lanzaron los más duros ataques contra Besteiro y Prieto!-, con el cual, noblemente, volvió a enlazarse en la emigración, al observar con qué brío hacía frente a la nueva situación creada en la derrota. En 1946, ya en este plan, Luis Araquistáin escribió un artículo en el que hay esta frase elogiosa para Prieto, que revela su elevación de espíritu, si tenemos en cuenta las luchas fratricidas a que acabamos de referirnos: «En tomo de Prieto -Araquistáin estaba en Londres y Prieto en México- se está polarizando una gran masa de opinión, que todos los buenos españoles tenemos el deber de alentar y acrecer.» Por desgracia, algunos españoles no sólo se pusieron frente a Prieto, sino que se lanzaron también contra Araquistáin, quien, desde entonces, fue un leal colaborador de Prieto y un admirador de Trifón Gómez, que había entrado a ocupar el puesto al que Prieto renunció en el Gobierno Giral, sin que esta admiración le llevara a considerar un acierto la existencia ni el funcionamiento de las instituciones republicanas, puntos en los cuales coincidía plenamente con nuestro llorado compañero.

Convocadas en México las Cortes republicanas por el Gobierno Giral, en la sesión verificada el día 7 de noviembre de 1945, se presentó una proposición expresando la

confianza de los diputados en aquel Gobierno, firmada entre otras representaciones por la fracción socialista. Ahora bien, la minoría había delegado en Prieto para que expresara hasta dónde alcanzaría esta adhesión, lo que hizo nuestro correligionario en un discurso muy discutido por entonces. Lo esencial de aquella declaración está condensado en el siguiente extracto:

«El apoyo más entusiasta será el nuestro en el presente; mas no comprometemos el futuro ante instituciones que no tienen plazo alguno para su cese. Las rendimos con nuestro respeto, les rendimos el homenaje de nuestra consideración, le prestamos nuestra ayuda en el presente, para el que tampoco nosotros ponemos plazos, pero digo al Gobierno y al Congreso, recogiendo el voto de la minoría socialista expresado unánimemente, que si habiendo perdido vitalidad dichas instituciones surgiera en el campo internacional, o en el nacional, otra solución digna para restaurar la República y España la aceptase, nosotros la serviremos. Nadie, después de esta declaración, podría acusarnos de deslealtad. La lealtad la venimos probando al votar renuentes lo que en nuestro concepto constituye una trasgresión constitucional. Seguiremos así mientras no haya otra senda. Pero si la opción se presenta dignamente, nosotros optaremos con toda libertad; y si la rigidez de vuestra función no consintiera aceptarlas, nuestros representantes en el Gobierno lo advertirían para que nadie les acuse de desleales si obedecieran la voz, el mandato, la orden, que el Partido socialista quisiera dictarles desde España.»

A mi juicio, aquel discurso le creó sin necesidad una mala posición entre los grupos republicanos. El error, en el que muchos estuvimos complicados, fue colaborar en el resurgimiento de las instituciones republicanas. Prieto tenía razón para advertir que era casi imposible pedir a quienes significaban la legalidad de la Constitución de 1931 que tomaran parte en los trabajos conspiratorios para formar un Gobierno de transición que dejara a España en libertad de escoger el régimen de su preferencia. Para los republicanos la República era intangible, y para los monárquicos lo era más todavía la Monarquía, ya que se consideraban herederos directos de la dictadura franquista. Prieto insistió varias veces en que nuestro Partido seguía fiel a la República, pero dejaba la puerta abierta a otras soluciones dignas que pudieran presentarse. Tenía aquella reserva explicación que conocían muchos. El presidente de la República de Cuba, señor Grau San Martín, estaba inclinado a proponer una mediación de las Repúblicas hispanoamericanas a base de un plebiscito, fórmula que había defendido Prieto en varios discursos pronunciados en La Habana desde 1942, en que por primera vez planteó este tema. Republicanos de buena y de mala fe, que de todo había, y negrinistas con el estómago lleno, se ensañaron contra Prieto, falseando el sentido de su discurso y acusándole de preconizar la vuelta a España bajo la monarquía borbónica. Hoy podemos preguntar a cuantos entonces impugnaron aquel discurso; ¿quién ha combatido a don Alfonso XIII con mayor tenacidad, día a día, palmo a palmo? ¿Qué otro hombre de la emigración ha sido más duro contra don Juan de Borbón y sus consejeros? A la conciencia de los aludidos dejamos la respuesta.

Hubo un escritor en la emigración que se empleó a fondo en combatir a Prieto. Aquella campaña duró varios años y tuvo matices muy variados. Se explica el rencor que Prieto llevaba clavado en sus entrañas contra los que le acusaban de preparar la cama al heredero de Alfonso XIII. Quienes así se expresaban sabían que mentían, que engañaban a la opinión, pero el objetivo se cumplía: minar el prestigio de Prieto, el más temible orador y escritor de la emigración. Puede que algunos lo hicieran por ceguera mental, pero otros...

Fernando de los Ríos, ministro de Estado, hizo un viaje oficial para pulsar el estado de ánimo de las cancillerías. En ninguna parte consiguió ser recibido en representación del Gobierno republicano, aunque nadie le regateaba la altísima consideración de que gozaba su personalidad. De regreso de Londres estuvo largas horas en mi casa, en París.

Bajo palabra de honor que hoy puede quebrantarse porque los hechos son públicos, supe entonces que Bevin, ministro de Negocios Extranjeros del Gabinete laborista, se había negado a recibirle como ministro del Gobierno exiliado en México. ¿Eran traidores los laboristas, como se ha dicho más de una vez? No, Inglaterra no estaba con Franco, y hubiera ayudado a la monarquía o a la República, seguramente más a la monarquía; pero Inglaterra nunca reconoció a un Gobierno sin territorio. A este respecto, recuérdense las amarguras del general De Gaulle frente a Churchill, jefe del Gobierno conservador, reflejadas en las Memorias publicadas por el citado general, y De Gaulle era una fuerza auténtica en Francia. Fernando de los Ríos estaba ya enfermo, mas es bien seguro que su salida del Gobierno se precipitó ante el inevitable fracaso de una gestión en la que había puesto todas sus ilusiones.

Trifón Gómez era muy amigo de Ernesto Bevin, amistad trabada en la Internacional del Transporte, de la que ambos fueron paladines denodados. Pues bien, Trifón Gómez no obtuvo mejores resultados que Fernando de los Ríos. Cuando hablaba con Bevin no lo hacía el ministro del Gobierno republicano, sino el militante del movimiento obrero, al que los laboristas británicos guardaron infinitas consideraciones. Bevin fue el inspirador de la Nota Tripartita, de 4 de marzo de 1946, aprobada por los Gobiernos de Francia, Estados Unidos e Inglaterra, más tarde sancionada por las Naciones Unidas. En ella se expresaba la esperanza de que en España se estableciese un Gobierno transitorio y de garantías, bajo el cual el pueblo español pudiera tener ocasión de determinar libremente el tipo de Gobierno que deseaba y escoger sus gobernantes. El Gobierno republicano, pues, supo en 1946 que nunca sería reconocido por las cancillerías. Usando del doble juego habitual, hubo algunos países comunistas que reconocieron al Gobierno republicano, los de menor cuantía. Rusia, jamás. Rusia conservaba el oro de España y sentía temor a que el Gobierno republicano le hubiera exigido cuentas de tan fabuloso tesoro.

Hubo un momento, uno tan solo, en que si la emigración hubiese estado unida a las fuerzas sinceramente antifranquistas del interior, sin signo político alguno, tal vez hubiese caído Franco. Fue al triunfar los aliados y producirse el derrumbamiento del fascismo italiano y del nazismo alemán. Pero entonces, sin libertad en Europa, sin relaciones entre sí los diferentes partidos -salvo las que fueron posibles en la clandestinidad-, sin contactos con monárquicos adversarios del régimen franquista, en el supuesto de que hubiera sido posible coincidir con ellos, cosa muy difícil porque nosotros extremábamos la intransigencia republicana, entonces, repetimos, la emigración carecía de fuerzas y de programa viable dentro y fuera de España. A mayor abundamiento, los comunistas contribuyeron a desorientar a la emigración creando un organismo artificial inventado en Moscú -la Unión Nacional-, en el que según ellos, figuraba Gil Robles, cosa absolutamente falsa. Cuando posteriormente Gil Robles negoció con Prieto, en Londres, fueron los comunistas quienes injuriaron a nuestros hombres acusándoles de estar entregados a los monárquicos. En el campo comunista se pueden encontrar espigas de diverso calibre. Por ejemplo, en el Congreso que celebraron en Toulouse en diciembre de 1945, un miembro del Comité Central dijo lo siguiente, reproducido de su prensa: «Los comunistas españoles están conformes con la constitución de un Gobierno de transición con monárquicos para ir a una consulta popular.» Y en febrero de 1947, Dolores Ibárruri, en Nuestra bandera escribió lo siguiente, que apareció en caracteres exageradamente ostentosos:

«Mi opinión es que si se realizara la unidad de las fuerzas republicanas y monárquicas sobre un programa mínimo democrático, y ayudadas estas fuerzas con una presión exterior sobre el franquismo, la caída de Franco puede ser lograda sin una agudización de la guerra civil, que, por otra parte, no ha cesado desde 1939. El hecho de que los monárquicos -sigue hablando Dolores Ibárruri-puedan participar en un Gobierno con comunistas no significa de

parte de los comunistas la aceptación de la monarquía, sino el primer paso para la liquidación del franquismo y la creación de condiciones para organizar en España una consulta popular dirigida por ese Gobierno, consulta a través de la cual pueda el pueblo español expresar libre y democráticamente su voluntad.»

Indalecio Prieto no había dicho tanto y tan crudamente en su discurso de 8 de noviembre de 1945 en México ni en el del 15 de abril de 1944 en La Habana.

El Gobierno de don José Giral nació sin representación comunista y sobre esa base obtuvo la aprobación del Parlamento. A espaldas de la Constitución, tal vez creyendo que la entrada en el Gabinete de una representación de este género pudiera dar lugar a que los países sometidos a Rusia le prestaran su apoyo, Martínez Barrio y Giral abrieron sus puertas a un delegado de Moscú. El remedio fue peor que la enfermedad. Las cancillerías partidarias de favorecer una alianza circunstancial entre monárquicos y republicanos para sustituir a Franco y que España escogiera libremente su Gobierno, tuvieron un nuevo pretexto para inhibirse de pleito tan peligroso. No obstante, quedaba por jugar esa carta, la de la alianza con los monárquicos, tan cara a los ingleses. Esa carta comenzó a jugarla Trifón Gómez, a pesar de ser ministro, sin ocultarlo y sin que nadie le planteara ese problema frente a frente.

El 25 de julio de 1947 hubo asamblea de delegados del Partido socialista en Toulouse, especie de Congreso restringido y con facultades no bien definidas. Era jefe del Gobierno republicano Rodolfo Llopi, secretario del Partido. Prieto, en nombre de la Agrupación de México, acudió a la asamblea y combatió violentamente la conducta de algunos jefes republicanos y censuró la intervención de un comunista dentro del Gabinete. En la crítica estuvo demoledor, agrupando a su alrededor a la inmensa mayoría de la delegaciones.

De aquella asamblea salió el Gobierno de Llopi tan disminuido que en la primera reunión ministerial el secretario del Partido llevó al presidente de la República la dimisión colectiva del Gabinete. Una vez más Prieto tenía razón, pero no hubiera sido preciso utilizar cañones de tan grueso calibre para obtener un resultado tan mediocre.

¿Qué pretendía Prieto? Constituir un Gobierno provisional en el exterior que ofreciera las garantías que exigían las Naciones Unidas. Creía contar con Bevin para conseguirlo. Gil Robles aceptó autorizado por don Juan, entablar las oportunas negociaciones. Bevin recibió en Londres a los dos prohombres que seguramente representaban las dos agrupaciones más poderosas de la oposición a Franco. Alarmada la prensa dictatorial por el peligro que representaba para el régimen el triunfo de aquella coalición circunstancial, arremetió contra Prieto en términos de suma violencia, como lo prueba el siguiente párrafo que reproducimos de «ABC» del 22 de octubre de 1947:

«Indalecio Prieto, cuya codicia, desgarro e intrepidez nunca inspiraron a los españoles ajenos a compromisos doctrinarios otras emociones que la repulsión y el aborrecimiento, las cuales se hicieron más palpables y evidentes después de los pillajes y despojos cometidos en los tesoros públicos y privados del 36 al 39, Indalecio Prieto puede estar seguro de que su quería caciquil desplegada en Londres y en París no pasará de un ameno divertimento en su liviana existencia de potentado en el exilio. Los monárquicos españoles no podemos pactar con nuestros enemigos, ni queremos tampoco mezclar en las anales de nuestra institución a hombres que han originado su ruina y que han escrito, además y sobre todo, la páginas más bochornosas de la historia de España.»

Las negociaciones con los monárquicos siguieron su curso. Hubo otra Comisión que actuaba en el interior -el Comité de Coordinación-, en el que los monárquicos obtenían concesiones de principio que Prieto y Trifón Gómez les negaban en Francia. Los ocho puntos convenidos por los delegados del Partido socialista con los monárquicos fueron

aprobados por inmensa mayoría en nuestras organizaciones. El más importante de ellos era el siguiente:

«Prevía devolución de las libertades ciudadanas, que se efectuará con el ritmo más rápido que las circunstancias permitan, consultar a la nación a fin de establecer, bien en forma directa o a través de representantes, pero en cualquier caso mediante voto secreto, al que tendrán derecho todos los españoles de ambos sexos capacitados para emitirlo, un régimen definitivo. El Gobierno que presida esta consulta deberá ser, por su composición y por la significación de sus miembros, eficaz garantía de imparcialidad.»

Gil Robles, asustado ante el revuelo promovido en España por los franquistas, negó hubiese estado en relaciones políticas con Indalecio Prieto. Don Juan de Borbón, a través de personajes officiosos, desautorizó aquellas conversaciones y Franco, maniobrando desde su alto puesto, organizó una excursión marítima a bordo del yate «Azor», recibiendo el 25 de agosto de 1947² al pretendiente a un trono que ocupa él desde hace más de veinte años sin haber obtenido jamás el voto popular que hubiera legitimado su osadía. La entrevista entre Franco y don Juan la utilizaron en la emigración todos los que habían hecho el vacío a la única fórmula viable para cambiar de régimen como un nuevo pretexto para ensañarse contra Prieto, acusándole de estar favoreciendo el retomo de la monarquía. ¡Con qué remordimiento leerán algunos estas líneas! La fórmula de Prieto, que no era exclusivamente el plebiscito, aunque bueno será decir que hubiera sido la más honesta para todos los partidos implicados en ella, como dice el apartado octavo antes reproducido, era la de constituir un Gobierno provisional que hiciera unas elecciones honradas. Eso era en resumen. Y eso lo estorbaron todos los grupos de la oposición, favoreciendo los designios de Franco. Y eso lo estorbó don Juan, por temor a que el pueblo español se pronunciara en contra suya. ¡Con cuánta razón Prieto se asqueó contra tan despreciables censores y se retiró de nuevo a su hogar, sin abandonar por ello la lucha, como daban por descontado sus adversarios! ¡Qué gran error! Prieto volvió al palenque poco después. Y su último discurso en el pasado Congreso del Partido fue para conseguir la aprobación de una nueva fórmula que en el fondo es la misma de su primera conferencia de La Habana. Óiganlo bien los que en vida han odiado tanto a Prieto: tendrán que votar en favor de lo que defendió nuestro ilustre compañero o tendrán que soportar el régimen de Franco y el que Franco designe cuando él desaparezca. ¡A escoger!

Ginebra, marzo de 1962

V. El pesimismo de Prieto

Le Socialiste. París, 5 de abril de 1962

Desde México, en 1947, Prieto vino a Francia ilusionado con ofrecer a las Naciones Unidas el instrumento político que ellas habían dibujado para sustituir a Franco. Conseguida la adhesión de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, era preciso sumar a esta táctica a los otros sectores de la emigración, para negociar después, revestidos de la indispensable autoridad moral, con los antifranquistas monárquicos del interior. La Comisión que representaba a nuestros organismos de dentro y de fuera, constituida por Antonio Pérez, Luis Jiménez de Asúa, Tritón Gómez e Indalecio Prieto,

² Fue en 1948.

aprobó un manifiesto redactado por este último, que leyó y comentó, en septiembre de aquel año, en los locales que Le Populaire tuvo en los bulevares parisinos, precisamente los mismos que antes había utilizado el diario conservador Le Motín, de tan extensa difusión en los años de la Tercera República.

Estuve oyendo a Prieto aquella tarde, en que no solamente habló con su elocuencia habitual, sino que, para cumplimentar sus deseos, hubo que improvisar un aparato de luz eléctrica a fin de que fuera él, y no otro, quien leyera aquel documento, dándole un énfasis excepcionalmente emotivo. ¡Cómo recuerdo las ilusiones que ponía en cada uno de aquellos párrafos! Prieto no podía pensar que hubiera nadie en la emigración -quizá tan sólo los comunistas- que obstaculizara las condiciones que imponían las Naciones Unidas, fuera de las cuales la causa de la República Española estaba desahuciada de antemano. Resumen de aquel llamamiento es el párrafo que reproducimos seguidamente:

«Pedimos que todos nos concertemos para derribar a Franco, y mediante la conjunción de las fuerzas políticas más poderosas, de izquierda y de derecha, ofrecer a las Naciones Unidas el instrumento de gobierno que han diseñado como acreedor a su protección. Para esta obra común, el Partido Socialista Obrero Español ofrécese dispuesto a sacrificar cuanto sea necesario, menos su dignidad, y pide a los demás sacrificios iguales con el mismo tope. Trátase de una obra de salvación de España.»

Aquel llamamiento apenas si fue escuchado. Nuestros hombres se encontraron casi solos a la hora de negociar con la Confederación de Derechas Monárquicas. Era fuerte, en verdad, tener que pactar con esos elementos. Sin duda, también debió serlo para quienes lo hicieron con nosotros en su nombre. Pero lo hicieron, acaso convencidos unos y otros de que en política, como dijo un célebre personaje conservador: «sólo es verdad lo que es posible». Previendo estas y otras dificultades mayores aún si hubiese cuajado el pacto, Prieto se había opuesto a reconstituir las instituciones republicanas, obligadas a velar por la pureza de una Constitución que había quedado destrozada el 18 de julio de 1936, al estallar la sublevación militar. Con la Junta de Liberación, todo hubiera sido posible. Con un Gobierno legitimista, todo fracasaría. Los republicanos, en efecto, no sólo negaron apoyo al pacto, sino que le combatieron violentamente. Trifón Gómez e Indalecio Prieto fueron blanco de sus iras.

Prieto conocía demasiado bien los obstáculos que las cancillerías oponían para ayudar al restablecimiento de la República. Sabía que la única posibilidad giraba alrededor de la Nota Tripartita y de los acuerdos posteriores de las Naciones Unidas: constitución de un Gobierno que por su importancia y seriedad diera al pueblo español la garantía de poder expresar libremente su voluntad y escoger sus gobernantes. La emigración nunca hizo caso de las Naciones Unidas. Por el contrario, encontró más cómodo acusar a las Internacionales y a los Gobiernos, con representación socialista o sin ella, de traicionar sus deberes para con la Democracia española. Esa manera de razonar era la más cómoda, pero de nuevo se educaba torpemente a los ciudadanos españoles adulterándoles los hechos. En el verano de 1948, cuando la emigración seguía sin unificarse frente a Franco, una revista de los Estados Unidos, Ufe, de gran circulación y mucho peso en ciertas esferas, escribió lo siguiente, que Trifón Gómez glosó por su cuenta en un célebre debate en Toulouse:

«Si los que detestan a Franco no pueden encontrar una solución para incorporar a España al occidente SIN ÉL, otros se esforzarán en incorporarla CON ÉL.»

Aquel aviso era trágico. No obstante, los grupos de la oposición siguieron su camino, como si Franco fuera fácil de abatir con declaraciones más o menos violentas o anodinas.

El 13 de julio de 1942, Indalecio Prieto pronunció una conferencia en el Teatro de la Comedia de la Habana en la que por primera vez lanzó la idea de resolver el problema de España mediante la fórmula de un plebiscito en el que no hubiera vencidos ni vencedores y en el que todos acatáramos la voluntad de la mayoría del pueblo español. Se ha dicho muchas veces que Prieto era pesimista. Si el pesimismo consiste en darse cuenta de la realidad y operar con arreglo a ella, a Prieto se le puede calificar con ese epíteto. De lo contrario, el calificativo no sería justo. ¿Habría hoy un solo español capaz de sostener que Prieto defendía el plebiscito creyendo con ello ayudar al restablecimiento de la monarquía? Ni el más encarnizado enemigo suyo lo afirmaría. Prieto tal vez se equivocaba, pero a su juicio, y mucho más en 1942, un plebiscito hubiera constituido un paseo triunfal para la República. Vascos y catalanes hubieran votado en masa en su favor. La Confederación Nacional del Trabajo, a pesar de su apoliticismo, hubiera votado en su inmensa mayoría contra la monarquía. Con esos tres factores decisivos, el Partido socialista y los grupos republicanos hubieran arrollado a los diversos sectores defensores de la monarquía. Por eso mismo, los monárquicos nunca aceptaron el plebiscito. Prieto no era un pesimista cuando fiaba en las reacciones antimonárquicas del pueblo español. En 1942 se sentía con bríos para recorrer de nuevo España entera defendiendo una causa que toda la vida había defendido; la de la República. Por algo dijo en un discurso suyo lo que sigue:

«Con razón o sin ella, con motivo o sin él, en el seno del Partido Socialista Obrero Español estuve siempre tachado constantemente de excesiva simpatía a los republicanos. No trato de defenderme del cargo y no entro a examinar si el cargo es fundado o no: simplemente registro el hecho.»

Conociendo el temperamento de Prieto, cuando no se defendía de ese cargo es porque estaba convencido de que el cargo tuvo justificación en infinitas etapas de su vida política, incluso desde antes de comenzar a actuar en política de modo personal. El plebiscito no prejuzgaba el resultado, pero de haberle efectuado en los años en que Prieto puso toda su alma en defensa de esa solución es casi seguro de que España hubiera votado, como lo hizo Italia cuando, estando el rey Humberto todavía en el trono, la mayoría de los ciudadanos italianos se inclinaron en contra suya. De todos modos, nuestro deber era afrontar la prueba aunque ésta nos hubiera sido desfavorable. La voluntad de España estaba y sigue estando por encima de nuestros particulares puntos de vista, sin perjuicio, naturalmente, de seguir defendiendo, dentro de la Constitución triunfante, los principios que cada grupo político o social tuviera por conveniente.

Don Juan de Borbón se arrepintió de haber autorizado a don José María Gil Robles para que fuera a Londres a negociar con Prieto. Se arrepintió porque Franco le hizo promesas que no ha cumplido, aunque para ablandar al pretendiente devolviera los bienes a los Borbones y restableciera en el presupuesto nacional una parte de la lista civil de la Casa real. Ahí está -en una medida de tipo económico, materialista- el origen de la actitud de don Juan y de muchos otros monárquicos, cogidos igualmente por el estómago.

Algunos enemigos sistemáticos tal vez lleguen a pensar: Pero si Prieto era tan republicano, ¿cómo pudo entenderse con los monárquicos para organizar la vuelta a España? No hay en ello nada anormal. Dentro de Vizcaya, los enemigos más temibles fueron siempre los nacionalistas. Lo fueron para casi todos los partidos, pero de un modo singular para el socialismo que Prieto representaba. «Yo -dijo más de una vez nuestro llo-

rado amigo-he sido tiroteado por varios sitios de la villa de Bilbao por elementos nacionalistas.» Esas batallas, que fueron duras y produjeron sangre, no impidieron a Prieto colaborar con los nacionalistas cuando las circunstancias lo exigían. ¿Quién no ha tenido que hacer iguales o mayores concesiones en su vida política y social?

Es verdad. Prieto se descorazonó excesivamente en 1950 cuando vio perdido el pleito de España ante las Naciones Unidas. En realidad, nunca estuvo allí la solución, que siempre radicará en los propios españoles. Franco caerá cuando los españoles se decidan a ello. Las Naciones Unidas ofrecieron una salida para nuestro drama: la unión de todos los antifranquistas, dejando nuestras diferencias para después del triunfo. Cuando vieron a los españoles perder el tiempo en discusiones bizantinas, los Gobiernos capitalistas y los que no se lo llaman aunque procedan como ellos, unos y otros, tomaron su camino, el de sus conveniencias o el de sus necesidades particulares. ¿De cuándo acá han sentido escrúpulos morales los Estados, cualesquiera que sea su ideología?

Al finalizar el año 1950, Prieto anunció que regresaba a México y dimitía irrevocablemente de sus cargos en nuestros organismos. El Socialista, al dar cuenta de la carta en que Prieto anunciaba su decisión, publicó un artículo, salido de la magnífica pluma de Manuel Albar, que bien merecía ser reproducido íntegramente. De aquel trabajo, titulado «La fiesta de los beocios», son los párrafos que siguen:

«Cualquiera diría que el fracaso más o menos cierto -que eso está por ver- de Indalecio Prieto constituye su triunfo -el de los beocios- y que de él se derivan no sabemos qué insospechados beneficios para la emigración, para la República y para España. Porque si aceptáramos al pie de la letra la declaración de fracaso de Indalecio Prieto lo único evidente, o poco menos, es que la incalificable conducta de las NN. UU. ha inutilizado la mejor -por no decir la única- fórmula hacedera para resolver el problema de España por vía pacífica. De las muy escasas soluciones previsibles para nuestro regreso a España deberíamos descartar, pues, siguiendo el razonamiento pesimista, una, precisamente la que aunaba mayor número de voluntades y reunía más probabilidades de éxito. Lógicamente, el suceso debía -y así ha sido- entristecernos el ánimo de todos, incluso a los que de buena fe, noblemente, eran opuestos a la fórmula en cuestión y al Pacto de San Juan de Luz. A todos... excepto a los beocios, a quienes, por lo visto, les llena de júbilo ese acortamiento de nuestro campo de acción, como si ellos formaran un mundo aparte y ajeno a las venturas y desventuras de la emigración. Lo único que a los beocios les importa es subrayar -efectivas o supuestas- las derrotas ajenas, riesgo del que ellos están a salvo porque en la inacción que cultivan -contra todo y contra todos, tan infecunda como sexo de muía, no se logran victorias, desde luego, pero tampoco se cosechan descalabros. Y váyase lo uno por lo otro.

»Nos guardaremos mucho de afirmarlo, pero es posible que, si en lugar de combatimos tan sañudamente como se nos combatió al Partido Socialista y a Indalecio Prieto, personalmente, por propugnar la fórmula del plebiscito -fórmula que hoy aceptarían todos ya, incluso quienes no lo confiesan-, se nos hubiera prestado el calor o, cuando menos, el margen de confianza a que teníamos derecho, otro hubiera sido el resultado de nuestros afanes. En todo caso, lo que nadie podía negarnos era el respeto que merecía una actitud en la que el Partido Socialista ponía todo su prestigio, inspirado en el deseo limpísimo de acabar con el drama de España. Pero los beocios nos negaron también eso, sin que a la hora presente sepamos, ni nosotros ni nadie, cuál es la panacea que ellos tienen guardada para resolver el problema. Los beocios no entienden de esas cosas. De inutilizar, desacreditar, estorbar los trabajos de los demás, sí. Es, por lo que se advierte, su oficio, sin perjuicio, claro es, de adelantarse luego a codazos hasta el primer puesto para reclamar si el éxito corona la empresa.»

¡Qué bien retratados estás los beocios! Manuel Albar terminaba su artículo exigiéndoles que frente a la fórmula del plebiscito, preconizada por Prieto, mostraran la suya, la que ellos ofrecían para resolver el problema de España.

«Los que la daban por fracasada antes o los que la dan por cancelada ahora -escribió Albar en 1950- están no solamente en el derecho, sino en el deber de proponer la suya. Eso es lícito. Lo que no es lícito es que los beocios organicen una verbena, se pongan gorritos de

papel y saquen a relucir su júbilo como si realmente estuviéramos de fiesta -o lo estuvieran ellos- simplemente porque hemos perdido una baza en el juego contra Franco. Honradamente se nos antoja excesiva esa alegría y, sobre todo, demasiado fuera de lugar, incluso para tratarse de gentes que nos tienen acostumbrados a las más sorprendentes y nada divertidas zapatetas revolucionarias. Pero ¿quiénes son los beocios?, se preguntarán, a estas alturas, nuestros Sectores. No nos atrevemos a clasificarlos de un modo estricto. Se disfrazan con diversas etiquetas, políticas o sindicales, pero por las simplezas y flatos insultantes que están eructando estos días en papel impreso es fácil identificarlos.»

Si viviera Manuel Albar en 1962 los identificaría con facilidad. Son los mismos que han dejado transcurrir más de diez años sin dar su brazo a torcer. Algunos han muerto, otros han desertado de las filas combatientes. Otros, noble y tardíamente, han rectificado tanta obcecación. Todavía quedan dentro de España muchas resistencias que vencer. Aún son muy fuertes las presiones que rodean al pretendiente para que rechace someter sus aspiraciones al único tribunal que las podría legitimar, al pueblo español. Pero de nuevo hay en el palenque de la lucha un grupo de monárquicos con el cual han pactado los otros partidos de la emigración. Prieto pudo aún colaborar, desde su retiro de México y con sus intervenciones en Toulouse y en París, en el perfilamiento de estos acuerdos, los de la Unión de Fuerzas Democráticas, de fecha 24 de junio de 1961, que no superan en nada a los propuestos por nuestros organismos y defendidos por Tritón y Prieto desde 1942 a 1950. A este respecto, creemos oportuno reproducir la base segunda de las aprobadas por la Unión de Fuerzas Democráticas:

«Se aceptará como único sistema político la democracia. Para ello preconizamos que a la desaparición del régimen franquista se establezca una situación transitoria con un Gobierno provisional sin signo definido, que otorgue una amplia amnistía, restaure las libertades políticas y convoque elecciones para que el pueblo español, con absolutas garantías, opte por el régimen que prefiera y que todos los españoles estarán obligados a acatar.»

No se habla de plebiscito, que hubiera sido de mayores garantías para los republicanos. Se acepta, en resumen, la fórmula que nos ofrecían las Naciones Unidas en 1947, y que la emigración y el interior rechazaron, en su mayoría. Para que el triunfo de Prieto sea mayor aún, al final de este acuerdo, repito la fecha del 24 de junio de 1961, se dice lo siguiente:

«Si, pese a lo acordado, se produjera una situación de hecho que no correspondiera a la prevista en este documento, los firmantes se reservan el derecho de adaptar su actitud, llegado el caso, a la significación y conducta de la situación que hubiese sido establecida.»

En este final está reproducido el discurso que Indalecio Prieto pronunció en México al expresar el voto de la minoría socialista, favorable en principio al Gobierno Giral con intervención socialista, pero sin cerramos las puertas para examinar otras soluciones, si se presentara el caso. ¡Lo que ha costado el que se impusiera el buen sentido! ¿Quiénes forman en 1962 la Unión de Fuerzas Democráticas? Los siguientes organismos: Izquierda Demócrata Cristiana, Partido Socialista Obrero Español, Unión General de Trabajadores de España, Partido Nacionalista Vasco, Acción Nacionalista Vasca, Solidaridad de Trabajadores Vascos. Posteriormente, la Confederación Nacional del Trabajo, al entrar a formar parte de la Alianza Sindical, de hecho se ha incorporado también a este conglomerado, que está consiguiendo abrir brecha en el interior de España.

La solución que en 1962 acepta por unanimidad la emigración española no es mejor, está más debilitada, que la que Indalecio Prieto defendió en La Habana en 1942. Muchos de los que le llenaron de improperios han muerto; pero algunos de los que lo hicie-

ron y viven aún, por fortuna, ¿no sentirán rubor al leer estas líneas? A su conciencia dejamos la respuesta.

Ginebra, marzo de 1962

VI. Prieto y Camba

Le Socialiste. París, 12 de abril de 1962

El 28 de febrero pasado ha fallecido en Madrid el escritor Julio Camba, a los ochenta años de edad, dos semanas después que Indalecio Prieto, con diferencia de meses entre ambos escritores en la fecha de su nacimiento.

Julio Camba nació en Villanueva de Arosa (Pontevedra), de donde salió para América en sus primeros años, como tantos otros para librarse de morir uniformados peleando por una causa que no era la de España.

En Buenos Aires, Camba escribió sus primeros versos, pronunció sus primeras arengas, se enroló en el anarquismo y fue uno de los fundadores del diario La Protesta, que tantos sinsabores produjo a la policía bonaerense, hasta que a manos de otro joven anarquista cayó muerto a balazos su director general, el siniestro coronel Falcón, acompañado de su secretario particular.

Luis Araquistáin conoció en Buenos Aires a Julio Camba, y, como él, escribió allí sus primeros versos, que le valieron una remuneración no esperada de Caras y caretas, y estuvo asimismo ilusionado durante sus primeros años con el ideal de Miguel Bakunin. Pero aquel sarampión apenas si dejó cicatrices en ambos escritores, iniciados a las batallas periodísticas y sociales en carne viva, en un ambiente que les recordaba a todas horas el que habían pensado abandonar al alejarse de tierras españolas.

Camba regresó pronto, hizo breve escala en su hogar y se trasladó seguidamente a Madrid, recalando en la redacción del diario republicano El País, en los años en que este periódico abría sus puertas a cuantos quisieran pasarse las noches en sus divanes y cerraba a cal y canto sus cajas de caudales, que apenas si servían para calmar las necesidades de su propietario y de algunos privilegiados suyos.

De aquella casa de la calle de la Madera saltó a la redacción de El Mundo, diario fundado por don Santiago Mataix, secretario del marqués de Pola-vieja, el general cristiano, donde Camba coincidió con Luis Araquistáin, primer cronista en Londres del diario editado en el Pasaje de la Alhambra, grande como una sábana, de composición amazacotada, titulares estrechas y papel agarbanzado. El Mundo vivió varios años, pasó por diversas manos y terminó sus días después de haber hecho honrosa campaña en 1917 en favor de la liberación del Comité de huelga, dirigido entonces por don Augusto Vivero, asesinado, como tantos otros escritores liberales, por el franquismo rencoroso.

Por gestiones de Serrano Anguila, entró Camba en el diario republicano España Nueva, fundado en Madrid por Rodrigo Soriano. Por la redacción del callejón de Arlaban pasaron en aquellos años casi todos los escritores que vacilaban antes de orientar definitivamente sus pasos. ¡Qué interesante hubiera sido el libro que hubiese narrado sin veladuras de ninguna clase la vida y milagros de aquellos incipientes revolucionarios, a quienes estaba permitido toda suerte de gestos demagógicos! Si Rodrigo Soriano, el capitán de aquella tropa -alguno de los suyos cayó en manos de la policía por denuncias que hice yo desde los escaños municipales-, había comenzado su carrera periodística en

el diario conservador La Época, nada tiene de extraño que Cristóbal de Castro y Julio Camba terminaran la suya en ABC.

Camba se libró del contacto con la sentina del fondo de reptiles del ministerio de la Gobernación, de donde salían los miles de pesetas que tapaban bocas que se dejaban cerrar, viajando por el extranjero- Leopoldo Romero, director de La Correspondencia de España -en cuyos talleres trabajé dos años largos y conocí a tantos escritores-, destacó a Camba como corresponsal suyo en Turquía, y desde entonces, con leves escapadas a Madrid, tan festivo cronista vivió constantemente fuera de España, en Berlín, Nueva York, Londres y París, donde en 1918, encontrándose allí Indalecio Prieto, en su primera escapada al extranjero huyendo de las consecuencias de la huelga general de agosto de 1917, coincidió con Julio Camba, formando parte de su tertulia. En un trabajo publicado por nuestro llorado camarada en abril de 1951, se alude a una fiesta en la que tomó parte, entre otros. Julio Camba, en los siguientes términos:

«A comienzos de 1918 rindióse en París gran homenaje a la Legión Extranjera con motivo de habersele concedido la forrajera roja la más alta distinción colectiva en el ejército francés.

»Aquella Legión formóla inicialmente en 1914, en sus tres cuartas partes, españoles, la mayoría catalanes. Los españoles jóvenes que trabajaban en Francia se alistaron, casi en masa, en la Legión, tropa de choque. Ni siquiera defendían el territorio de su patria. Guiábalos el lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad, bordado en la bandera de Francia...

»Al homenaje, verificado en el hotel del Quai d'Orsay, y teniendo en cuenta el gran contingente de compatriotas nuestros en la Legión Extranjera, fuimos invitados a título de españoles representativos del arte, las letras y la política, Ignacio Zuloaga, Corpus Barga, Julio Camba y yo. ¡Qué emoción la de los cuatro al oír el brindis de un cabo madrileño, cuyo cordón rojo, cruzándole el pecho, representaba a nuestros ojos más que los entorchados y condecoraciones de cuantos generales presidían el acto!

»Allí supimos que en momentos decisivos de los combates, cuando el éxito peligraba, salía de las filas de la vanguardia el grito de ¡arriba los muertos! Y como obedeciendo a mágico resorte, los legionarios que, heridos por el fuego de las ametralladoras, yacían en tierra, poníanse súbitamente de pie y, chorreando sangre, seguían adelante, hasta que volvían a caer para no levantarse nunca.»

Hay otro artículo suyo, «Humoristas españoles», en donde Prieto relata el banquete con que fue obsequiado, en México, el médico y periodista don Félix Herce con ocasión de cumplirse los treinta años de actividades profesionales con la pluma, casi siempre cultivando el género humorístico. Prieto comienza su trabajo con estas líneas, donde cada palabra es un mazazo:

«Lejos de considerar el periodismo un sacerdocio, cual pueden proclamar profesionales fatuos y gentes aduonas ansiosas de ver sus nombres nimbados con letras de molde, a mí me parece un albergue de fracasados.

»Nunca pude explicarme para qué sirven las escuelas de periodismo. No es que desdeñe la cultura en los periodistas, pues cuando menos debería exigírseles dominio del idioma y la musicalidad que es elemento de belleza en el lenguaje; pero la cultura exigible de carácter general, puede adquirirse en cualquier Universidad.

»El banquete aludido me ofreció la prueba de que el «cuarto poder» sirve de refugio a muchos fracasados. Allí éramos los periodistas más viejos Herce y yo. Él fracasó como médico y yo como vendedor de periódicos, habiéndome resultado más fácil hacerlos que viciarlos...

»Esa fuerza sintética de los «comprimidos», todos con brevedad de adagios y muchos con el entresijo moral de éstos, no la logra Wenceslao Fernández Flórez, cuyo humorismo es muy difuso...

»Fernández Flórez, siguiendo cómoda senda abierta por «Azorín», divirtió a sus lectores de ABC a costa de los diputados de izquierda por medio de mordaces crónicas parlamen-

tarias. Hoy es ferviente admirador e íntimo amigo de Francisco Franco, en el que, pese a ser tan grotesco, no encuentra nada risible, o si lo encuentra, se lo calla.

«Si cual asegura Herce, «el odio es el deporte de los pobres de espíritu». Julio Camba y Wenceslao Fernández Fiórez son dos formidables deportistas porque, según me consta de largo tiempo, se odian frenéticamente.»

Indalecio Prieto escribió esa crónica hace más de diez años; pero el odio de Fernández Fiórez contra Julio Camba debe estar aún tan vivo que en las columnas de ABC no he visto reflejada ni la presencia suya en el entierro ni unas líneas de condolencia por la desaparición de tan estupendo escritor. Fernández Fiórez es académico de la Lengua merced a la situación actual. Camba no quiso serlo. Aunque los dos nacieron en Galicia hay gran diferencia entre ambos. Julián Zugazagoitia, nuestro querido amigo y correligionario, fusilado por el franquismo a pesar de haberle detenido en tierras francesas faltando a los más elementales deberes del Derecho internacional, siendo ministro de la Gobernación, facilitó un salvoconducto para que saliera de la zona leal al cronista de ABC Wenceslao Fernández Fiórez, escondido en la embajada holandesa, quien correspondió a conducta tan generosa como humana pasándose acto seguido a la zona rebelde y desde ella reanudar su inveterada costumbre de mortificar a nuestros hombres. Hay humoristas a los cuales será muy difícil tomarles en serio.

En el mismo trabajo de Prieto hay alusiones a otros escritores especializados en ese género literario, Luis Taboada y Rafael Urbano, especialmente Urbano fue afiliado a nuestro Partido, perteneció a la primera redacción de El Socialista diario y de él habré de ocuparme en momento oportuno, ampliando en mucho los datos que Prieto expone. Luis Taboada fue el verdadero mago del genio humorístico. «Ninguno le igualó en popularidad», dice Prieto, y tuvo razón para decirlo. En las antologías de Luis Taboada figuran dos anécdotas que dan idea del carácter de aquél literato, nacido en Vigo el 6 de octubre de 1848. En ocasión en que sus paisanos habían decidido recibirle triunfalmente, el disparo desgraciado de un cohete le dejó tuerto. Taboada relató el hecho en Madrid Cómico, semanario satírico de gran tirada, como si otro fuera el sujeto y él simplemente su narrador, con tal gracejo, que al extrañarse algunos íntimos, les replicó:

«Yo tengo derecho a quedarme tuerto, pero no a ponerme triste, porque las carcajadas de los demás son el pan de los míos.»

Muy enfermo ya, viéndose morir, para no desmentir su tradición humorística, dijo a su hijo:

«Vete a la parroquia y pide que me traigan los santos óleos, pero que los elijan buenos porque son para mí.»

En La Vanguardia, de Barcelona, al dar cuenta del fallecimiento de Julio Camba, se hacían las siguientes preguntas: «¿Qué era Julio Camba, de verdad? ¿Humorista? ¡Bien! ¿Periodista? Moderadamente. ¿Literato? No mucho. Para nosotros, un puro intelectual, un fino y sutil intelectual.»

César González Ruano, en ABC, ha escrito al día siguiente de la muerte de Camba:

«A Julio la literatura le importaba un pimiento. No he conocido jamás un ateo de las letras tan firmemente desdeñoso como él. ¿Sabe usted mi único odio auténtico? Al miserable que inventó la imprenta», le dijo en cierta ocasión, y agrega: «Cuando los periódicos publicaban cosas tuyas o algo sobre él volvía la página con asco. Insisto en todo esto porque esto era precisamente Julio Camba.»

Un panegirista suyo ha dicho que «hubiera perdido el premio Nobel por no molestarse en ir a recogerlo», y Fernández Almagro, abundando en este mismo punto añade: «Era el hombre que no quería ser nada.» Lo que se corresponde perfectamente con este juicio emitido por otro escritor:

«Camba, en cambio, no admiró probablemente a nadie.»

Esto viene a cuento porque Camba no aceptaba comer con todo el mundo, porque escogía sus amistades, prefiriendo aislarse a convivir con quienes merecían su desprecio. El padre Félix García, especializado en estos tristes menesteres, ha tenido el atrevimiento de publicar en ABC un breve trabajo para dar idea de que Julio Camba ha muerto en el seno de la iglesia. «Y con el brazo vacilante trazó sobre su frente -ha escrito el padre Félix García- la señal de la cruz, y dijo palabras sueltas, pero emocionadas, y jactatorias que acaso no había dicho en mucho tiempo.» ¡Qué atrevidas son en España las gentes de la iglesia!

El padre Félix García tal vez viva ilusionado con haber salvado el alma de Camba. ¡Lo que se hubiera reído él, de haberlo sabido a tiempo! Probablemente, no fue nunca anarquista, ni en Buenos Aires ni en París, donde mantuvo relaciones con Ferrer Guardia. Lo más cierto sería decir que Camba nació furibundamente individualista y que conservó esa cualidad hasta el fin de sus días. En algunos artículos publicados con ocasión de su muerte, con frecuencia le llaman «escéptico», y se lo llaman sin ánimo de ofenderle, reconociendo sus bondades. Pero esos escritores son los que dan en el clavo. Camba no era católico ni anarquista: era un escéptico, no tenía fe en nada ni en nadie. Pero no era vanidoso, como lo demuestra este pensamiento suyo, que pocos intelectuales suscribirían:

«Probablemente mi inteligencia no sobrepasa en poco ni en mucho la del común de mis lectores, y si yo escribo para ellos, en vez de que ellos escriban para mí, es sencillamente, porque tenemos profesiones distintas.»

Camba tuvo un hermano que ha ocupado puesto distinguido entre los literatos de su generación, don Francisco Camba, fallecido también en el mismo sanatorio madrileño en que ha muerto Julio. Este hermano suyo publicó una serie de «Episodios contemporáneos», parodia de los galdosianos, que se leen sin fatiga y sin provecho. El estilo de ambos es diametralmente opuesto, como seguramente serían distintos en la vida social.

En las tertulias parisinas a que en 1917-1918 acudían Prieto y Camba, éste solía ganar al poker con exagerada frecuencia, lo que hace notar Prieto en una de sus crónicas, y otro panegirista de ABC coincidiendo con esta referencia, señala que siempre que jugaba con Camba perdía, sin escarmentar por ello. Sin duda, esta fama dio margen a que hubiera almas caritativas que propalaran insidiosamente que Camba vivía del juego. Camba vivió de su pluma, «sudando como un picapedrero». Tenía talento natural y suerte para jugar, y ponía en ello la pasión que le faltaba en otros menesteres. Jugaba con las cartas como jugaba con los hombres cuando escribía. Acaso jugando -Camba no disfrutaba haciendo daño con la pluma-, hizo una semblanza de Prieto referida por éste del siguiente modo:

«Siempre me ha regocijado la diversidad de opiniones sobre mi carácter, muchas de ellas contrapuestas. Las he creído sinceras todas, explicándome su heterogeneidad porque los opinantes se fiaron de impresiones fugaces que dejaron en su ánimo falsas huellas, no borradas luego por falta de intención o de interés.

»Quien más graciosamente me retrató fue Julio Camba, a poco de conocerme en París hace cerca de cuarenta años. El gran humorista me presentaba como un rorro apacible mirando sonriente a la niñera y que de pronto, sin nadie saber por qué, se ponía a berrear en forma ruidosa. Persona de mi intimidad me decía recientemente: «Tus brusquedades son ficticias y las

finges para ocultar tu ternera.» Halagado por este parecer, yo lo oía en silencio, sonriendo cual si sonriera a la niñera. Cambiando ternera por debilidad, estimo justa la opinión. Me reputo un hombre débil que, conociendo a los lobos que me rodean, recurro al ademán violento para amedrentarlos, pues de otro modo, me devorarían. A estas alturas no me importa revelar el secreto, pero, puesto que, conforme declaré líneas arriba, nadie se conoce a sí mismo, el lector puede rechazar esta confesión.»

En la semblanza que Pérez de Ayala ha escrito al fallecer Camba, anuncio de otra más detallada, puede leerse lo que sigue:

«Camba fue un gran niño, o un niño grande, casi inocente, toda su vida. Pondría una mano en el fuego jurando que Camba no causó mal deliberadamente a nadie ni con la intención.»

Por su parte, Manuel Azaña, trazando también una biografía de Prieto, le retrata del siguiente modo:

«Cuando Prieto se lanza, ya no oye, ni ve, ni entiende. Se congestiona, se hincha, algo se estrangula en su organismo y no hay manera de llamarle a la prudencia. Se descompone de tal modo que temo verle caerse muerto un día cualquiera.»

Prieto no ha muerto como Azaña preveía, juzgándole superficialmente. Las reacciones de Prieto eran excesivas, pero generalmente ¡cuan justificadas estaban! Prieto era el hombre más odiado, más calumniado, casi siempre sin el menor pretexto, por seguir la vieja máxima: «Calumnia, que algo queda...» Los servicios publicitarios del franquismo editaron hace tres años un libro lujosamente presentado para justificar ante el extranjero el movimiento militar estallado en España el 18 de julio de 1936. Pues bien, en ese libro, el único socialista citado nominalmente y combatido ferozmente es Indalecio Prieto. En él se dice que «antes que las fuerzas rojas abandonaran Bilbao, Indalecio Prieto ordenó que la ciudad fuera incendiada y destruida.» El mentecato que escribió eso sabía que en Bilbao existía el Gobierno vasco, con representación socialista, y que merced a las previsiones adoptadas por este Gobierno no hubo en Vizcaya incendios de iglesias ni atropellos de índole personal. ¿Por qué no lo reconoció así el amanuense que firmó tan ridículas infamias? Prieto, comentando esta acusación, agrega lo siguiente, que confirma el odio contra él, no sólo en las derechas:

«Esta paparrucha neroniana es idiota, como aquella otra de origen anarquista a que recientemente aludí y en la cual se me culpaba de haber entregado Bilbao a Franco, de acuerdo con el Gobierno de Londres. Los extremos se tocan si son atraídos por el imán de la imbecilidad. ¿Quién creará ninguna de esas patochadas?»

Esas patochadas y otras de peor índole todavía fueron y siguen siendo agua corriente contra Indalecio Prieto. Seguramente ahí habrá que buscar el origen de las exaltaciones que Azaña descubrió en Prieto y que hemos recogido más arriba.

Ginebra, marzo de 1962

VII. Prieto y March

Le Socialiste. París, 26 de abril de 1962

El pasado 10 de marzo ha fallecido en una clínica madrileña don Juan March y Ordinas, un personaje de leyenda que dejará huella en la historia de España. Nacido en Palma de Mallorca, con instrucción muy rudimentaria, dotado, en cambio, de un certero golpe de vista para los negocios, March se abrió camino a codazos, escalando rápidamente una fortuna que le facilitó acceso a situaciones desde las cuales tuvo a raya a gobernantes y capitalistas dentro y fuera de España. Don Gregorio Marañón, según Indalecio Prieto, de quien tomo la referencia, ha referido la siguiente anécdota, que retrata cabalmente al fallecido financiero: «Si usted -le dijo un día a Gregorio Marañón, mientras contemplaba los miles de volúmenes alineados en la biblioteca del ilustre médico-esconde una moneda entre las páginas de esos libros, yo la encuentro al primer golpe, sin vacilación alguna.»

¿Tenía ideas políticas el Sr. March? Es posible que sí, aunque lo más probable es que no fueran muy arraigadas. Lo cierto es que en 1918, cuando fuimos por primera vez al Parlamento español, entre los diputados que seguían al liberal izquierdista don Santiago Alba, figuraba ya el temido y temible personaje mallorquín. Digamos, además, que por entonces no alardeaba de costear fiestas religiosas ni de subvencionar publicaciones derechistas. Por el contrario, en Palma de Mallorca construyó una suntuosa Casa del Pueblo, que regaló a los trabajadores asociados de la citada capital, cuya inmensa mayoría pertenecía a la Unión General de Trabajadores desde larga fecha y seguía las inspiraciones del Partido Socialista Obrero Español.

El movimiento obrero mallorquín data de la Primera Internacional. El obrero balear, semanario socialista publicado en Palma de Mallorca, era uno de los periódicos más antiguos y más constantes de nuestro Partido, bajo la dirección del zapatero Lorenzo Bisbal, discípulo de Pablo Iglesias. En 1917 había ya cuatro concejales socialistas en la isla, elegidos desde las primeras elecciones de la Conjunción republicano/socialista, y en las elecciones del 8 de febrero de 1920, luchando sin apoyo republicano, triunfaron once concejales de los veinte presentados, recogiendo 2.480 votos. En Mahón, cuyas actividades políticas y sindicales gozaban de absoluta autonomía, estuvo a punto de triunfar, como candidato a Cortes, Vicente Barrio, secretario de la Unión General, que alcanzó una brillantísima votación y dejó consolidadas allí nuestras ideas.

¿Por qué hizo don Juan March aquella fabulosa donación, conociendo la integridad moral de los integérrimos luchadores socialistas de las islas Baleares? ¿Se dejó llevar por el ejemplo dado en Madrid pocos años antes por el fabricante de curtidos don Cesáreo del Cerro, conservador en la política, a pesar de lo cual al fallecer dejó en su testamento un millón de pesetas a favor de la Casa del Pueblo madrileña, con la reserva de que fuera Pablo Iglesias quien administrara y vigilara su aplicación en beneficio de la cultura de los trabajadores asociados y de la instrucción de sus hijos? ¿Qué interés guiaba a March halagando a los afiliados al movimiento obrero en la capital mallorquina, cuando disponía ya de millones de pesetas para adquirir un acta de diputado, luchando, incluso, contra el tinglado conservador que tradicionalmente sostenía en aquella circunscripción electoral a don Antonio Maura? Tal vez intentase con ese gesto de apariencia filantrópica conquistarse simpatías que contrarrestasen las campañas iniciadas por entonces contra sus actividades especulativas, mediante las cuales crecía incesantemente su fortuna. Prieto ha referido en uno de sus más sugestivos artículos cómo conoció a March y cómo éste intentó trabar amistad con él, sin conseguirlo.

«Conocí a Juan March en el Congreso, donde figuraba como diputado por su isla natal, de la que se iba apoderando política y económicamente. Aunque sus actividades abarcaban ya la esfera industrial retinando petróleo en Porto Pi, la naviera participando en la Compañía Transmediterránea, la agrícola comprando grandes extensiones de terrenos que por parcelas revendía a plazos y la bancaria para el financiamiento de dichas empresas, no había abandona-

do su actividad inicial de contrabandista, desenvolviéndola cada vez con mayor extensión. Inundaba de tabaco elaborado en su fábrica de Oran e introducido de contrabando, las Baleares y la costa peninsular levantina. Había comprado a la Regie francesa, adjudicataria del monopolio tabaquero en Marruecos, los derechos correspondientes a la zona del protectorado español, desde la cual invadía fácilmente con sus productos Ceuta y Melilla que, por ser plazas de soberanía, quedaban fuera del convenio, concertado entre la Regie y el sultán.»

Llegado el momento de inaugurar la Casa del Pueblo de Palma de Mallorca, Pablo Iglesias, a petición de la comisión de camaradas de aquella capital que había venido a Madrid con ese objeto, requirió a Prieto para que fuese él quien acudiera a las Baleares y pronunciara el discurso de rigor. Prieto explicó a Pablo Iglesias los antecedentes poco recomendables del filántropo mallorquín.

«No tengo duda -le dijo- de que mi nombre lo ha sugerido el propio March a los compañeros mallorquines. Prescindo de examinar si éstos proceden bien o proceden mal aceptando de March la flamante Casa del Pueblo, mas yo no quiero trato alguno con él. ¿Y cómo rehuirle en Palma si el donante asiste al acto inaugural, si acude al puerto a recibirme, si me brinda uno de sus automóviles o me invita a comer? Rechazando cualquiera de sus gentilezas, y las rechazaría todas, ¿no pondría yo en evidencia a nuestros amigos? Lo más que puedo hacer en favor de ellos es no ir.»

Naturalmente, Pablo Iglesias aceptó los razonamientos de Indalecio Prieto, y la Casa del Pueblo de Palma de Mallorca fue inaugurada sin la presencia del batallador diputado socialista por Bilbao. De ser cierta la sospecha de Prieto, es de suponer que March guardaría como un agravio aquella negativa, dispuesto a cobrarse tan pronto se le presentara ocasión.

Durante los siete años en que Primo de Rivera gobernó España sin control alguno, tuvo incidentes ruidosos con March, pero finalmente llegó a un acuerdo con él, como casi siempre conseguía aquel poderoso personaje. En resumen, con la dictadura del general jerezano no obtuvo cuanto deseaba, guardaba el rescoldo de pasadas heridas, pero tampoco figuraba entre sus adversarios más descarados. ¿Cómo pudo ser que los hombres del Comité Revolucionario de 1930 se lanzaran a solicitar el concurso financiero de March para proseguir sus trabajos conspiratorios contra Alfonso XIII? Don Alejandro Lerroux ha explicado estas gestiones en las páginas 63 a 65 de su libro *La pequeña Historia*, cuya parte esencial reproducimos seguidamente:

«Es inagotable la fe del hombre en el milagro y cuando se pone a conspirar le aumenta.

»En aquella misma reunión, que se celebró por cierto en casa de Maura, cuando yo acababa de dar cuenta de mi expedición y depositaba en manos del presidente su producto y en el ánimo de Prieto una decepción subrayada con una sonrisa, Miguel salió a la palestra, se estiró los puños, cruzó su americana gentilmente, y dijo: 'Pues yo sé de quien, si usted le plantea en serio la cuestión, no le negará su concurso, y será considerable.'

»Pedí el nombre. En efecto, se trataba de persona de gran posición económica, conocido de nosotros y no sé si amigo de alguno. Advertí a los presentes que hacía tres años había yo acudido a dicho señor para pedirle un préstamo con garantía de segunda hipoteca sobre mis bienes, 125.000 pesetas, y que no quiso servirme. Me sorprendía por eso, la suposición de Maura. No obstante, Miguel, que estaba en relación con persona muy allegada a dicho potentado, argüyo insistiendo en la referida buena disposición de éste para conmigo.

»No vacilé. En el acto formé mi composición de lugar y resolví intentar una entrevista. La procuré al día siguiente y la celebramos por la noche en mi casa, donde el personaje tuvo la atención de acudir. Al grano. Yo le hablé sin rodeos y le formulé la proposición siguiente:

»Calculo el valor de mis propiedades inmuebles en más de dos millones de pesetas. Están gravadas en el Hipotecario con hipotecas que ascienden, cifras redondas, a quinientas mil. Se las vendo a usted a "pacto de retro" en dos millones. Usted retiene quinientas mil para redimir las hipotecas. Yo entrego un millón a la Junta Revolucionaria y me quedo con otro medio para hacer frente al porvenir. Si triunfa la República ella pagará este préstamo.

Si no triunfa, usted no pierde nada, y yo dejo a los míos, en el peor de los casos, un pedazo de pan...

»El enojo me parecía mengua de mi dignidad. La contrariedad es una cosa y otra el enojo. La mía debió conocerse por algún gesto, probablemente en que no me rebajé a discutir, que hubiera parecido mendigar, y me callé.

»Mi interlocutor, al advertirlo y ya de pie, añadió: "Don Alejandro, yo no puedo ni debo convertirme en banquero de la revolución, pero comprendo que los hombres políticos tienen obligaciones que no siempre están en condiciones de cumplir. Para usted, personalmente, estoy a su disposición." Eso era rebajar discretamente la cuota sin dejarme el derecho de aceptar ni de protestar.»

Con ocasión del fallecimiento de March, don Esteban Bilbao ha referido esta historia en ABC de tal modo que resulta absolutamente desconocida. En el relato de Lerroux, escrito cuando no le ataba ninguna consideración con los hombres que formaron la Junta Revolucionaria de 1930, no se habla para nada de «lisonjeras promesas», ni constituía una vileza lo que le propusieron a March, ni es cierto fuera objeto de persecuciones por haberse negado a satisfacer las emanadas de Lerroux y de sus amigos. La República triunfó el 14 de abril de 1931, y la detención de March se efectuó, después de oírle en el Congreso de los Diputados, el 16 de junio de 1932, más de un año después, mediante votación nominal que perdió el acusado, a la vista de un expediente en que resultaban cargos en contra suya, cuando ocupaba la cartera de

Hacienda otro hombre de negocios, de limpia historia republicana, don Jaime Carner, catalán que conocía al dedillo los entresijos de cuantos trapicheos manejaba tan poderoso personaje. De Carner y de entonces, en presencia suya, es la célebre frase:

«O la República acaba con Juan March o Juan March acaba con la República.»

¿Por qué no informar con lealtad? Don Esteban Bilbao no suele ser objetivo cuando aborda temas políticos. Le importa poco adulterar los hechos, adobándolos arbitrariamente, olvidándose de que tales licencias deberían estar vedadas a quien ocupa puesto de tanto relieve como el que detenta en el régimen falangista.

Ahora bien, la Junta Revolucionaria cometió un error de marca planteando al acaudalado mallorquín aquella petición de fondos. Fue una falta grave, que imposibilitaba moralmente a quienes efectuaron tal demanda a proceder contra él. Reconocerlo así no justifica la utilización de adjetivos de tan poco gusto como los empleados en ABC achacando a Prieto un odio personal contra March, que no tenía por qué sentir. Prieto, lo ha repetido él mil veces en sus trabajos periodísticos, apenas si ha odiado a nadie en su vida. Ni era rencoroso. Prieto, desde el Gobierno, defendía los intereses del erario español, en tanto que otros, alabados por ABC, se confabulaban con March para defraudarlos.

March estuvo preso en Alcalá de Henares hasta el día 4 de noviembre de 1933, cuando ya no gobernaba Azaña ni era ministro Indalecio Prieto. Entonces presidía el Gabinete don Diego Martínez Barrio. March resolvió su problema por la acción directa, como tantas otras veces. De acuerdo con el director de la prisión preparó su fuga, con dos autos dispuestos hasta que llegó a Gibraltar, atravesando la frontera sin ninguna dificultad. Con los millones que le había dejado Iñeres la República era bien sencillo alcanzar semejante resultado.

En cambio, no tiene explicación posible que March estuviera encarcelado -siquiera gozase de un régimen privilegiado en Alcalá de Henares a consecuencia de su edad, su posición social y de las enfermedades que padecía- sin que durante tantos meses el Gobierno de Azaña hubiese procedido a resolver de un modo o de otro la situación de aquel hombre, diputado republicano en las Cortes Constituyentes, y, posteriormente, a

pesar de estar encarcelado, elegido vocal del tribunal de Garantías Constitucionales. La República se creaba tempestades entre sus adversarios sin ninguna compensación, como si se gozara en cometer torpezas de inmensa resonancia.

Pero antes de estos acontecimientos hubo otros que conviene dejar reseñados. Como es sabido, Prieto ocupó la cartera de Hacienda en el primer Gobierno de la República. Don Juan March había tenido abiertas a todas horas las puertas del ministerio de ese ramo, sin preocuparse gran cosa del color político de su titular. ¿Cómo lograría que el nuevo ministro socialista le recibiese, conociendo la posición particular de Prieto a este respecto? Don Horacio Echevarrieta, ex diputado republicano por Bilbao, que había sido propietario de *El Liberal*, diario de aquella capital, estuvo en situación económica muy apurada, de la que le salvó March con un crédito en apariencia generoso, si el deudor conseguía fuese renovado sin que le apretaran el gatillo. Félix Rodríguez, como un hermano para Prieto, apoderado de Echevarrieta, le visitó para rogarle recibiera a March, sin imponerle condición de ninguna clase. Una simple visita resolvería todo. Nuestro amigo se negó. De nuevo volvió a visitarle Félix Rodríguez, esta vez en términos angustiosos: si no recibía a don Juan March éste ejecutaría la hipoteca contra don Horacio. Prieto no cedió, quedando rota una amistad de muchos años con Echevarrieta, al borde de la ruina, al perder gran parte de sus bienes. March no perdonó a Prieto el que se hubiera negado a ir a inaugurar la Casa del Pueblo de Palma de Mallorca.

Contra lo que se afirma en *Historia de la guerra civil española*, de Hugh Thomas, Indalecio Prieto no fue nunca secretario de don Horacio Echevarrieta, por quien debe ir la equivocada cita que ese escritor hace. Ni siquiera el nombre del ex diputado republicano está bien copiado. En ese mismo libro, redactado con el deseo de ser objetivo, sin conseguirlo, ya que el autor se ha dejado llevar por Álvarez del Vayo y otros «camaradas de ruta», se afirma que Prieto era un hombre rico. La noticia, aun en el supuesto de ser cierta, nada tendría que ver con la historia que pretende narrar el citado autor, a no ser que estuviera dictada por la malicia. Prieto, en efecto, pudo haber sido rico en infinitas ocasiones, y tal vez una de ellas hubiera podido ser la que se relaciona con escenas anteriormente relatadas; pero Prieto no estuvo nunca al servicio de ningún hombre, rico o pobre, ni al de ninguna Embajada, de oriente o de occidente. En cambio, ¡qué pocos adversarios suyos podrían decir otro tanto!

Pudo ser un error haberse negado a recibir a March, cuando éste era diputado y Prieto ministro de Hacienda. Alguna vez escribió él que «quizás procedió entonces con excesivo rigor». Pero si hubiese trabado amistad con dicho señor, si por acaso éste hubiera colaborado con el régimen republicano -como tal vez pretendía-, ¿no habrían dicho a coro los eternos enemigos de Prieto que se había vendido al oro de tan hacendado y peligroso personaje? Se puede y se debe discutir la actuación de Prieto y de cuantas personalidades han desfilado por la Historia de España; pero debe hacerse escogiendo un solo camino: el del respeto a la verdad. Prieto, en el pleito relacionado con don Juan March, contrariándole, no obtenía beneficio alguno. Todo lo contrario: se creaba enemigos mortales, que todavía es posible reciban emolumentos por seguir deshonorándole. Es lástima que mister Hugh Thomas, que tantas minucias recoge en su libro, no se haya enterado de esto, como no se ha enterado de otras muchas cosas, o las recoge con evidente parcialidad, atribuyendo a la actuación de los comunistas en la guerra civil española una importancia que nunca tuvieron, mientras procura disculpar a Stalin, hasta donde le dieron pretexto para ello los asesores de que estuvo rodeado al redactar esta parte de tan interesante libro, cuya excelente traducción española, esmeradamente presentada por la Editorial «Ruedo Ibérico», acabo de leer.

Es cierto que March no financió la conspiración contra Alfonso XIII. En cambio, todo el mundo está de acuerdo, incluso mister Hugh Thomas, en que desde el primer

momento estuvo en contacto con los generales facciosos y en que su dinero sirvió para pagar los primeros aviones italianos llegados a Palma de Mallorca. Nada de particular tiene esa actitud de March, como es natural que el franquismo, agradecido, le haya recompensado espléndidamente. Lo contrario sí que hubiera sido sorprendente. Hasta es muy posible que los primeros dólares para ayudar a la rebelión militar saliesen de Alfonso XIII, de Quiñones de León y de Juan March. De lo que no estoy tan seguro es de que ninguno de los tres, en sus últimos momentos, estuvieran muy conformes con el sesgo adoptado por el movimiento militar al que inicialmente habían prestado su apoyo.

Prieto no quiso recibir en su despacho ministerial a don Juan March. Yo, en cambio, le he recibido en el mío, de Carranza, 20, redacción de El Socialista. Pero esa historia tiene antecedentes que no caben ya en este trabajo.

Ginebra, abril de 1962

VIII. March, en Carranza, 20

Le Socialiste. París, 3 de mayo de 1962

El día 1.º de febrero de 1904, en el Centro de Sociedades obreras de la calle de Relatores, 24, hubo votación por papeletas para elegir Junta directiva de la Asociación General del Arte de Imprimir, de Madrid, que acababa de sufrir honda crisis. Habiendo decidido Antonio García Quejido, fundador de la Unión General de Trabajadores, en 1888, en Barcelona, abandonar aquella residencia para instalarse de nuevo en Madrid, donde había nacido, resultó elegido presidente de tan gloriosa organización, matriz del movimiento obrero hispanoamericano. García Quejido trabajaba entonces en la corrección de pruebas del diario Heraldo de Madrid, por haber renunciado en una de sus múltiples genialidades, a la Secretaría retribuida de la Unión General, recién trasladada a Madrid, en cuyo Congreso había sido reelegido, pasando Pablo Iglesias a ocupar la Presidencia. En la vacante que en 1904 dejó García Quejido entró Vicente Barrio, secretario de la Unión General hasta el Congreso de 1918, en que fue designado para ese puesto Largo Caballero, y Vicente Barrio ocupó la Tesorería de nueva creación.

Con la ilusión propia de un neófito, intervine en la elección de aquella Junta directiva, de la que fue secretario otro tipógrafo admirable, Manuel Várela, que trabajaba a líneas en la imprenta de Inocencio Calleja, fundador de la Internacional. Várela ocupó el puesto de auxiliar de la Secretaría de la Unión General a las órdenes de Vicente Barrio durante muchos años.

Aquella Junta directiva reorganizó el oficio, estableciendo normas de trabajo en las máquinas de componer, no superadas en Europa. Y como el grado de instrucción de los aprendices tipógrafos era muy deficiente, el 27 de abril de 1904 hubo asamblea para aprobar un reglamento creando la Escuela de Aprendices Tipógrafos. ¡Qué osadía, en aquellos tiempos! El 12 de mayo siguiente, la Junta directiva abrió concurso para cubrir la plaza de profesor de Gramática española, adjudicándosela a Matías Abad, republicano federal, uno de los hombres más competentes de nuestra profesión.

Los fundadores de la escuela tropezaron con infinitas dificultades. Por fin dieron con un local en el domicilio de la Sociedad de Amigos del Progreso, que sostenían unas escuelas laicas, calle del Horno de la Mata, 7, Centro Federal y casi centro anarquista, en donde había salón disponible para las clases de la nueva institución, cuya inaugura-

ción se efectuó el 18 de octubre de 1905. Cayetano Redondo, fusilado por el franquismo y yo fuimos alumnos de la Escuela de Aprendices Tipógrafos.

En el tercer año de estudios se hizo cargo de la clase de Técnica profesional e Idiomas, Antonio Atienza de la Rosa, un hombre del que debería hablarse más frecuentemente en nuestras publicaciones. Atienza nació en Sevilla el 26 de abril de 1867. En 1882 ingresó en la Asociación del Arte de Imprimir en Madrid, y al constituirse el primer Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español formó parte del mismo, en cuyo puesto se conservó durante muchos años. Fue redactor de *El Socialista* desde su fundación, trabajando en estos y otros cargos gratuitamente. Tradujo, entre otras obras -conocía muy bien el latín, francés, italiano y bastante el inglés- *El Capital*, por Gabriel Deville; *Socialismo utópico y socialismo científico*, de Engeis; *La ley de los salarios*, de Guesde, y *Luz y Vida*, de Büchner, todas ellas antes de finalizar el pasado siglo. Posteriormente tradujo muchas más, incluso para la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra, donde le sorprendió la pasada guerra, en 1939, obligándole a refugiarse en México. Conservo cartas de Atienza, de las que trataré cuando, por separado, publique una ampliación de la biografía que hace años comencé a dar de tan excelente correligionario fallecido en México el 16 de septiembre de 1944. Los correligionarios españoles residentes en México reunieron fondos para levantar un mausoleo a tan veterano luchador, inaugurado el 14 de agosto de 1949 con un discurso del magnífico escritor Manuel Albar, tipógrafo como Antonio Atienza, los dos incorporados por mí a la redacción de *El Socialista* en los años en que dirigí nuestro diario en Carranza, 20.

Cuando terminé mis estudios en la Escuela de Aprendices Tipógrafos, Atienza me propuso para la corrección de pruebas del diario madrileño *La Correspondencia de España*, en cuyos talleres se mantuvo él durante más de un cuarto de siglo.

La Correspondencia de España, fundada por don Manuel María de Santa Ana Rodríguez, primer marqués de Santa Ana, nacido en Sevilla el 7 de febrero de 1820 y fallecido en Madrid el 11 de octubre de 1894, llegó a ser el periódico de mayor circulación a fines del pasado siglo. Su propietario, que comenzó militando en las filas del progresismo y terminó en las de Cánovas del Castillo, con el cual fue diputado y senador, reunió una fortuna, construyó edificio propio para las necesidades de su periódico, «el gorro de dormir», como denominaban los guasones de los barrios bajos a «*La Corres*», y acreditó el periódico de noticias, dando de lado la información política a devoción incondicional de un jefe de taifas. Después de un breve período de orfandad, la marquesa viuda de Santa Ana -mujer muy inteligente- entregó *La Correspondencia de España* a la inquieta actividad de don Leopoldo Romeo, un periodista que había fundado años atrás *El Evangelio* para batirse un día sí y otro no con cualquier espadachín de más o menos campanillas. *El Evangelio* fue un semanario republicano federal con ribetes anarquistas, que popularizó la firma de su director, «Juan de Aragón», más tarde corresponsal en Madrid de diarios tan conservadores como *The Daily Telegraph*, de Londres, y *Le Temps*, de París. Romeo fue diputado a Cortes por Belchite (Zaragoza) y gobernador civil de Madrid a las órdenes del conde de Romanones. Falleció en Madrid el 27 de marzo de 1925.

Yo entré en los talleres de *La Correspondencia de España* después de haber efectuado su director una profunda transformación en los mismos, en la que gastó muchos miles de duros. Sacaba por entonces dicho periódico tres ediciones diarias en Madrid, alarde que no pudo mantener sino algunos meses. En aquella Redacción trabajaron Ramiro de Maeztu, que enviaba artículos de tendencia fabiana, desde Londres; Manuel Delgado Barrete, «Taf», periodista canario de buena pluma e intenciones miureñas; Joaquín Aznar, periodista zaragozano, paisano de Romeo; José Betancort, «Ángel Guerra», buen literato a Cortes por Canarias, de donde era oriundo; Ricardo J. Catarineu,

poeta y crítico teatral; Agustín R. Bonat, crítico musical y taurino; Alejandro Pizarroso, redactor municipal, con una credencial en el bolsillo que le servía para cobrar sueldo sin prestar servicio, asiduo, infatigable, a cuantos banquetes era invitado el diario; Enrique Jardiel, padre del autor cómico Jardiel Poncela, que había sido secretario del Partido Socialista, separado del mismo por su desgraciada gestión administrativa en la Mutualidad Obrera, encargado de los sucesos; Pascual Terrero, redactor de las sesiones parlamentarias y practicante de La Mutualidad, republicano en política;

López Olivan, que se ensayaba en el periodismo mientras se preparaba para la carrera diplomática. En «La Corres» hizo una excelente campaña periodística durante la guerra de 1914-1918 Enrique Fajardo, «Fabián Vidal», muy aliadófilo, luego director de La Voz, diario madrileño de la noche, diputado republicano por Granada, y fallecido en México... ¿Fallecido? Enrique Fajardo puso fin a su vida. He aquí la carta con que se despidió de Indalecio Prieto antes de arrojar desde un alto piso a la calle:

«México, octubre. - Señor Indalecio Prieto -San Juan de Luz. - Mi querido y admirado amigo:

Voy a morir y antes quiero despedirme de usted, de usted a quien tanto quise y admiré siempre. He llegado al extremo límite de mi resistencia física, de mi resistencia económica y de mi resistencia moral. No tengo más que dos artículos al mes en Excelsior y dos en España Nueva. Lo de Cuba, fracasó. Lo de Puerto Rico, también. Lo de Prensa Latina, igualmente. Un socorro del fideicomiso, que recibía desde hace varios meses por iniciativa de Esplá y Robertito Castrovido, cesa a fin de mes, pues se acabaron los fondos. Me estoy quedando otra vez ciego, llevo desde que comenzó el verano cuatro colapsos con pérdida de conocimiento. El último -hace pocos días- me ha dejado en un estado de torpeza que repercute en el cerebro de modo alarmante. Temo la parálisis. Y si llegara, ¿qué sería de mí? Además he sufrido estos días otras contrariedades. Los gachupines, enterados sin duda de mis agobios, han querido convencerme de que debía ser un segundo Buyila. ¡Yo! Y uno de ellos -un echadizo de Ibáñez, creo- me insinuó que mis artículos de España Nueva podían causar perjuicios a mi familia de España. Una infamia más. Fueron bien despachados, pero estas cosas han acabado de desesperarme. Y me suprimo, silenciosamente. Creo que no se puede luchar contra lo imposible. Lo he intentado todo -todo lo honorable- y ha sido inútil. Y ya no puedo más. En estos últimos días he pensado mucho en usted y he celebrado las buenas noticias que se tienen aquí de su salud. Su vida es preciosa, no sólo para los suyos, sino para España. Defiéndala y consérvela. La mía es perjudicial para los míos e inútil para mi patria. Mis saludos de despedida para sus hijas y para el amigo Rafael Fraile. ¡Adiós, mi querido y admirado amigo! Nos unió una amistad de treinta años, que rompe la muerte. Reciba el último abrazo de su desgraciado amigo Enrique Fajardo, "Fabián Vidal".»

Indalecio Prieto, en el artículo en que engarzó tan patética carta, se pregunta: «¿En qué familiares podían ensañarse, si casi todos, incluso su hermano queridísimo, fueron fusilados? ¿En su hija idolatrada? No pudo más y se mató.»

Aquellos años me pusieron en contacto con los servicios de uno de los periódicos mejor montados de España, donde llegaba la prensa internacional, que yo devoraba cuando los redactores la abandonaban al final de su jornada.

A pesar de mis pocos años, fui designado delegado sindical del Arte de Imprimir en la sección tipográfica de aquel diario, cuya suspensión decretamos en dos períodos diferentes, por acuerdo de las juntas generales.

—¿Cuántos días nos vais a tener sin periódico? -me preguntó el director la víspera de una de estas medidas.

—Don Leopoldo -le contesté-, hasta que lo decida la Junta directiva de la Asociación.

Todo el personal de la imprenta era asociado. Romeo aceptaba aquellos acuerdos de mal talante, pero como se aplicaban con carácter general, nunca intentó ejercer represalias. Caí preso por entonces, sometido al fuero militar. La detención fue de tres meses,

pero quedé prendido de otro proceso por una hoja antimilitarista que había publicado la Juventud Socialista Madrileña, de la que era presidente desde 1910. Hice un artículo comentando los incidentes internos de aquel proceso, que publicó en lugar preferente don Roberto Castrovido, director del diario republicano El País, y de nuevo fui encarcelado, juzgado en Consejo de Guerra y condenado a seis meses y un día por aquel trabajo periodístico, sin perjuicio de sufrir, sin recobrar la libertad, otro Consejo de Guerra que me impuso la pena de un año y un día por el manifiesto redactado en nombre de los jóvenes socialistas madrileños. Como no me valió sino la mitad del tiempo preso con carácter provisional, en total cumplí en la Cárcel Modelo de Madrid veintiún meses y ocho días con arreglo a la ley de Jurisdicciones.

Aquellos tres Consejos de Guerra contra un joven socialista y la circunstancia de haberse publicado uno de los trabajos incriminados por los militares en un diario madrileño, hicieron que la prensa liberal defendiera mi liberación. ¿Cómo conseguirla? Don Leopoldo Romeo, buen baturro, echó por la calle de en medio, y utilizando su influencia cerca del conde de Romanones, a cuyo partido pertenecía, solicitó lisa y llanamente mi indulto, aduciendo mi poca edad y la situación en que se hallaba mi madre, viuda y con sólo mi amparo económico. Tan pronto conocí esta gestión hice publicar en la prensa una rotunda desautorización, y dirigí un comunicado desde la cárcel al Ministerio de Gracia y Justicia, advirtiéndole que era ajeno y contrario a semejante solicitud de indulto, que ni aceptaba ni autorizaba a nadie para que en mi nombre o en el de mi madre lo gestionara. ¡Cómo se puso don Leopoldo Romeo! Su enojo le duró largo tiempo. Se ha de advertir que por mi edad no podía considerármese candidato para ningún puesto político, por lo cual don Leopoldo ante estas consideraciones que a sí mismo se hacía, no acertaba a comprender mi actitud, concordante con la adoptada por Pablo Iglesias, cuando, en 1904, estuvo preso por un trabajo publicado en El Socialista juzgando a la guardia civil -del que era autor Matías Gómez Latorre-, en que rechazó la petición de indulto que en su favor hizo en pleno Parlamento el diputado republicano Alejandro Lerroux.

Cumplí hasta el último día las penas impuestas; volví a trabajar en La Correspondencia de España, manteniendo cordiales relaciones con su director y con algunos redactores, hasta que pasé, mejorando de categoría, a otras imprentas, recalando en la de Fortanet, Libertad, 29, donde me sorprendió la huelga general de agosto de 1917. Cuando salí de Cartagena, Leopoldo Romeo era también diputado -los periodistas de campanillas veían respetado su distrito electoral por los Gobiernos de turno-, y entonces recordamos en los pasillos del Congreso el incidente a que he hecho mención anteriormente, comprendiendo mi antiguo director la verdadera significación de mi negativa a recibir favores del régimen monárquico.

La Correspondencia de España, como todo en la vida, fue extinguiéndose lentamente, y Leopoldo Romeo se vio sustituido por el yerno de la marquesa de Santa Ana, don José Serrán, a quien conocí como concejal conservador en el Ayuntamiento de Madrid, complicado en negocios que le hicieron pasar muy malos ratos hasta que el periódico se le quedó entre las manos, sin pagar ni a los tipógrafos, que tuvieron la necesidad de apelar a los tribunales para cobrar sus últimos salarios. Entre los que se quedaron en la calle estuvo Antonio Atienza, mi maestro desde tantos puntos de vista. ¡Qué ironías tiene el destino! Atienza ha muerto en México sin haber sido siquiera concejal en Madrid, donde lo fueron algunos que no honraron el carnet rojo que inmerecidamente ostentaron.

Leopoldo Romeo no había nacido para estar con las manos cruzadas, sino para gastar dinero, mucho dinero. Surgió un caballo blanco -o una muía parda-, y en 1921 nació el diario de la noche Informaciones, lanzado a todo lujo, como él hacía las cosas. Cuando estaba en gestiones con el personal gráfico, Romeo me rogó le cediera el ajustador de

El Socialista, Francisco Roldan, excelente operario del que estábamos satisfechísimos. Yo no podía negarle ese favor, no por servir a mi antiguo director, sino porque Paquito Roldan iba ganando un sueldo que en El Socialista no le podíamos dar, ni esperanzas de obtenerlo en lo futuro. Y perdimos un buen operario.

¿Qué pasó en Informaciones poco después? Lo más probable es que el dinero de la vieja rica que manejaba Rafael Barón, concejal liberal a quien Martínez Anido hizo gobernador civil de La Coruña posteriormente, no sirviera para tapar todos los agujeros que abrían quienes se sometieron a capitán de tan escasa autoridad. Y un día..., estando yo en mi despacho de Carranza, 20, Redacción de El Socialista, Cabanas, nuestro ordenanza, afiliado a la veterana Sociedad de Albañiles «El Trabajo», me dijo, tan sorprendido como yo.

—Saborit, en el vestíbulo está don Juan March, que desea verle.

—¿Don Juan March? ¡No es posible!

—Sí, estoy seguro de que me ha dado ese nombre. ¿Qué hago?, me contestó.

—Dile que pase.

March y yo nos conocimos en el Parlamento ya que la minoría albista, por la significación que deseaba ostentar de extrema izquierda dinástica, se sentaba muy cerca de los bancos republicanos y socialistas; pero nunca habíamos cambiado ni el saludo. No era hombre que perdiera el tiempo ni se lo hiciese perder a los demás y seguidamente entró en materia:

—Sé que fue usted quien, a petición de Leopoldo Romeo, le cedió el ajustador de El Socialista para que trabajara en Informaciones. Me consta que el señor Roldan le respeta a usted mucho, y vengo a pedirle un favor. Como jefe del personal de Informaciones, me interesa que Roldan reclame un aumento de salarios para todo el personal de tal modo, que la empresa con el agua al cuello a estas horas, se ahogue inmediatamente. Yo me quedaré con Informaciones, pagaré los gastos de la huelga, daré el aumento que solicita el personal. El Socialista tendrá gratuitamente la rotativa que usted conoce y desea, y ustedes no perderán nada...

Este era Juan March. No se detenía ante ningún obstáculo. Naturalmente le despedí haciéndole ver que los tipógrafos de Informaciones no se dejaban manejar como muñecos, y que ni yo ni El Socialista podíamos aceptar nada que tuviera semejante origen.

¿Por qué vino March a la Redacción de nuestro diario? Todo tiene explicación. No fue simplemente un caso de osadía, aunque tal vez lo hubiera tenido. En 1921, cuando surgió la escisión comunista, El Socialista estaba hundido, sin un céntimo en caja y con deudas enormes, singularmente a la Papelera Española, que debieron haber evitado los hombres que tuvieron en sus manos el periódico y la Comisión Ejecutiva del Partido, García Quejido y Fabra Ribas, singularmente. Fue un milagro que pudiéramos seguir publicando el diario, aunque con dos páginas nada más. Y entonces, don Antonio Catena, hijo, propietario del edificio y de la imprenta donde se tiraba El País, y donde también salía El Socialista, nos ofreció en venta sus propiedades, mediante contrato por tres años, al cabo de los cuales todo habría de quedar cancelado. Ocasión estupenda si hubiéramos estado en condiciones económicas; pero no teníamos un céntimo, y tuvimos que dejar perder un verdadero negocio.

Conseguimos que el nuevo dueño de aquellos talleres, don Santiago Alba, propietario del diario La Libertad, que también se imprimía allí, al adquirir a Catena lo que nosotros no pudimos comprar, nos respetara como clientes, y así hicimos frente a la nueva situación. La Libertad era un diario surgido en una huelga contra El Liberal y Heraldo de Madrid perdida por las organizaciones gráficas. Miguel Moya y Antonio Sacristán, fundadores del Trust, se entregaron entonces en brazos de Luca de Tena y de El Debate, para vencer al movimiento obrero madrileño, consiguiéndolo parcialmente. Ello explica

el favor con que nació La Libertad, donde Pablo Iglesias publicaba semanalmente un artículo firmado; Juan José Morato hacía información obrera; Darío Pérez, diputado republicano, insertó aquí la autobiografía de Indalecio Prieto, reproducida más tarde por Darío en un libro; Luis de Tapia daba una sección en verso;

Antonio Zozaya, cronista que había sido durante muchos años de El Liberal - fallecido en México-, tal vez, quien, con Luis de Zulueta, aportaron más lectores a la nueva empresa, y Joaquín Aznar y Luis de Oteyza, que pasaron por la dirección de aquel diario, cuyo dinero tenía un origen tan discutible. Porque tras de Santiago Alba estaban la Electra Popular Vallisoletana y todos los negocios en que Alba figuraba con el apoyo o sin el apoyo de Juan March, quien al fin se alzó con el santo y la limosna cuando llevó allí Informaciones, al vencer a Rafael Barón, y librar a Santiago Alba de una carga, porque aun teniendo mucha venta. La Libertad costaba dinero, como todos los periódicos que carecen de abundante publicidad.

En los primeros tiempos, mantuvimos relaciones con el señor Alba, en tanto iniciábamos las gestiones que habrían de desembocar en la instalación de imprenta propia para las necesidades de la organización obrera. Igual que habíamos cumplido con Cateña, cumplimos con la administración de La Libertad, dueña de los talleres del diario republicano El País, que desapareció después de medio siglo de batallar. Al adquirir Informaciones -Prieto llamó a ese diario «la jaca del contrabandista», March adquirió también La Libertad, y puso al frente de todo a don Miguel Ordinas, primo suyo, con quien tuvimos que entrar en tratos. Obligados, al fin, a desalojar aquellos talleres, adquirimos en ellos el material indispensable para nuestro diario, con la excepción de la rotativa, que Ordinas se negó a vendernos. Esa rotativa, que a La Libertad le sobraba al adquirir March otra nueva, fue la que quiso utilizar para vencer nuestra resistencia y obtener por nuestra mediación el hundimiento económico de Rafael Barón.

Compramos el material para El Socialista ante notario, redactado el documento de venta en términos leoninos, como los otros contratos que comenzaron a labrar la fortuna de March. Puntualmente pagamos los plazos y los intereses, hasta que un día tuve precisión de visitar a don Miguel Ordinas para indagar si podríamos obtener algún respiro. Su respuesta fue revelamos un secreto: me enseñó un telegrama de Juan -como él decía- en que le prevenía contra cualquier concesión que yo personalmente le solicitara, instándole a que ejecutara los términos del contrato, perdiendo nosotros cuanto dinero habíamos entregado a cuenta. Este era March, un hombre que no olvidaba, que no perdonaba, que carecía de corazón.

No obstante, yo no hice campaña contra él. No la he hecho contra ningún hombre. Educado en la vieja escuela socialista, para mí, el enemigo es el capital, no los capitalistas- Si bien se mira, ¿no se han enriquecido casi todos los capitalistas como March se enriqueció? Sus luchas contra el Monopolio de tabacos no fueron populares, ni en favor suyo ni de la Tabacalera, monstruo en el que tenían cobijo todos los caciques de la etapa canovista o sagastina. March, se ha dicho, estafó miles de duros, millones de pesetas, al Estado. Es posible. Como casi todos los otros capitalistas de casi todos los países del mundo. Eso de la doble contabilidad es una vieja canción traducida a todos los idiomas. Estafar al Estado o al Municipio, o a una corporación oficial, grande o pequeña, es algo que está en la entraña de la inmensa mayoría de las gentes.

Colofón de estos recuerdos pueden ser los siguientes pensamientos debidos a la pluma de uno de los pocos sabios que España ha tenido, nunca bastante recordado ni enaltecido suficientemente: don Santiago Ramón y Cajal. Helos aquí:

«¡Cuan desconsolador para un corazón de patriota es, después de cuarenta y nueve años, reconocer que todavía buena parte de nuestros militares, empleados y hasta proceres políticos, siguen entregados al saqueo del Estado! Y es que para muchos españoles el Estado

es pura entelequia, vacuo ente de razón. Estafarle equivale a no estafar a nadie. ¡Singular paradoja creer que no se roba a nadie cuando se roba a todo el mundo!...

»Triste es reconocer que cuantas más injusticias comete un político, más amigos y partidarios atesora. Ello es lógico. Son infinitos los incapaces que esperan su provecho del favor y pocos quienes lo fían a su propio mérito...

»Vaya por delante la declaración de que yo tengo muy pobre idea del hombre y de su civilización. Para mí, la raza humana sólo ha creado dos valores dignos de estima: la ciencia y el arte. En lo demás continúa siendo «el último animal de presa» aparecido... A pesar de las maravillosas conquistas de la ciencia y de la técnica, nuestras células nerviosas continúan reaccionando casi lo mismo que en la época neolítica; igual tendencia irresistible hacia el robo en cuadrilla, la misma afición al vaho de sangre ajena, idéntica aversión hacia los pueblos que hablan otra lengua o habitan del otro lado de un río o de una cordillera...

»Emplea tu vida de manera que tus hijos te llamen tonto y tus conciudadanos benemérito. Para un espíritu de nobles ambiciones, preferible será siempre la gratitud de la patria a la de la familia; la prole perece y la patria perdura y recuerda...»

Don Juan March conservaba anualmente habitaciones en el mejor hotel de Ginebra, con cocinero propio. Vivía temeroso de un envenenamiento, recelando de todo. Tal vez su conciencia le acusaba de tantas cosas... Pero era inteligente y veía claro el porvenir. Hace varios años persona amiga me informó de lo que pensaba hacer March: crear una Fundación para repartir en vida buena proporción de sus cuantiosos bienes. Según el servidor de March que había informado a mi amigo, el hacendado mallorquín se lamentaba de no haber dispuesto en su juventud de suficientes medios de cultura, y deseaba dar facilidades a quienes pudieran encontrarse en su caso. Por otro lado, agregaba el informador, don Juan cree que el porvenir es del Socialismo, y no quiere dar lugar a que le arrebaten su fortuna sin utilidad para él ni para los suyos. Puesto que hay que perder - agregaba- hagámoslo a tiempo y libremente. Al parecer, así nació, el 4 de noviembre de 1955, la Fundación March, que al día siguiente del accidente que le ha costado la vida en los alrededores de Madrid -26 de febrero de 1962- fue elevada, en presencia de los hijos del donante, a la fabulosa suma de dos mil millones de pesetas. En España, por desgracia, no abundan ejemplos de esta naturaleza. Al morir, don Francisco Cambó, el más genuino representante de la burguesía catalana en estos pasados años, donó su tesoro artístico, valorado en muchos millones, a la ciudad de Barcelona y al Museo del Prado de Madrid. En el extranjero son numerosas estas instituciones. Bien conocida es la creada por Nobel, que cada año distribuye premios de fama mundial. La Fundación March reparte anualmente tres millones de pesetas en seis lotes de 500.000, a quienes más se han distinguido en Letras, Arte, Música, Historia, Ciencias y Religión. Luis Araquistáin, cuando falleció, estaba muy interesado en que le llegara uno de estos premios a Ramón Pérez de Ayala. No lo vio realizado, pero al año siguiente, el escritor asturiano fue enaltecido con tal distinción. En Ginebra, la Fundación Patino acaba de acrecentar sus ingresos con un nuevo donativo de un millón de francos suizos con destino a la Ciudad Universitaria en construcción. Ya sería bueno que hubiera muchos capitalistas, con la conciencia más o menos limpia, que en vida o en muerte pensarán que el origen de su fortuna corresponde en buena parte al pueblo trabajador y que debe volver a él, con las mejores garantías en su aplicación. Digamos, para terminar, que en más de una ocasión, los generosos impulsos de algunos de estos donantes se vieron desfigurados por administradores sin escrúpulos, enriquecidos abusivamente, sin que jamás pisaran el patio de una cárcel.

Ginebra, abril de 1962

IX. España en África

Le Socialiste. París, 24 de mayo de 1962

¡Cuan clarividentes fueron Iglesias y sus camaradas al oponerse desde el primer instante a toda acción de España en Marruecos! El general O'Donnell, en el reinado isabelino, y el general Martínez Campos, en el de Alfonso XII, ya metieron a nuestro país en torpes aventuras en el imperio africano, iniciando una serie inacabable de desgracias nacionales.

Como disculpa, digamos que hasta entre los principales personajes republicanos del siglo pasado abundaron los partidarios de la penetración española en Marruecos. Uno de sus más esforzados defensores fue don Joaquín Costa, cuya herencia quiso recoger, en este aspecto, don Alejandro Lerroux, en su breve y lamentable etapa de Jefe de Gobierno, con la expedición mandada por el coronel Capaz para anexionarse el territorio de Ifni, que desde mediados del siglo XIX figuraba como posesión española, sin que jamás hubiese tenido efecto el tal dominio sobre tan inhóspitos arenales.

En la Conferencia europea que España presidió en 1880 quedó garantizada la independencia del imperio marroquí, sin perjuicio de que Francia y España estuvieran siempre dispuestas a intervenir en aquella zona con el pretexto de asegurar su comercio y garantizar la vida de algunos de sus connacionales.

El Acta de Algeciras, de 7 de abril de 1906 inició el reparto de Marruecos, si bien dejaba a salvo, en teoría, la unidad e independencia del territorio sometido al sultán. Francia, con una experiencia más acentuada que la de España, escarmentada por sus recientes desgracias en Cuba, Filipinas y Puerto Rico, se dedicó a deponer sultanes, manejándolos a su antojo, y colmándoles de divisas para que pasearan su ociosidad y dejaran mano libre a los militaristas galos. Bueno será advertir que los Estados Unidos no aprobaron el reparto de Marruecos, limitándose a exigir que el comercio con aquellos territorios fuera libre. Inglaterra, celosa de Francia, buscó el concurso del joven rey Alfonso XIII, casado por entonces con una princesa de sangre inglesa, para que España ocupara la costa marroquí situada frente a Gibraltar, a fin de garantizarse el libre paso por el Estrecho y obligando a nuestro país a roer el hueso de pelear con las cabilas del Rif, precisamente la zona menos productiva y más difícil de pacificar. Fue entonces cuando un prohombre liberal. Montero Ríos, con olvido de sus antecedentes progresistas, aduló al rey, llamándole Alfonso «el Africano» en un discurso en el que los propios liberales estimulaban los instintos militaristas que ya germinaban en el monarca, cual reveló más tarde el conde de Romanones al describir el incidente surgido en el primer Consejo de Ministros que presidió don Alfonso apenas había jurado ante las Cortes españolas la Constitución, y en donde dio muestras del poco aprecio en que tenía tal juramento.

Maura y La Cierva, en 1909, se encontraron con que las cabilas cercanas a Melilla comenzaron a inquietarse ante los trabajos que efectuaban los técnicos hispanos encargados de instalar una línea ferroviaria que facilitara la extracción de minerales en poder de una empresa europea en la que tenía participación el conde de Romanones. Los moros no defendían su independencia. Quienes les manejaban lo que exigían era participación en el botín. En el fondo, tenían razón para oponerse a que los extranjeros entrasen a saco en sus riquezas, aunque el jalifa, representante del sultán, rociado de millones de pesetas, hiciera la vista gorda, imitando a su más alto señor, el aposentado en el palacio imperial de Rabat, a quien los franceses tenían domesticado servilmente.

La imprevisión de los generales que dirigieron las primeras operaciones en Melilla en julio de 1909 dio lugar a que Maura y La Cierva, para auxiliarles en tan comprometida situación militar, llamaran con urgencia a los reservistas, muchos de ellos casados y

con hijos, metiéndoles en la línea de fuego sin saber utilizar el Mauser. Aquella tragedia costó a España millares de pérdidas humanas y muchos millones de pesetas, provocando un movimiento popular en Madrid y Barcelona, de repercusión mundial. En Madrid, los jóvenes socialistas, ayudados por centenares de mujeres, estorbaron por varias horas la salida de trenes con tropas para África, yendo a la Cárcel Modelo varios afiliados nuestros, a quienes acompañamos poco después Lucio Martínez y yo, presidente y secretario de la Juventud Socialista Madrileña en aquellos momentos.

En Barcelona estalló una huelga violenta, degenerada en quema de iglesias y conventos, obra en su mayor parte de gentes agrupadas bajo las banderas anticlericales de Alejandro Lerroux, el «Emperador del Paralelo», quien sostenía sus huestes con el apoyo financiero del Ministerio de la Gobernación, en contrapeso a los gritos separatistas de algunos magnates del capitalismo catalán. Maura y La Cierva hicieron cruel carnicería en el proletariado barcelonés. Hubo fusilamientos y, entre ellos, Francisco Ferrer Guardia cayó en los fosos de Montjuich el día 13 de octubre de 1909. La muerte del fundador de la Escuela Moderna produjo hondo efecto en Europa, principalmente entre la masonería.

Pablo Iglesias, diputado por primera vez -8 de mayo de 1910-, pronunció un discurso en las Cortes españolas, que oí desde la tribuna número 4, desencadenando un tumulto indescriptible por sus acusaciones contra Maura. El rey apartó de su lado al jefe del partido conservador, no sólo como habilidad política, sino porque Maura significaba un estorbo en las extralimitaciones constitucionales que el heredero de Fernando VII imponía cuando se lo permitían sus consejeros, aunque sería más acertado decir sus subordinados.

El problema de Marruecos, por otra parte, seguía siempre vivo. Los gobernantes españoles no sabían hasta dónde podían llegar en sus expansiones colonialistas. Francia e Inglaterra habían chocado con Alemania, cuyo belicoso emperador exigía territorios en África a cambio de tolerar a Francia que dominara en Marruecos. Hubo arreglos a expensas de los africanos. Alemania obtuvo lo que le apetecía -lo dejó entre zarzas en la derrota de 1914-1918-, y España, el 27 de noviembre de 1912, entró a recoger las migajas de aquel nuevo reparto entre los tres grandes de entonces. Don Manuel García Prieto, yerno de Montero Ríos, fue agraciado por el rey con el marquesado de Alhucemas, si bien el dominio de aquella zona no llegó a ser efectivo hasta que en 1926 el general Primo de Rivera, auxiliado por las tropas francesas, derrotó al cabecilla rifeño Abd el Krim, quien prefirió entregarse al país vecino.

Desde 1909, la guerra de Marruecos sirvió para que el Ejército quedara dividido entre quienes defendían la escala cerrada para ascender y los que subían por méritos de guerra; esto es, por el capricho personal de Alfonso XIII. Por todo ello surgieron las Juntas Militares de Defensa contra el Cuarto Militar del rey y hasta contra el poder personal de éste. El 1.º de junio de 1917, las Juntas Militares dieron, por fin, la campanada. El Poder político quedó en medio del arroyo. Entonces fue cuando estalló la huelga revolucionaria de agosto, dirigida por la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista, de acuerdo con la Confederación Nacional del Trabajo y con la simpatía de republicanos, reformistas y regionalistas, quienes, de haber triunfado aquel movimiento generoso del proletariado, se habrían beneficiado en primer lugar de la victoria.

El trono estuvo en peligro. Hubo un Gobierno nacional con Maura a su frente. Por la amnistía decretada en las Cortes, los presidiarios de Cartagena fuimos al Parlamento, y en éste entró también por vez primera Indalecio Prieto, asombrando a propios y extraños por sus extraordinarias facultades tribunicias.

A despecho de la fuerte oposición que ya existía entre ciertos grupos monárquicos, la guerra de Marruecos continuaba desangrando al país. Don Alfonso manejaba a los

militares como si fueran muñecos. Uno de los más adictos suyos, el general Fernández Silvestre, estuvo en Valladolid, coincidiendo con el rey en una fiesta dada en la Academia de Caballería que funcionaba en aquella capital. Don Alfonso autorizó allí a Silvestre a que se apoderara de Alhucemas, reducto sobre el cual ejercía poder omnímodo Abd el Krim, y Silvestre se lanzó inconscientemente a una operación militar que constituyó una catástrofe de gigantescas proporciones, perdiendo la vida en tan temeraria como impremeditada empresa.

En el interesante libro de Manuel Ciges Aparicio -fusilado en 1936 cuando era gobernador civil de Ávila, representando la política de Azaña- «España bajo la dinastía de los Borbones» se dan los siguientes detalles de esta hecatombe militar del verano de 1921:

«El 1.º de junio, a los ocho días de haber pronunciado el rey su sensacional discurso de Córdoba, una columna se apodera de Monte Abarán, y apenas Silvestre ha teleografiado el éxito, le advierten que Abarán acaba de perderse y que los moros se han llevado un par de cañones. La situación se complica a lo largo del mes, en la primera quincena de julio. El 17, los moros sitian e incomunican a Igueriben. ¿Qué sucede entre el 21 y el 23? En esta última fecha el ministro de la Guerra pronuncia una frase que da frío: "Lo ocurrido es el derrumbamiento total de la Comandancia Militar de Melilla." En los días que preceden a la ruina, Silvestre pide urgentes refuerzos al Alto Comisariado y al Gobierno, que no se los envían o los recibe insuficientes. Todo el frente de Melilla -136 posiciones- se desploma en pocos días, como sacudido por un terremoto: Igueriben, Annual, Dar Drius, Nador, Zeluán, Monte Arruit. Los moros llegan a la vista de Melilla y bombardean la plaza con los cañones que han arrebatado a los españoles. Se han perdido 14.000 hombres; pasan de 10.000 los muertos y en poder de Abd el Krim o de las cabilas sublevadas quedan 14.000 fusiles, 115 cañones, cerca de 100 ametralladoras, 200 caballos, 150 mulos, todos los aviones, todo el material de los parques de Intendencia y de Sanidad.»

Indalecio Prieto, además de diputado por Bilbao, era redactor de El Liberal de aquella capital. Tan pronto como llegaron a Madrid las primeras noticias del hundimiento de la Comandancia militar de Melilla, se trasladó a aquella población, y comenzó a enviar crónicas periodísticas de un interés dramático. Aún caían granadas sobre Melilla cuando llegó allí Prieto. Entró en Nador con las fuerzas que reconquistaron aquel territorio. Vio una capilla consagrada a Santiago Matamoros destrozada por los rífenos, en justa represalia contra el fanatismo que representaba levantar un templo con semejante imagen en el corazón de una zona expuesta a los mayores peligros. Para llegar hasta Zeluán, Prieto y sus acompañantes tuvieron que pisar sobre restos de cadáveres españoles carbonizados por el sol... Pero será mejor reproducir un pasaje suyo donde está resumido tan sangriento episodio:

«Me enteré de que una ofensa inferida sin motivo por el general Fernández Silvestre a Abd el Krim había destruido la amistad de éste hacia España, convirtiéndole en temible enemigo y ocasionando aquella espantosa tormenta que empujó a un desbandado ejército desde Annual hasta el puerto de Melilla, donde con ese humorismo español, capaz de hallar vetas sarcásticas en el Apocalipsis, los militares a salvo exclamaban:

¡Viva la mar salada! porque las aguas del Mediterráneo les habían impedido seguir corriendo. Supe que durante la desordenadísima fuga, jefes y oficiales se arrancaron galones y estrellas de las bocamangas para que los moros perseguidores, tomándolos por simples soldados, no descargarán preferentemente sobre ellos su furia homicida. Comprobé que los rífenos, devolviendo con honores el cadáver, habían rendido homenaje a la caballerosidad del coronel Morales, jefe de la Policía indígena, pero en cambio habían despedazado a otros miembros de este Cuerpo, odiados por libertinos y crueles. Advertí que Abd el Krim pudo tomar Melilla y no quiso para impedir una matanza tan inútil como deshonorosa y que después acordó con el general Berenguer retirarse en unión de su gente a Beniurriaguel, para facilitarle la reconquista del territorio perdido. Confirmé que la Comandancia de Melilla era

una charca pes tilente, formada por toda clase de inmoralidades y vicios. Oí a un tendero indio alabar ante la marquesa de Urquijo cierto lujoso tejido, diciendo: "Aquí solamente lo usan las esposas de militares pertenecientes al Cuerpo de Intendencia." Más tarde, estudiando el expediente del "millón de Larache", me asombró el cinismo de uno de los defraudadores, señores de Intendencia, que cada mes, y sin perjuicio de escandalosos enjuagues en materia de aprovisionamientos, sustraían un millón de pesetas de la asignación en metálico para la Comandancia de Larache, la más pequeña del Marruecos español. El cínico perceptor añadía al robo la burla firmando con R. I. R., iniciales de "requiescat in pace", los recibos de las cantidades que, "reglamentariamente" se le pasaban, pues lo hurtado distribuía con irreprochable equidad, ajustada a la jerarquía de cada ladrón. ¡Supe tantas cosas! Mi informe sobre ellas ante el Congreso fue sin duda el discurso más impresionante que yo haya pronunciado nunca.»

El diputado reformista señor Solano, que estuvo como voluntario en el ejército de Melilla, refirió también en la Cámara detalles interesantes de tan vergonzoso episodio. «Muchos oficiales -le oímos decir desde nuestro escaño, muy próximo al suyo- han vendido fusiles y municiones para poder sostener su lujo, sus vicios y sus queridas.» Entre los ministeriales se produjo un movimiento de protesta, que sofocó el diputado por Alcázar de San Juan amenazando con revelar el nombre del general con mando que también comerció con fusiles que vendió a los moros.

El origen de la catástrofe de Annual está en la chulería alfonsina, autorizando a Fernández Silvestre a que se apoderase de Alhucemas sin la previa conformidad del Gobierno. En sus últimos instantes, el general derrotado encargó se hicieran desaparecer documentos que guardaba como oro en paño, comprometedores para el rey. Quizá alguno de estos documentos cayera en poder del general Berenguer, lo que explicaría los altos puestos que ejerció posteriormente. Don Alfonso se creyó libre de trabas en ocasión en que ocupó la presidencia del Consejo el señor Allendesalazar, sustituto de don Eduardo Dato, asesinado en la Plaza de la Independencia de Madrid en la noche del 8 de marzo de 1921, cuando se dirigía a su domicilio, terminada la sesión de Cortes. La víspera de aquel mismo día, el rey había conseguido unir de nuevo a los tres jefes conservadores, según refiere La Cierva en sus Memorias. Al sentirse libre de la presión que hubiera representado, un Gobierno presidido por Maura, utilizó el recurso de constituir un Gabinete puente con Allendesalazar, y alentó a uno de sus favoritos con fajín, provocando una hecatombe de proporciones inmensas. Con evidente amargura, en declaraciones hechas al periodista Cortés Cavanillas, y que éste recoge en Impresiones y muerte de Alfonso XIII, se expresó del siguiente modo:

«El año 1921 es el más triste de todo mi reinado, sólo comparable al 1931, y en definitiva el que quizá más contribuyó a acelerar el proceso que me obligó a abandonar España.»

El general Berenguer, para reconquistar parte del territorio perdido, tuvo que pactar con Abd el Krim, prescindiendo de entrar en la zona dominada por el cabecilla rifeño. Prieto ha relatado del siguiente modo las desavenencias con Abd el Krim, que tanta sangre y tantos millones costaron a España:

«Abd el Krim fue brillante alumno de la Universidad de Fez. Figuró en Melilla en la redacción del diario El Telegrama del Rif, que dirigía el ex artillero Cándido Lobera; en la oficina indígena de aquella ciudad actuó de asesor y secretario, llegando a ser Kadi Koda o juez principal e hizo grandes amistades entre oficiales españoles a quienes enseñaba la lengua árabe. Tanto él como su hermano -alumno de la Escuela de minas de Madrid- se distinguían por su cariño a España, cariño que les creaba enemistades entre sus convecinos. Pero de pronto todo cambió. Las autoridades militares dieron en proteger a otros rífenos que habían asesinado a varios miembros de la familia de Abd el Krim, ultrajaron a éste y lo cerraron en el fuerte de Cabrerizas Altas, de donde se fugó descolgándose por una ventana y

rompiéndose una pierna. El amigo vehemente se convirtió en enemigo enconado. ¡Cara le costó a España aquella absurda versatilidad de sus generales africanistas!»

Año aciago, en verdad, el de 1921 para el régimen. El 23 de mayo murió en Madrid don Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, primer marqués de Estella, capitán general del ejército y uno de los pilares más firmes de la monarquía restaurada. Tenía noventa años. En Barcelona, el 19 de junio, fueron asesinados, al salir de la prisión, Evelio Boal y Antonio Feliú, secretario y tesorero de la Confederación Nacional del Trabajo, contra cuyo atentado habló Prieto en las Cortes. Era la triste etapa de mando en Cataluña de los generales Martínez Anido y Arlegui, una de cuyas derivaciones fue la trágica muerte de don Eduardo Dato, sostenedor desde el Gobierno de aquellas actuaciones sangrientas. La gangrena estuvo a punto de extenderse hasta Madrid, donde fue asesinado el 29 de junio el contratista de obras señor Madurell, tan influyente entre la clase patronal como odiado entre la clase obrera. Aquella muerte dio pie a otras muy sensibles entre nosotros, aunque afortunadamente pudo evitarse que semejantes procedimientos tomaran carta de naturaleza en la capital de España.

También fue doloroso el año 1921 para nosotros. El 9 de abril hubo Congreso extraordinario del Partido Socialista, quedando consumada la escisión provocada por los defensores de la Tercera Internacional. En la Comisión Ejecutiva entró por vez primera Indalecio Prieto, bajo la presidencia de Pablo Iglesias y ejerciendo la vicepresidencia Julián Besteiro. Yo fui nombrado secretario general y subdirector del diario dirigido por el «Abuelo».

La Comisión organizadora del Partido Comunista estuvo formada por Virginia González, Antonio García Quejido, Daniel Anguiano, Eduardo Torralva Beci, Manuel Núñez de Arenas, Luis Mancebo y Evaristo Gil. Casi ninguno perduró en el grupo escisionista y salvo Anguiano, todos los demás han fallecido.

En Oviedo hubo Congreso del Sindicato Minero -5 de agosto de 1921-, quedando derrotado Manuel Llana, fundador de tan poderoso organismo sindical. Con motivo de una huelga minera que duró ochenta días, Besteiro y yo recorrimos la zona afectada por el paro, consiguiendo rehacer las fuerzas del Sindicato, que en votación restituyó a su puesto a Llana y a sus colaboradores en ideología. Los escisionistas moscovitas llevaron la perturbación a los Congresos nacionales de la Edificación, de la Piel y de Artes Gráficas, siendo vencidos en todos ellos, Besteiro y yo intervinimos en un conflicto obrero surgido en la fábrica Solvay, de Barreda (Santander), en septiembre de 1921, hablando en esta capital y en Torrelavega. El ambiente nacional estaba cargado de electricidad por las consecuencias de la guerra de Marruecos, los atentados de Barcelona y de otras poblaciones, la división comunista y el fraccionamiento de los grupos monárquicos, que dificultaban toda obra de Gobierno.

El 25 de mayo de 1921 murió el político francés Emilio Combes, que desde la jefatura del Gobierno y con el concurso de Jaurés consiguió fueran aprobadas las leyes implantando el laicismo preconizado teóricamente en la Constitución. El 12 de ese mismo mes falleció en Madrid la insigne escritora doña Emilia Pardo Bazán, quien, a pesar de sus méritos literarios, no consiguió ser admitida en la Academia Española. Había nacido en La Coruña el 16 de septiembre de 1851. También en 1851, el 6 de noviembre, nació en Roma, aunque de origen valenciano, el catedrático, profesor de la Escuela de Criminología, institucionista, masón y gran amigo de Besteiro, don Luis Simarro, fallecido en Madrid el 18 de junio de 1921. En los momentos más angustiosos para las familias de los perseguidos por la huelga de agosto de 1917, el doctor Simarro sin duda alguna fue quien trabajó más por atenuar las trágicas consecuencias que hubiera podido tener el final de aquella lucha. En Nápoles, donde nació -25 de febrero de 1873-, murió el 2 de agosto de aquel año el famoso tenor Enrique Caruso. El 9 de junio vio la luz primera el

hoy duque de Edimburgo, consorte de la reina Isabel, y el 30 de agosto, todo ello en 1921, dejó de existir el primer senador socialista argentino, doctor Enrique del Valle Iberlucea, oriundo de Santander en cuya provincia nació el 8 de abril de 1887.

Aquel verano de 1921 lo pasaron Pablo Iglesias y Amparo Meliá en Celorio (Oviedo), de cuya estancia existe una foto con Besteiro y De los Ríos al lado de nuestro fundador. Yo estuve con ellos igualmente por entonces, visitando además a Besteiro, que veraneaba en Llanes con su esposa. Ese mismo año, finalmente, publicó García Lorca su Libro de Poemas, primero de los tomos de versos dados a la stampa por el malogrado poeta granadino.

Terminemos estas notas reproduciendo unas líneas publicadas por Prieto el 5 de septiembre de 1941, puestas de actualidad en ocasión del reciente fallecimiento del famoso torero Juan Belmonte. El citado diestro sevillano y yo fuimos testigos de la boda civil de don Pedro Rico, casado en Madrid con Anita Antén cuando era alcalde de la capital de España. Los tres han fallecido y de los tres tendré ocasión de escribir oportunamente, para limitarme ahora a transcribir el juicio que Prieto tenía de Belmonte:

«Altivos sí son los toreros; vanidosos, por regla general, no. Belmonte ha sido modesto a todo lo largo de su triunfal carrera, y lejos de gozar con la popularidad, tenía a gran molestia. A un amigo que, paseando con él por Sevilla, se disponía a comprar cigarrillos, lo sujetó, agarrándole del brazo, a la puerta del estanco. —¡No entremos ahí!, le dijo imperioso. —¿por qué?, preguntó el amigo sorprendidísimo. —Porque el estanquero -explicó Juan- es belmontista. Pero la modestia no le impedía al trianero ser altivo. Toreaba en la feria de Santander, por julio de 1921, pocos días después del tremendo desastre que las tropas españolas de Marruecos sufrieron en Annual, y al matar deficientemente un toro, los soldados de la guarnición que formaban parte del público le increparon con dureza. —¡Pues anda que a vosotros -les gritó Belmonte con su leve tartamudeo- os han sacado a hombros en Melilla! La bronca, entonces, arreció de manera espantosa.»

Ginebra, abril de 1962

X. El desastre de Annual

Le Socialiste. París, 19 de julio de 1962

El derrumbamiento de la Comandancia militar de Melilla, poniendo de relieve la política personal del rey, que se entendía con el general Silvestre a espaldas del alto comisario de España en Marruecos, general Berenguer, perturbó de tal manera las relaciones de la Corona con el poder político que ningún Gabinete se sentía dueño del terreno que pisaba.

Sin la violenta campaña parlamentaria de la minoría socialista, los Gobiernos habrían vadeado el temporal, como salieron a flote quienes ocuparon el banco azul a raíz de la pérdida de las colonias, en 1898. Don Alfonso se equivocó al querer imitar los mismos procedimientos de antaño. La bandera de las responsabilidades, preferentemente las que incumbían a la realeza, y la gestión de la minoría socialista en el Ayuntamiento de Madrid, dieron como recompensa el triunfo electoral del 29 de abril de 1923, en que nuestra candidatura alcanzó los primeros puestos para diputados a Cortes por la capital de España, provocando tremenda sacudida en el palacio de la plaza de Oriente.

Durante aquellos años, el predominio militar estaba latente, y los Gobiernos apenas tenían fuerzas para esquivar las presiones del rey. Gobernaba el conde de Romanónos, tan dócil a los caprichos palaciegos, cuando surgió en Barcelona un grave conflicto

obrero que intentó resolver el conde mediante negociaciones encomendadas a don José Moróte, diputado liberal muy bien relacionado con algunos sindicalistas catalanes. El gobernador civil de Barcelona, señor Montañés; el jefe de policía, don Gerardo Doval, afamado criminalista, y el propio señor Morote, llegaron a un acuerdo con los representantes de los Sindicatos, que obtuvieron la libertad de los detenidos. Prevalidos en la declaración del estado de guerra, los militares, desacatando al Gobierno, embarcaron para Madrid a Montañés y a Doval, y encarcelaron nuevamente a los sindicalistas liberados, renaciendo el conflicto obrero con mayor violencia. Entonces circuló profusamente el siguiente texto, broma sangrienta que daba idea del estado del país:

Telegrama que en Madrid
recibió mi principal
el día 13 de abril:
De Barcelona. — Oficial:
Envío ferrocarril
a Montañés y a Doval.
Peso neto, cuatro mil (frase indecorosa).
Tarifa doble especial (ídem).
Lo firma un guardia civil.
Lo autoriza un general.

Ante semejante desacato, el Gobierno del conde de Romanones cayó fulminantemente, como se hundió más tarde el presidido por Allendesalazar, engendros que no respondían a estados de opinión. Los partidos eran una ficción, porque el régimen no permitió nunca que el cuerpo electoral escogiera con libertad a sus representantes, salvo en algunas circunscripciones en que fallaba la presión gubernativa.

La situación llegó a ser tan apurada, que el rey se echó una vez más en brazos de don Antonio Maura, con La Cierva en el ministerio de la Guerra, para reconquistar parte del terreno perdido en Marruecos y meter en cintura a las Juntas Militares. Hasta la reina madre y la esposa de don Alfonso pidieron a La Cierva que acabara con las Juntas, según descubre éste en sus Memorias. No lo hizo, utilizándolas para crearse una plataforma personal, hasta que al fin chocó con sus hombres representativos. Quiso entonces disolverlas, pero el rey, que había lanzado al ministro contra las Juntas Militares, se puso de acuerdo con ellas, y prescindió del político murciano. Antes de saltar del cargo, que abandonó iracundo. La Cierva había ordenado al juez que instruía diligencias por el hundimiento de la Comandancia militar de Melilla, general Juan Picasso, jefe de Sección en el Ministerio de la Guerra, se abstuviera de indagar nada relacionado con el alto Comisario, general Dámaso Berenguer. Las disposiciones aludidas llevan fecha 26 de agosto y 1.º de septiembre de 1921, y fueron adoptadas en Consejo de ministros, lo que quiere decir que su inspiración nació en el palacio real, para intentar poner a salvo la responsabilidad del rey.

¿Para qué necesitaba ya don Alfonso a La Cierva, una vez que éste había autorizado operaciones militares en Marruecos gratas a él, contrarias, otras, a la opinión de don Antonio Maura, jefe del Gobierno? Aislado a Berenguer de las investigaciones derivadas del desastre de Melilla, el rey se creía a salvo; mas se equivocaba profundamente. Es cierto que el general Picasso no pudo ahondar en el problema gravísimo sometido a su examen; pero llevó a cabo un estudio concienzudo que le permitió proponer en sus conclusiones provisionales treinta procesamientos, elevados a sesenta cuando las diligencias por él instruidas pasaron al Tribunal Supremo de Guerra y Marina, quien incluyó entre los sometidos a sumaria al propio general en jefe del ejército de África, don Dámaso Berenguer, senador del reino, cuya inmunidad parlamentaria solicitó el Supremo fuera levantada para poder juzgarle.

El 11 de julio de 1922, al año de tan horrenda hecatombe, se vio obligado a dimitir de su cargo el general Berenguer. El Senado, en un debate muy movido, autorizó por fin su procesamiento, que iniciaba el del rey. El general Aguilera, presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, en pugna violenta con don Joaquín Sánchez de Toca, malogró sus aspiraciones a dictador al ser abofeteado en la Alta Cámara por don José Sánchez Guerra. Los militares aceptaban castigar a los suyos que habían huido frente a los moros, pero exigían que las responsabilidades se extendieran a los hombres civiles. Finalmente, el Supremo de Guerra y Marina procesó a los generales Berenguer, Silvestre, muerto en el campo de batalla, y Navarro, prisionero de Abd el Krim; a todos los coroneles menos a dos; a ocho tenientes coroneles y otros tantos comandantes, y a más de cuarenta capitanes y tenientes. Tales medidas correspondían a lo que desde el primer momento había exigido la minoría socialista parlamentaria, si bien nuestro partido extendía su exigencia de responsabilidades hasta los dos Gobiernos que estuvieron implicados en aquel desastre, sin excluir al rey.

El momento en que tuvo que hacerse cargo del poder el señor Sánchez Guerra, sin mayoría propia en las Cámaras, creaba al jefe del partido conservador hondas preocupaciones, temeroso de que los diputados adictos a Maura, La Cierva y Bugallal, éste presidente del Congreso y acusado en la proposición de Prieto, lo desalojaran de la presidencia del Gobierno y, de rechazo, de la de su propio partido. Los destellos de gobernante que tuvo Sánchez Guerra en aquel período quedaron esfumados ante su huida del banco azul, impidiendo que la Cámara pudiera pronunciarse en el debate político sobre las responsabilidades promovido por nuestra minoría. En aquellos instantes, tal vez naciera en él un débil propósito de alejarse de las instituciones, ya que, en efecto, era muy difícil ser monárquico constitucional con Alfonso XIII.

No está fuera de lugar referir aquí que por entonces fue senador liberal por la provincia de Cádiz el general Primo de Rivera, coincidiendo tal representación con la capitania de Castilla la Nueva. Pues bien, con olvido del cargo militar que ostentaba, se lanzó a pedir desde su escaño senatorial que España renunciase a Marruecos... Como es de suponer, Maura, jefe de Gobierno a la sazón, le dejó cesante y se negó a tener trato con él. Más tarde, al convertirse Primo de Rivera en dictador con el apoyo del rey, no se olvidó del desprecio con que había sido tratado por el altivo político mallorquín.

Y ahora recogemos un episodio doloroso. El 7 de abril de 1922, en pleno auge de la campaña contra las instituciones monárquicas, implicadas seriamente en el desastre militar del verano de 1921, don Miguel de Unamuno, de acuerdo con Romanones y Sánchez Guerra, tuvo una conferencia con Alfonso XIII en el Palacio real. ¡Qué peligroso resultaba navegar en la misma barca en que lo hacía don Miguel! Las explicaciones que dio después de su entrevista con el rey no convencieron a nadie ni acrecentaron su prestigio.

El 4 de diciembre de 1922 se efectuó una votación en el Ateneo de Madrid para elegir Junta directiva, quedando descartados los impunistas y triunfando la candidatura encabezada por don Adolfo Álvarez Buyila, con Luis de Zulueta, Marañón, Luis de Tapia, García del Real, Luis de Hoyos, Ramón Gómez de la Serna y otros más. Esta Directiva organizó, el domingo 10 de aquel mes, una manifestación ciudadana en Madrid, que alcanzó proporciones incalculables, para exigir responsabilidades por el desastre militar de Melilla. Entonces, Indalecio Prieto dio en el Ateneo una conferencia que produjo gran impresión por sus acusaciones contra el rey. Ahora bien, el discurso más fundamental de los pronunciados por Prieto salió de sus labios los días 21 y 22 de noviembre de ese mismo año, en el debate promovido en la Cámara al examinar el expediente Picasso.

La intervención de Prieto duró varias horas, confrontando declaraciones de militares de diversas categorías, que revelaron el vergonzoso estado en que se encontraba el ejército de África. Nuestro amigo rindió público homenaje, con igual sinceridad, a los actos aislados de heroísmo de jefes y soldados, copados por la morisma que afrontaron la muerte sin arriar su bandera. ¡Cuánta desgracia inútil, en un territorio que no era español, que nada nos obligaba a ocupar y que hemos llegado a tiempo para comprobar cómo los propios militares, encaramados en lo más alto de la nación, han tenido que restituir a sus legítimos dueños, confirmando todo ello la clarividencia de nuestros hombres, opuestos a la guerra de Marruecos, y el crimen cometido contra España por el régimen monárquico manteniendo aquella sangría durante tantos años!

Mediante suscripción nacional, nuestro partido publicó una edición de cien mil ejemplares del discurso de Prieto, del que milagrosamente conservo un ejemplar, al que pertenecen las siguientes conclusiones que dieron margen a su disertación:

Primera. — Separar del Ejército, sin perjuicio de la penalidad que pudiera corresponderle en el sumario iniciado contra él, al general de división don Dámaso Berenguer.

Segunda — Autorizar al Gobierno para decretar, en iguales condiciones, la separación del Ejército del general de brigada don Felipe Navarro, si al recobrar éste la libertad sus descargos no demostraran absoluta inculpabilidad, sometiéndose en caso contrario el asunto a nuevo examen de las Cortes.

Tercera — Separar del Ejército, sin perjuicio de las penas que pudieran corresponderles en los sumarios incoados o que se incoen, a todos los coroneles de las distintas armas y cuerpos con destino en la Comandancia general de Melilla presentes en la demarcación al iniciarse la retirada de Annual, así como a los demás jefes de grado inferior que asumieran entonces el mando de servicios autónomos no dependientes de las armas generales, y en los cuales jefes concurra la misma circunstancia de presencia en la demarcación.

Cuarta - Autorizar al Gobierno para proceder con el coronel Araujo en la misma forma que con el general Navarro.

Quinta — Declarar responsables, para que, en su caso, previos los requisitos reglamentarios indispensables, se proceda a acusar ante el Senado, conforme al artículo 45 de la Constitución, a los señores don Manuel Allendesalazar, marqués de Lema, don Justo Wais, Vizconde de Eza, don Joaquín Fernández Prida, don Mariano Ordóñez, conde de Bugallal, don Francisco Aparicio, don Juan de La Cierva y Conde de Lizárraga, que formaban el Gobierno responsable cuando sobrevino la catástrofe.

Sexta — Formular idéntica declaración en cuanto a los señores don Antonio Maura, don Manuel González Hontoria, don José Francos Rodríguez, don Juan de La Cierva, Marqués de Cortina, don Francisco de A. Cambó, Conde de Coello de Portugal, don César Silió, don José Maestre y don Leopoldo Matos, que constituyeron el Gobierno del 14 de agosto de 1921.

Séptima — Prohibir que los tribunales de honor del Ejército decreten por sí la sanción de hechos constitutivos de delito, debiendo limitarse, cuando los aprecien, a denunciarlos a la autoridad correspondiente, para provocar la acción judicial.

Octavo — Clausurar inmediatamente las Academias militares, reconociéndose a los actuales alumnos de las mismas la validez de sus estudios para las carreras civiles.

Novena — Disolver el cuerpo de Intendencia militar.

Décimo — Derogar la ley de Jurisdicciones.

Del extenso discurso de Prieto, reproducimos los siguientes párrafos:

«La derrota de Melilla, sus orígenes y sus efectos, revelan a un ejército que, pesando como losa de plomo sobre el país, absorbiéndole la mayor parte de los recursos contributivos e imponiendo sus mandatos a los poderes públicos por medio de una dictadura oculta en la sombra, no sirve para su única misión: guerrear...

»Una catástrofe como la de Annual, en los pueblos que tienen vitalidad, se liquida con una revolución que derriba el régimen causante de la misma...

»Centenares de mujeres llegadas a Melilla, y con las cuales he recorrido yo la carretera de Tauima a Zeluán, querían descubrir al hijo de sus entrañas entre montones de restos en

los cuales se ensañó la barbarie que royeron los chacales, que calcinó el sol, buscando como indicio, en un botón, en una prenda de ropa, en un mechón de pelo chamuscado, la identificación del hijo, del hermano o del amante.»

En el expediente Picasso había deposiciones de religiosos que afirmaban ser cierto que algunos oficiales abusaban de las mujeres de los moros; que jugaban dinero ajeno y lo perdían; que edificaban en Melilla a costa de los bienes de la nación, singularmente elementos relacionados con los servicios de Intendencia. Todo ello lo refería Prieto en su discurso, relacionándolo con la guerra en que intervino el general Martínez Campos, agregando:

«¿Es que no se recuerda que el 93 -cuando el episodio de Sidi-Guariach, que provocó aquella lucha, también sangrienta para España-, de 311 soldados que pudieron aprestarse en la plaza, 111 fueron sacados de domicilios particulares, y se les armó y fueron vestidos de paisano a la línea de combate, porque no tenían uniforme? ¿Es que esto era una novedad?...

»El capitán Jordán ha hundido en Larache el templo, cogiendo debajo a todos los filisteos. Y esto ha obedecido a una actitud de rebeldía, porque sintiéndose -señores, ¡cuánto sangra la ironía!- menoscabado en sus derechos porque, en unos meses de ausencia de la Comandancia general no se le había dado la parte que se asignaba en una pitanza verdaderamente reglamentaria dentro del cuerpo de Intendencia, ha hecho él provocar un proceso, para que se vea, cuando ese proceso llegue a la publicidad, cosa que es necesaria, cómo cantidades fabulosas, en comparación con la pobreza de nuestra economía, y con sustracción del destino a que iban encaminadas, se repartían entre todas las jerarquías, entre todos los jefes, y más alto que los jefes, porque, a veces, con los fondos del robo de la Intendencia se compraron brillantes de los imperdibles con que se obsequiaba a las hijas y a las esposas de algunos generales...

»Ahí están apuntadas por nuestra palabra tosca y turbulenta las responsabilidades; ahí están señalados los focos del mal. Pedimos, con la disolución del cuerpo de Intendencia, con la clausura de las Academias militares y con la derogación de la ley de Jurisdicciones, la destrucción de los focos más corruptores que han engendrado esta tragedia. Pedimos, con la separación del Ejército de quienes ejercían mando en África, una sanción que está imponiendo la conciencia del país por encima de todos los escrúpulos legales. Pedimos, previo cumplimiento de los trámites reglamentarios, la acusación ante el Senado de aquellos dos Gobiernos, el que desdichadamente regía en la época de la catástrofe, y el que no la supo reparar, el que encubrió las más altas responsabilidades, buscando en esa teatralidad de la política glorificaciones de feria pueblerina a supuestos caudillos victoriosos, aconsejando que se sumara a ellas, insensatamente, la Corona, para glorificar previamente un general a quien hoy culpa el más alto Tribunal de Justicia militar. Y ésta es la figura más firmemente dibujada del encubrimiento. Hay encubrimiento en las reales órdenes taponadoras del señor Cierva, limitando a ese hombre austero y justiciero que llegara en su investigación, imparcial, a la cumbre de donde arrancaban todos los hilos que tejieron la derrota. Hay encubrimiento en querer presentar victorioso ante la opinión, asociando al insensato homenaje a la realeza, a un caudillo de quien ni siquiera se ha dejado que un general instructor averiguara sus culpas. Y el prohibir averiguar las culpas del mando y destacar toda la energía en la excitación a que se castiguen las culpas de los inferiores, y encima al mando, ¡al mando!, a cuyos alledaños no se ha dejado llegar para investigar su responsabilidad, se le glorifique con esos recibimientos en la estación de Atocha, eso es, por encubrir desde esa esfera, prevaricar.»

En otro trabajo de Prieto, La guerra, escuela de crueldad, hay este párrafo, también relacionado con aquel famoso debate:

«Quisiera no haber visto las cosas que en Marruecos vi. Vi legionarios regresar de combates o "razzias" trayendo prendidos en alfileres sobre el uniforme sanguinolentos dijes constituidos por órganos cercenados a otros hombres, no sé si después de muertos o todavía vivos. Vivas estaban algunas moras a quienes les fueron cortados los pechos. A la duquesa de la Victoria, representante de la Cruz Roja, se le hizo ofrenda de varias cabezas morunas... La crueldad es contagiosa. Desde luego, la de los moros en la tremenda derrota de Annual produjo

chispazos de contagio en nuestras filas, y creo que ningún ejército es inmune a semejante contagio, el cual se produce en todos los climas y en todas las razas.»

En sus Memorias, La Cierva, afirma que debió defenderse la posición de Annual, agravando con esta opinión suya la responsabilidad de los militares que huyeron ante la morisma. Una idea de cómo hacían las «conquistas» los jefes del ejército español está reflejada por el siguiente párrafo, de las Memorias del citado político murciano:

«Berenguer perseguía al Raisuni, con quien se rompieron los tratos, que consistían en darle armas, influencia y una gran pensión, a cambio de valiosos servicios al principio y de tenerle que soportar después sus altanerías.»

¡Así hacían la guerra aquellos hombres! Cayó La Cierva sin tomar Alhucemas ni liberar al general Navarro. Siguió Maura en el poder sin Cierva en Guerra con igual resultado negativo. El Gobierno de Sánchez Guerra no tuvo deseos de complicarse la vida en aquel avispero. Hasta que llegaron los liberales, con Alba en el ministerio de Estado, y sobre éste cayeron implacablemente los que ni habían sabido ocupar Alhucemas ni habían intentado liberar por las armas a los militares cautivos de Abd el Krim.

Las negociaciones para obtener el rescate de aquellos prisioneros duraron largo tiempo. Intervino en ellas un hombre de negocios, don Horacio Echevameta, ex diputado republicano por Bilbao, amigo particular de Abd el Krim y de otros moros notables. La cantidad que éstos fijaron por la entrega del general Navarro y sus otros compañeros de cautividad fueron cinco millones. Por fin todo quedó resuelto con la entrega en monedas de plata de cuatro millones de pesetas, más una propina que exigieron en el último instante de doscientas mil, igualmente en plata, para que no hubiera lugar a dudas. Cuando don Alfonso lo supo exclamó: «¡Qué cara cuesta la carne de gallina!» La frase era propia de un chulillo madrileño más que de un jefe de Estado...

En un trabajo de Prieto, titulado Jugar con fuego, hay los siguientes detalles interesantes referentes al caudillo rifeño:

«A Abd el Krim, causante de la afrenta de Annual y de la que después significó el tener que entregarle en monedas de plata cuatro millones de pesetas por el rescate del general Navarro y demás prisioneros de Monte Arruit, le cegaron sus triunfos, impulsándole a atacar a los franceses, a quienes empujó en retroceso hasta cerca de Fez. Sobrevino una natural alianza militar entre España y Francia, que antes veían con regocijo mal encubierto sus respectivos reveses, y concertados los ejércitos y escuadras de ambas naciones, obligaron a Abd el Krim a rendirse. Tras muchos años de tenerlo recluido en la isla de la Reunión, quiso Francia trasladarlo a Europa, medio indultado, pero Abd el Krim, contraviniendo las órdenes recibidas, se quedó en Egipto... Abd el Krim no desciende de Fátima Zora. Acaso lleve sangre vasca en las venas como otros moros de Beniurriaguel. Este nombre se compone de dos palabras: una árabe, "beni" (hijo), y otra euskérica, "urriaga" (avellaneda). Urriaga, luego variado a Urriaguel, era el apellido de un vasco que, evadido del presidio, se estableció en la costa de Alhucemas, donde su prole formó la cabila de Beniurriaguel -los hijos de Urriaga-, famosa por sus cualidades guerreras y que en 1921 fue embrión de la fracasada República del Rif.»

Todavía encontramos otro dato interesante relacionado con los moros notables del Rif en Jugar con fuego, de Prieto, que citamos seguidamente:

«Medió en las negociaciones entre Berenguer y Abd el Krim mi amigo Dris ben Said, íntimo de Abd el Krim y condiscípulo suyo en la Universidad de Fez. Martínez Anido, que depuesto del gobierno civil de Barcelona, fue nombrado comandante general de Melilla, hizo asesinar villanamente a Dris ben Said, eliminando así a un testigo molesto, dueño de muchos secretos político-militares del jelifato, de la alta comisaría y del cuartel general moro de Beniurriaguel.»

Prieto era amigo entonces de don Horacio Echevarrieta, propietario de El Liberal de Bilbao, en cuya redacción trabajaba. Como acabamos de ver, lo era del moro Dris ben Said, intermediario entre el general Berenguer y Abd el Krim. Los militares se enfurecieron con don Santiago Alba porque compró con dinero, mediante las negociaciones a que acabamos de hacer alusión, la libertad del general Navarro y de sus otros camaradas de cautiverio. Más propio hubiera sido enfurecerse contra quienes no tuvieron arrestos para arrancar por la fuerza a Navarro y demás prisioneros de las mazmorras de los rifeños. Pero la lógica sirve de poco en ciertos casos. En cambio, el honor nacional le utilizaron para encizañar a la opinión y desorientarla, aludiendo a los millones de Echevarrieta, a las relaciones de Prieto con éste y a los negocios en que estaba metido don Santiago Alba... Bonita ocasión que cogió Alfonso XIII por los cabellos para echarse en brazos de Primo de Rivera y abolir la Constitución, dando paso a una dictadura tras de la cual le esperaba morir en Roma en un hotel y perder el derecho a ocupar un nicho en el panteón de Reyes de El Escorial.

Ginebra, junio de 1962

XI. Calumnia, que algo queda...

Le Socialiste. París, 2 de agosto de 1962

Más de una vez me he preguntado: ¿Por qué habrá despertado Indalecio Prieto tantos odios? ¿Sería en compensación por el fanatismo con que le admiraron tantas gentes? «Calumnia, que algo queda», abominable máxima jesuítica, se puso en práctica contra él en mayor proporción que contra ningún otro. Durante este triste período franquista, en prensa, radio, tribuna y hasta en el libro, el nombre de Indalecio Prieto ha sido el más barajado, siempre para faltar a la verdad a su costa. No era nueva esa táctica, utilizada por sus enemigos en la etapa monárquica, en que más de una vez intentaron asesinarle.

Óscar Pérez Solís, capitán de Caballería, que se hizo socialista para esquivar las responsabilidades derivadas de un tribunal de honor que le expulsaba del Cuerpo, cuando ingresó en nuestras filas ocultando estos antecedentes, se creó una falsa aureola por el prestigio que le proporcionaba el supuesto abandono de una carrera tan lucrativa para ponerse al servicio de una causa tan humilde como la nuestra. Pérez Solís tenía cultura, escribía en prosa y verso admirablemente, tradujo del francés folletos muy interesantes, dirigió durante varios años Adelante y Tiempos Nuevos, semanarios socialistas de Valladolid, era buen orador y llegó a ejercer máxima autoridad entre la clase obrera de aquella región. De Pérez Solís fueron descubriéndose sus máculas, algunas de índole muy personal, tal vez por sus propios errores y vicios, hasta que, para engañar con sus peculiares cualidades en otro campo, se incorporó al grupo comunista, en el que se propuso ocupar uno de los primeros lugares. Él fue quien redactó y leyó en el teatro de la Casa del Pueblo de Madrid, sobre una silla, el manifiesto que suscribieron quienes abandonaban nuestras filas para ponerse al servicio de la Tercera Internacional, donde apenas si hicieron nido la inmensa mayoría de los firmantes de aquel documento.

En 1921, Óscar Pérez Solís -a quien Prieto salvó de ir a presidio por muchos años- se metió en Bilbao con la finalidad de deshacer la organización de nuestro partido y terminar con la vida de quien en aquella región era su más firme abanderado. Jesús Hernández, ministro de Stalin, como él mismo se ha calificado, tiene referido cómo fue

utilizado, cuando tenía dieciséis años, para formar parte de una banda comunista encargada de colocar una bomba en la sala de máquinas de El Liberal, de Bilbao, y asesinar a Prieto. Este mismo relato, con detalles diferentes que en nada alteran lo esencial, figura en el libro *Indalecio Prieto: yo y Moscú*, publicado en Madrid en 1955 por Mauricio Carlavilla, agente de policía en la capital del Norte cuando ocurrieron estas escenas sangrientas y uno de los que hirieron y encarcelaron a los comunistas encargados de tan odiosa maquinación. He aquí la versión dada por Jesús Hernández, que Prieto comentó y aclaró oportunamente:

«Las pistolas comunistas habían acechado más de una vez la silueta de Indalecio Prieto... Siendo yo muy joven participé también en los grupos de insensatos que nos habíamos propuesto arrancar a balazos la vida del batallador socialista... La rivalidad de nuestro jefe en Vizcaya, Óscar Pérez Solís, con Indalecio Prieto, venía de largo, de cuando ambos militaban en el mismo partido. Al producirse la escisión entre comunistas y socialistas, el odio de Solís degeneró hasta la criminalidad, y no le resultó difícil empujarnos a los grupos de acción a la caza de su adversario...

»Azuzados por Óscar Pérez Solís, salimos un grupo de seis individuos portando una descomunal bomba que, dentro de un cesto, cargaba a hombros uno de la expedición. Nuestra misión era asaltar la redacción de El Liberal, periódico de Prieto, colocar el artefacto infernal en la rotativa y hacerla volar, y con ella todo el pequeño edificio en que estaba enclavada la imprenta. Suponíamos a Prieto en alguna de las dependencias. Si pretendía escapar a la explosión se encontraría con el fuego de nuestras pistolas... Al filo de las tres de la tarde llegamos con nuestra carga de trilita y con la de nuestras tenebrosas intenciones a las proximidades de El Liberal. En nuestros preparativos no tuvimos en cuenta que frente a la imprenta de Prieto se hallaba la terminal de los tranvías de Algorta. La terminal estaba protegida por un piquete de la guardia civil, que de inmediato notó algo sospechoso en la presencia de seis individuos que cruzábamos la plaza del Ensanche a distancia prudencial unos de otros. En medio del esparcido grupo caminaba el portador de la bomba. Yo iba en vanguardia, seguido inmediatamente de Hontoria, jefe del grupo. Cruzamos ante los civiles sin dificultad, dejando atrás la imprenta de Prieto. Era la indicación a los restantes de que nos imitaran. El intento estaba frustrado...»

Carlavilla, en el libro antes citado, refiere que yendo en un tranvía que acertó a pasar por donde estaban los seis comunistas, al reconocerlos, ordenó al conductor frenar y avisó a otros agentes mientras él bajaba por la plataforma posterior, y agrega:

«¡Alto! -grité no bien tuve los pies en el suelo. Se volvieron los seis, levantándose. Los conocía bien a los seis y ellos a mí también. Vi pistolas en las manos de todos. Tiré. Iribarne se dobló y cayó al otro lado de la baranda, y ya no le vi más. Los cinco restantes se desplegaron. Estábamos muy cerca unos de los otros, de ocho a doce metros. Disparamos furiosos. Debíamos estar todos bastante nerviosos; yo no acerté ya ni un tiro, pero tampoco acertaron ellos ninguno. Se me acababa ya el cargador. Los cinco iniciaban la huida, volviéndose de vez en cuando para disparar. El último que me disparó, con un pistolón que había sacado del pecho por la abertura de su camisa, fue Justo Espeso. En esto escuché unos disparos a mi izquierda. Era León, que empezaba a disparar. ¡Magnífico! En total, momentos después, teníamos en los calabozos de la Comisaría a Hontoria, Hernández, García Lavid y Expósito; Iribarne fue traído desde la Casa de Socorro, después de curado de un balazo».

En el artículo de Prieto titulado *De mi vida; hados que la protegen*, se refiere que Orlov, jefe de la policía soviética que actuaba en España, el mismo que dirigió la caza mortuoria contra Andrés Nin, una de las personalidades más prestigiosas del POUM, tenía preparado también el asesinato de nuestro compañero, obedeciendo instrucciones de Moscú. Jesús Hernández en su libro *Yo fui ministro de Stalin*, da minuciosa cuenta de este atentado, que él impidió, planteando el problema donde fue escuchado. Prieto, por su parte, resume este hecho del siguiente modo:

«Sintetizo la narración de Jesús Hernández. El comunista bilbaíno Antonio Zubiaurre. Educado en la Escuela Leninista de Moscú y hombre de confianza de Orlov en España, comunicó a Mena, secretario particular de Hernández: Orlov ha resuelto liquidar a Prieto. Está en relación con alguien de la escolta personal del ministro. Se pretende simular un accidente desgraciado; alguno de sus acompañantes deja por descuido en la cajuela del automóvil unas bombas de mano que, por la trepidación del coche, hacen explosión. Se proyecta el atentado para el primer viaje que haga por carretera.»

Jesús Hernández dice en su libro que impidió el atentado contra Prieto; pero éste ha relatado en otro trabajo suyo los dos hechos siguientes, que acaso tuvieron alguna relación con los referidos anteriormente:

«Una noche, la garita del centinela más próxima a mi dormitorio fue atravesada a balazos por disparos de mauser, y cierto día, según me dijeron, se descubrió un complot contra mí en el que andaban mezclados dos carabineros de la propia guardia, comunistas ambos y afiliados al Partido Socialista Unificado de Cataluña, uno de los cuales, al ser descubierto, se suicidó en la puerta, minutos antes de salir yo.»

Aunque de menos importancia, Prieto ha referido también otros atentados a cargo de comunistas vizcaínos en las siguientes líneas:

«Un camarero de aquel Club vivía en San Julián de Musques, donde nació y habitaba Dolores Ibárruri, la Pasionaria, principal foco del comunismo en la zona minera vizcaína. El camarero, espectador del juego, púsose a echar la siesta en el suelo con la boina sobre el rostro para defenderse del sol. Cuando despertó, los comunistas, cansados de derribar bolos y sentados junto a él, sostenían apasionadísima charla. Fingiendo seguir dormido, los escuchó atentamente y pudo enterarse que planeaban ir a Bilbao para matarme, concertando allí mismo la manera de hacerlo. Conociendo el camarero la amistad que su patrón tenía conmigo, se apresuró a comunicarle cuanto se había tramado. Eduardo Alayo me puso en comunicación directa con él y las precauciones que, al tanto de todos los detalles, yo tomé, hicieron frustrar el plan. Meses antes, por indecisión de los comisionados, tres mozalbetes, a quienes pistola en mano hice salir, brazos arriba, del portal donde al amanecer me aguardaban, fracasó otra tentativa, peor fraguada que la de San Julián de Musques.»

Aunque someramente, en otro trabajo he aludido al atentado de que fue objeto Prieto en el saloncillo de conferencias del Congreso de los Diputados a cargo de elementos del Sindicato Libre de Barcelona, instrumentos de los generales Martínez Anido y Arlegui. Dentro del hemiciclo del Congreso he visto al conde de los Andes y al marqués de Valderrey -éste falleció el 25 de noviembre de 1957-, con las pistolas dispuestas para lanzarse sobre Prieto, después de haber atacado al rey. El viejo conde de los Andes ha sido uno de los pocos aristócratas leales a la dinastía borbónica. Don Alejandro Pidal, marqués de Valderrey, diputado que fue por Almendralejo (Badajoz), llegó a ser amigo particular de Prieto. Los dos eran asturianos.

Incidentes que pudieron tener graves consecuencias los he presenciado en las Cortes entre Prieto y el marqués de Santillana, en un debate que hizo famoso a nuestro correligionario. También tuvo una disputa muy seria con Diego Martín Veloz, diputado por Salamanca, en cuya capital imponía el barato. ¡Qué interesante hubiera sido un libro de Prieto con todos estos y otros lances de que estuvo salpicada su accidentada vida! Por cierto, con el primer marqués de Luca de Tena estuvo a punto de tener un duelo, detalles pintorescos que ha referido más de una vez en sus interesantes trabajos periodísticos.

En cambio, no cayó nunca preso. Es decir, muy joven, en unas elecciones en Bilbao, fue encarcelado, pero por poco tiempo. Más de una vez utilizó la pistola para ahuyentar a sus enemigos. En el artículo Orúe el de la flor, describe cómo se vio obligado a disparar varias veces contra carlistas y nacionalistas, que intentaron lincharle en 1912, en

ocasión en que hacía información periodística en las calles de Bilbao, cuando los católicos se lanzaron contra la titulada política anticlerical del gobierno de don José Canalejas. En realidad, Prieto tenía cariño a la pistola, que manejaba con soltura, ya que en Bilbao era preciso estar apercebido para la defensa.

Primero contra los republicanos, más tarde con carlistas y nacionalistas, los correligionarios vizcaínos se forjaron en plena batalla callejera. Los nacionalistas vascos no se reconciliaron con Prieto, aunque en estos últimos años hubiera algunos contactos políticos. Cuando Prieto llegó a México solicitó el ingreso en el Centro Vasco de aquella capital, a título de diputado a Cortes por Bilbao desde 1918, diputado provincial y hasta concejal que había sido por la invicta villa. Le fue negado por no ser del País Vasco. Más tarde, aunque ese acuerdo quedó anulado. Prieto no quiso afiliarse a un Centro regional de tan estrechas miras. Hasta última hora, los nacionalistas publicaron un folleto en que había ataques contra Prieto. Desde luego, con nuestro compañero nunca hubieran podido contar para campañas separatistas. Prieto fue defensor del Estatuto vasco, pero lo era mucho más de la autonomía municipal, para la cual veía los mismos peligros en los Gobiernos regionales que en los centralistas madrileños.

Vamos a entrar ahora en otro género de agresiones sufridas por Indalecio Prieto. En 1955, cierta revista madrileña publicó con gran aparato una interviú con la marquesa de Somosierra, viuda de García Escámez, a quien el general Franco concedió tal título por el auxilio que le prestó en la guerra civil inaugurada el 18 de julio de 1936 por el generalísimo. La dama en cuestión enseñó al gacetillero unos documentos del entonces comandante García Escámez de primeros de junio de 1926, o sea en los momentos en que entre España y Francia dominaron al cabecilla rifeño Abd el Krim.

«El comandante García Escámez -añade el gacetillero- había entrado vencedor en la propia casa y cámara de Abd el Krim, y revisaba su archivo, y usaba su papel a falta de otro mejor. Y en esta carta delata a su mujer este asombro; entre los papeles del cabecilla moro ha hallado cartas del diputado español Indalecio Prieto, en las que ofrece su amistad y complicidad al enemigo...»

Si esas cartas de García Escámez existen, este señor no se enteró de lo que vio en la cámara de Abd el Krim. ¿No hubiera estado obligado a comunicar tal hallazgo, por el delito de traición que implicaba, al general Primo de Rivera, quien lo hubiera puesto en conocimiento del juez militar, instruyendo un proceso por la ley de Jurisdicciones contra Prieto, que no era diputado a la sazón porque el dictador había disuelto el Parlamento en 1923? Es triste que un periodista, siquiera lo sea de tan cortos alcances como el que entrevistaba a la marquesa de Salamanca, apele a ciertos procedimientos para combatir a un adversario político. Lo sucedido lo refirió Prieto varias veces. Helo aquí:

«En Melilla, el año 1921, Emeterio Muga, comandante de Estado Mayor y ex diputado liberal, ayudante del alto comisario, general Berenguer, me presentó a éste, a quien yo pedí permiso para atravesar nuestras líneas e ir a ver a Abd el Krim con objeto de averiguar en qué forma podría ponerse fin a una lucha que venía costando a España torrentes de sangre y ríos de oro. Berenguer, pareciéndole bien mi idea, ofreció ayudarme para realizarla. Pero como, al fin, no pudiera hacerse el viaje, redacté un cuestionario, que Berenguer conoció previamente, del que fue portador Dris ben Said, condiscípulo de Abd el Krim en la Universidad de Fez y al que utilizaba el alto comisario para conseguir, como consiguió, que los aguerridos beniuirriagueles se retiraran a su cabila antes de emprender el ejército la reconquista del territorio perdido.

»Ese cuestionario, escrito de mi puño y letra y firmado por mí, es lo que se encontró en casa de Abd el Krim. Me consta que éste, a quien yo no conocía y a quien en ninguna ocasión más escribí, contestó a mis preguntas, ceñidas a conocer los motivos de su actitud belicosa y saber de qué modo cesaría en ella. Pero interceptada la contestación, fue a manos del ministro de la Guerra, Juan de La Cierva, sin llegar nunca a las mías. Al Gobierno le intere-

saba que yo no la hiciera pública. Una carta que Berenguer me escribió desde Coruña en 1926, siendo capitán general de Galicia, corrobora cuanto aquí digo acerca del referido documento.

»Personalidades exiliadas que desempeñaron en la República cargos más altos que los ocupados por mí disfrutaban de grata paz. Nadie desde España arremete contra ellos. Entretanto vuélcanse sobre mí incontables imposturas en libros, revistas y diarios. Es preferencia de la cual no me quejo. Peor sería que los franquistas me rodearan de silencio. Porque en la política el silencio equivale a la muerte.»

En el caso de Prieto, ni aun después de muerto hay silencio por parte de sus enemigos. En 1921, cuando planteó al alto comisario militar en Melilla su propósito de entrevistar al cabecilla rifeño, era diputado a Cortes y periodista de firma acreditada, títulos que justificaban tales deseos. Lejos de escribir cartas para combatir al ejército español, como se dice faltando a la verdad, preguntaba a Abd el Krim cómo podría ponerse fin al conflicto. ¿Dónde está «la complicidad con el enemigo», de que habla el injuriador? Es casi seguro que en 1926 el general Primo de Rivera estuvo informado del hallazgo de esa documentación -ya entonces hubo quien intentó hacer campaña contra Prieto- y de la rectificación remitida por el general Berenguer a Prieto, de la que tal vez transmitiría copia al propio jefe del Gobierno, si se tiene presente el cargo de confianza que desempeñaba en la Capitanía general de Galicia.

Hay más. Primo de Rivera quiso hablar con Prieto, y utilizó para conseguirlo al coronel del regimiento del Príncipe, don Francisco Zubillaga, gobernador de Oviedo y hermano de un íntimo amigo de nuestro correligionario. Prieto se negó. Hubo otra gestión en este sentido, de la cual informó Primo de Rivera al catedrático don Odón de Buen, con quien le unía estrecha amistad. Odón de Buen oyó al general que si Prieto hubiese aceptado le habría hecho ministro. Entonces, Odón de Buen, conocedor de que se trataba de modificar la composición del Consejo de Estado, sugirió al dictador nombrar a Prieto para consejero de tan alto cuerpo consultivo. «Imposible -replicó-, porque Prieto no quiere nada con nosotros.» Y era verdad. ¡Ah!, si Primo de Rivera hubiera tenido en sus manos un documento como el citado por la revista madrileña que acusaba a Prieto de traición... Pero no lo pudo tener porque todo ello era pura falsedad.

Ginebra, julio de 1962

XII. Respuesta a un calumniador

Le Socialiste. París, 6 de septiembre de 1962

Con retraso ha llegado a mis manos un artículo publicado en Madrid al dar cuenta del fallecimiento de Prieto. No es extenso el trabajo, en que apenas si se encuentra algo que sea exacto o que no esté envuelto en veneno. Hasta el título es una injuria: El oro del demagogo,

En tono menor, con textos irrefutables, me propongo deshacer los insidiosos comentarios de tan mezquino escritor, que al fallecer un adversario de la talla de Indalecio Prieto, y abusando de que el interesado no puede responder en el terreno en que seguramente lo hubiera hecho, le insulta a mansalva.

Comienza el articulista aludiendo a la entrada de Prieto en las Cortes, y agrega:

»Acaba el partido socialista de extender su representación parlamentaria de uno. Pablo Iglesias, a siete, el propio líder y los señores o señorías, pues ese es el tratamiento

que se dan los diputados, Prieto, Besteiro, Largo Caballero, Saborit y Anguiano. Trae aquél un acta por Bilbao, y los demás, mandatos de los electores de Madrid.»

Primer suspenso como historiador. Por Madrid triunfó Julián Besteiro, con Pablo Iglesias; Largo Caballero salió elegido por Barcelona; Daniel Anguiano, por Valencia, y el que redacta esta réplica por la circunscripción de Oviedo. Cuando se cobra de la administración de un diario de tanto fuste como ABC hay que atenerse a los hechos y no falsearlos.

Sigamos: «Es el taquígrafo de la Diputación de Vizcaya y redactor del Liberal un hombre fornido y rechoncho...». En efecto. Prieto era redactor de El Liberal -hay que saber copiar los títulos de los periódicos cuando se vive de ellos-, pero no era taquígrafo de la Diputación de Vizcaya. En Bilbao fue taquígrafo de dos diarios, y ahí está el origen de su carrera profesional.

Continuemos: «¿Quién adivina que de esta informe anatomía, patiocorta y macrocéfala, saldrá uno de los accionistas más activos e influyentes del negocio parlamentario?» El estilo delata al hombre. El autor quiere injuriar y no se decide. ¿Era un «negocio parlamentario» ser diputado con significación socialista en las Cortes de 1918, frente a casi cuatrocientos diputados conservadores y liberales, metidos en los negocios del régimen restaurado en Sagunto, contra el cual se levantó en 1923 el general Primo de Rivera, tan alabado por el autor de ese artículo? A su conciencia dejamos la respuesta.

«Prieto va a su escaño -sigue diciendo-, subiendo por la rampa con barandilla, que corresponde a la mano izquierda de la presidencia, y se sienta con más precaución que desahogo entre sus compañeros de minoría». Otra falsedad. El autor describe lo que no vio, no lo recuerda o lo falsea. Las elecciones de diputados se efectuaron el 24 de febrero de 1918, y la amnistía se promulgó el 8 de mayo. La promulgó el Parlamento. Dentro de él estaba Prieto, pero no estaba Pablo Iglesias, por enfermedad, y menos aún podíamos estar a su lado los que hasta esa fecha estábamos en el penal de Cartagena. ¡Valiente historia la de tal cronista!

Ahora asoma ya la puñalada traperera: «Todo él es contracción muscular, energía contenida dispuesta al zarpazo, y, cuando, por fin, interviene en los debates, se hace oír con agrado como Ginés de Pasamonte en su versión de Maese Pedro, moviendo y explicando ante el Caballero de la Mancha, los títeres de un retablo». Antes ha utilizado el término «accionistas»; después el «negocio parlamentario», ahora ya saca a escena a Ginés de Pasamonte, para revolcarse en el cieno con su pluma. No hay duda de que en aquellas Cortes había más de un Ginés de Pasamonte, que movían los títeres a su gusto con la Gaceta a su servicio. El autor de ese relato vio exactamente la escena y confundió el personaje, que figuraba entre los suyos, los de su preferencia, los de su comunión política bien conocida.

«Se descompone, no obstante -añade-, cuando el millonario Juanito Vitórica, que acaba de comprar el censo electoral del distrito de Cáceres, toma festivamente a broma su rectitud ideológica, pues ni ahora ni nunca querrá ni sabrá explicar el diputado por Bilbao cómo de agente de una empresa capitalista (el diario y la imprenta de El Liberal) ha ascendido a director y propietario del negocio. Y es que Prieto cohonesto la demagogia y el gubernamentalismo, la oposición subversiva al poder y la frecuentación amable de las jerarquías industriales y bancarias.»

Juanito Vitórica -el de la célebre valla de la calle de Cedaceros, con la cual quiso saltarse a la torera las Ordenanzas Municipales, Juanito Vitórica, el millonario que compró el censo electoral de Cáceres, fue diputado maurista, de ese partido y de ese prohombre tan elogiado por el articulista. ¡Qué gracioso era Juanito Vitórica, que no sabía ni hablar ni escribir, pero tenía millones para comprar un censo electoral! ¡Lo que Prieto se hubiera reído al leer ese comentario! Pero vamos a lo otro. En 1918, Prieto no

era director-propietario de El Liberal. Lo fue mucho después. Y lo fue ante notario y ante testigos. ¿No lo sabía el articulista? Pues ahí va la historia, referida por Prieto, al refutar otras infamias vertidas en 1948, que le llegaron al alma, por afectar a su hijo moribundo por aquella fecha.

«Yo llevaba trabajando en El Liberal, de Bilbao, treinta años, desde 1901, fecha en que, llamado por don Miguel Moya pasé de La Voz de Vizcaya a formar parte de su redacción como taquígrafo. En 1918 el periódico dejó de pertenecer a la Sociedad Editorial de España y el nuevo Consejo de Administración, constituido por varios demócratas bilbaínos, me nombró gerente de la empresa, siéndolo todavía en 1931, al decidir venderla su propietario, don Horacio Echevarrieta, agobiado por dificultades económicas.

«Don Ernesto Bengoa Elejalde, gran amigo mío, cuyo recuerdo irá siempre acompañado de mi gratitud, me propuso que fuese yo el comprador del periódico, en el que había dejado lo mejor de mi vida, con jornadas de trabajo que, durante largas temporadas, fueron de dieciséis y hasta de veinte horas. Hombre acaudalado, me ofreció con todo desinterés su concurso, pero me negué a aceptarlo. Con bondadosísima tenacidad volvió don Ernesto a la carga, razonando que El Liberal podía pasar a manos enemigas que me desplazasen de mi puesto, dejándome en la calle. Seguí negándome y Bengoa insistiendo. En tercera entrevista me expuso una nueva fórmula: «Usted -me dijo-puede hacer de su capa un sayo, pero no tiene derecho a abandonar en la miseria a sus hijos, por lo cual vengo a decirle que prestaré a éstos el apoyo que usted rechaza. Los tres son mayores de edad y, por tanto, dueños de sus actos. Espero que no sea usted tan insensato como para interponerse con consejos negativos que ellos atendieran por respeto». Cedí. Y por convenio de mis tres hijos, en escritura ante notario, de la que fue testigo el ilustre jurisconsulto don Felipe Sánchez Román, la propiedad del periódico con su título, su maquinaria y su edificio, fue comprada e inscrita a nombre de Luis Prieto Cerezo. No me pareció lícito reservar unos ahorros que yo conseguí en trece años de gerencia y los entregué como aportación. El resto lo aportó, mediante crédito abierto bajo su firma en el Banco de España, don Ernesto Bengoa. ¡Caro ha pagado éste su noble acción! Acusándole por todo delito de aquel auxilio, sin reparar en su edad avanzada ni en sus achaques, fue puesto en prisión y se le secuestraron sus bienes. No le valieron ni el gran respeto de que en Bilbao gozaba, ni su catolicismo practicante, ni su inhibición en las contiendas políticas, ni la peligrosa protección que, mientras la Villa estuvo en poder de los republicanos, dispensó a significados derechistas, cuyos correligionarios y parientes dirigían el bombardeo, singularmente el ex senador monárquico don Juan Tomás Gandarias. Bengoa salió de la cárcel deshecho y a poco de recobrar la libertad, falleció. ¡Justicia de Franco!

«Desprendido ya de tareas ministeriales me dediqué por entero, como en mi mocedad, a El Liberal, en el que seguí actuando de gerente, aun siendo mis hijos los propietarios. El periódico, que era uno de los más importantes entre los diarios regionales de España, subió en circulación y en ingresos, permitiendo amortizar el préstamo y acumular beneficios con los que se iba formando un fondo para adquirir nueva maquinaria, por no ser suficiente la antigua rotativa para cubrir tan grandes tiradas. El fondo de reserva alcanzaba en 1937 varios centenares de miles de pesetas. Con ellas se ha quedado Franco. Para dar apariencias legales al robo, el Tribunal de Responsabilidades políticas condenó a mi hijo Luis a no sé qué fantástica multa. En otro robo, con características de saqueo, y mucho más cuantioso, se prescindió de vestimentas jurídicas. Cuando, precedidas de los italianos de Mussolini, entraron en Bilbao las tropas franquistas, éstas desmontaron la rotativa, la estereotipia y las linotipias de El Liberal y, amigablemente, requetés y falangistas repartiéronselo todo. Los requetés se llevaron la mitad del botín a Pamplona, para un periódico carlista, y los falangistas, la otra mitad a Valladolid, para un órgano periodístico del franquismo. El edificio lo usufructúa la Falange bilbaína destinándolo a oficinas de una de las infinitas ramas de su frondosa burocracia».

¿Está satisfecho ya tan pedestre articulista? Prieto entró en El Liberal en 1901, y sus hijos adquirieron la propiedad de ese diario en 1931. ¿Le parece poco treinta años? ¿Pues qué diría de don Torcuato Luca de Tena, que sin saber hablar ni escribir, llegó a poseer nada menos que un palacio en la Castellana madrileña, donde instaló los periódicos que le hicieron millonario? Muerto por muerto, ¿por qué no hace la biografía del primer marqués de Luca de Tena? Prieto y él pertenecieron a la misma generación.

Al compararlos. Prieto saldría ganancioso en todos los terrenos. Como lo cortés no quita a lo valiente, bueno será decir que Luca de Tena ideó un periódico con características modernas, lo que en parte explica su éxito, como también es oportuno recordar que en sus periódicos se trabajaban más horas y se percibían retribuciones inferiores a las del resto de la prensa madrileña, reconocido así en acta levantada por ilustres personalidades intelectuales que intervinieron en una ruidosa controversia. Don Torcuato no respetaba los derechos de la persona humana, explotando, además, a mujeres y niños, sin atenerse a las tarifas sindicales aprobadas por las organizaciones obreras y patronales. De nada de esto habla el articulista; pero como enseñar al que no sabe es obra de misericordia, ahora ya está informado. Sigamos enseñándole cosas, oyéndole previamente:

«Es banquero, apoderado y verbo de una plana mayor y de una hueste expatriada y tiene acceso y audiencia en las grandes cancillerías.» Prieto no fue nunca banquero ni manejó más caudales que los ganados con su pluma. En cambio, es exacto que tuvo acceso en las grandes cancillerías, cosa que no ha podido conseguir el caudillo, confinado en El Pardo, como un leproso. Si Alfonso XIII no «aprovechó» el talento de Prieto, a lo que alude seguidamente ese escritor, no sería por falta de ganas. El conde de Romanones y el general Primo de Rivera, por lo menos, le hubieran hecho ministro. Seguramente que Alfonso XIII le habría ascendido de categoría, si Prieto se le hubiera rendido. Prosigamos aún:

«¿Qué clase de talento es el que no deja tras de sí una empresa de utilidad pública, un programa renovador, un libro instructivo, un ejemplo de vida? Ni a su patria ni a sus ideas, ni aun a sus pobres hijas, sirve el supuesto valor intelectual de este demagogo.»

Vamos por partes. Prieto tenía un programa renovador, el del partido socialista, que se preocupó de ampliar en su célebre discurso del 3 de febrero de 1934 en el Teatro Pardiñas de Madrid. ¿No lo conoce el crítico de marras? Pues ahí aprendería muchas cosas. ¿Una empresa utilitaria? El 31 de mayo de 1933, Prieto presentó al Parlamento un extenso plan de obras públicas de primera magnitud, preparado por el Centro de Estudios Hidrográficos, que dirigía el ingeniero don Manuel Lorenzo Pardo, fallecido en Fuenterrabía el 26 de agosto de 1953. ¿Era socialista este ingeniero de Caminos? No. Le utilizó la dictadura del general Primo de Rivera en los trabajos de la Confederación del Ebro, muy discutidos por entonces. Don Alvaro de Albornoz, ministro de Obras Públicas del primer Gobierno republicano, le dejó cesante. Prieto, conecedor de la valía excepcional de Lorenzo Pardo, le puso al frente del Centro de Estudios Hidrográficos, iniciativa suya. ¿Tampoco lo sabía el crítico de ABC? ¡Qué lástima! Prieto deseaba utilizar las aguas sobrantes del Ebro para que llegaran, fertilizando, hasta Almería... El plan lo estudiaba el ingeniero don Félix de los Ríos. Pero Prieto no sólo proyectó. Obras suyas fueron: la carretera hasta la playa de San Juan (Alicante), obstaculizada por la minoría lerrouxista; el Hipódromo de la Zarzuela, la prolongación de la Castellana, los nuevos Ministerios, los enlaces ferroviarios con la modernización del directo Madrid-Burgos, la electrificación de la Sierra, el pantano de Cíjara, en cuya inauguración estuvo... El régimen tan alabado por ese plumífero, en veinte años largos de dominación, sin libertad de prensa ni Parlamento obstaculizador, ¿puede presentar una obra parecida? ¿Un libro instructivo? Prieto tiene publicados cerca de veinte libros y folletos con discursos y artículos suyos, escogidos entre los centenares que dejó. ¿Es poco? ¿Cuántos lleva publicados su tenaz impugnador? ¿Quién los leerá? ¿Qué huella quedará de él? Indalecio Prieto, en cambio, con la veneración de sus hijas, la solidaridad de su partido y el respeto de todos los hombres bien nacidos, tiene un puesto de honor en la historia de España.

«Ganaremos la guerra, dice Indalecio Prieto en el verano de 1936, porque tenemos todo el oro de la nación.»

Hasta en esta referencia, el terco antagonista desfigura el exacto sentido de las palabras de Prieto, pronunciadas por radio en los primeros días de la guerra civil. Vale la pena de recordarlas, reproduciendo un párrafo de un discurso suyo en el estadio de Santiago de Chile el 28 de diciembre de 1938, cuando no se había terminado aún la guerra civil:

«El 10 de agosto de 1936 hablé públicamente por última vez antes de ser ministro, desde un micrófono instalado en el Ministerio de la Guerra. Estaban en auge las matanzas en masa por los facciosos; llegaba su eco a Madrid, y ese eco terrible producía forzosamente salpicaduras de sangre, y yo dije por la radio que pedía con toda la fuerza de mi corazón que aquella conducta criminal no se imitara, que se tuviera el pecho duro para el combate, respecto a lo cual yo no había de aconsejar disminución alguna de reciedumbre; pecho duro para el combate, sí, pero corazón sensible a la piedad, porque cuando el corazón no alberga el tierno sentimiento de la piedad, se extingue en el hombre el rasgo sublime que le hace sobresalir por encima de todas las especies animales. Yo no era un sacerdote; al fin y al cabo, en un puesto o en otro, era un combatiente. Frente a esas palabras, que están registradas en multitud de publicaciones, dichas por un hombre de significación en la izquierda, pido que se me ofrezcan palabras idénticas de cualquier elemento directivo de la facción. Pido que se me exhiba una sola palabra de piedad pronunciada por los rebeldes. Pido que se me exhiba, si no las hay de los militares sublevados, palabras de piedad de los elementos civiles que secundaron la sublevación. Y en último término, pido, con mejor razón, que se me exhiba, porque yo no la conozco, una palabra, una sola palabra, parecida a esas mías, dichas en público ante las multitudes sedientas de sangre, por algún representante de la Iglesia católica dentro de la zona de Franco. La pido, la ruego, la exijo. Os aseguro que no se exhibirá, porque nadie, ni militar, ni civil, ni eclesiástico, la llegó a pronunciar allí.»

El hombre que habló así, ¿era un demagogo? ¿Dónde está el discurso en que Prieto dijera que ganaríamos la guerra tan sólo por tener el oro de España? El oro pudo servir para ganar la guerra, es verdad; pero no sirvió porque se apoderó de él quien hubiera podido ayudarnos a vencer a los facciosos. Pero vayamos al bulto. El 16 de septiembre de 1940, en México, Prieto pronunció un discurso en el que se encuentra este párrafo:

«Hablé así en Madrid, a fines de julio de 1936. Estallaba en mi patria la guerra. Lleno de emoción, me dirigí a mis compatriotas. Mi voz fue entonces desoída. Cuando predije que la guerra, además de cruenta, sería larga y, por larga, ruinosa, pude descubrir junto a mí miradas de desconfianza, y el eco en el otro lado, en el campo adversario, adquirió acento de mofa. Era que unos y otros, deslumbrados por la ilusión engañosa a que suelen conducir las pasiones políticas, se sentían seguros de un triunfo inmediato. Los republicanos, los defensores de las instituciones democráticas que libremente se dio España, creían en el aplastamiento rápido, fulminante y total de la subversión; los otros, los rebeldes, los que se sublevaron para oponerse a la voluntad del pueblo, supusieron, también con error, que el predominio de sus armas iba a acallar inmediatamente, para sojuzgarlo, el pensamiento popular. Y el resultado fue que treinta y dos meses de guerra espantosa arruinaron a mi patria.»

¿Necesita más testimonios quien tan soezmente ha juzgado a Indalecio Prieto? Allí va otro párrafo de un discurso pronunciado por nuestro compañero el día 13 de julio de 1942 en el Teatro de la Comedia de La Habana:

«Pudiera haber quienes, en un campo o en otro, o en los dos, y esto último es lo más probable, se empeñen en cegar de nuevo el cauce por donde puedan discurrir las aguas tranquilas de la paz. Allí ellos con sus responsabilidades. Yo no les secundaré, yo no me sumaré a nada que aumente el odio o contribuya a dividir a los españoles. No tengo por qué repetir ahora, puesto que públicamente lo he dicho muchas veces, en quién recae, si no la única, la principal responsabilidad por lo que España ha sufrido y sufre. Me limito a declarar que no me sumaré a nada que signifique la continuación de los -odios, por los que los hombres, poseídos de afanes vengativos, se conviertan en fieras deseosas de cobrarse crímenes anteriores, y los pueblos parezcan así verdaderamente cabilas.»

Los testimonios que aducimos son de hace veinte años, de cuando el rencor estaba más vivo. En los discursos de Prieto se ha defendido siempre la necesidad de acabar con los odios políticos y religiosos, exigiendo como condición inalterable la de que el pueblo español vuelva a ser libre de sus destinos, sin que se le imponga por la fuerza ningún régimen. En el trabajo que comentamos se ha dibujado un Prieto que no existió nunca. Es inexacto que, perdida la guerra, dijera en París que dentro de seis meses estaría en Bilbao. Eso es absolutamente falso. Prieto estuvo acusado de pesimista. Lo cierto es que sus profecías se cumplieron ininidad de veces. Durante la guerra hizo cuanto pudo por humanizar la lucha. Antes de estallar la pelea, los tres ministros socialistas votaron, y Prieto habló en nombre de ellos, el indulto del general Sanjurjo. En la zona gubernamental estuvieron franquistas de tantas campanillas como Esteban Bilbao, De la Peña, Larraz, Fernández Cuesta y Serrano Súñer. Algunos estuvieron hasta encarcelados y fueron liberados. En todos estos canjes o libertades de franquistas intervino Prieto. ¿Dónde están los casos parecidos en la zona rebelde? Casi todos los hombres liberales, masones, republicanos, socialistas, comunistas o anarquistas a quienes el estallido fascista les sorprendió en esa zona pagaron con su vida. La ferocidad llegó a más. Llegó hasta a secuestrar y encarcelar a ex ministros de la República que disfrutaban de libertad en el extranjero, fusilándolos al llegar a España. ¿Es eso lo que aprueba ese alumno de la Escuela de periodistas creada hace años por El Debate, a inspiración de don Ángel Herrera? Es triste pertenecer a un país en el que los hombres, para combatir las ideas de otros hombres, apelan a semejantes procedimientos. Es triste y es bochornoso.

Ginebra, julio de 1962

XIII. El Mitin de Cuenca

Le Socialiste. París, 20 de diciembre de 1962

En un artículo de Víctor Alba titulado "Del pasado y del futuro", que acabo de leer en España Libre, de Nueva York, encuentro esta referencia a un libro descriptivo de los acontecimientos desarrollados en nuestro país durante la vigencia del régimen republicano:

«El segundo tomo de "Mi política en España", de Félix Gordón Ordás (México, 1962), explica la génesis de Unión Republicana y la descomposición del partido radical. Este libro, con todo el apasionamiento que no puede ni debe eludirse en la historia reciente, nos hace ver la tragedia que constituyó que la República no contara en su seno, para tender el puente a los conservadores con otra formación que los radicales. Gordón Ordás aporta datos muy interesantes, además, acerca de la constitución del Frente Popular, al que él se opuso con razón. Las elecciones de 1936 se habrían ganado igual sin el Frente Popular y nos hubiéramos ahorrado la amarga experiencia de la demagogia frentista. Ojalá su recuerdo nos inmunice contra una reedición de ese mito...»

Hasta aquí la referencia de Víctor Alba, que tiene el mérito de ser una de las primeras que se escriben desde este lado de la barricada contra el Frente Popular de 1936, de tan lamentables consecuencias. En efecto, el señor Gordón Ordás se opuso al Frente Popular y a la continuación de los ministros socialistas en el Gobierno de Azaña, figurando entre los defensores del Gabinete presidido por don Alejandro Lerroux, a la caída del Ministerio republicanosocialista.

La gestación del Frente Popular fue muy difícil. Con fecha 12 de abril de 1935, los republicanos firmaron unas bases tan moderadas, que ni siquiera figuraba en ellas la amnistía para los procesados por los sucesos de octubre. Los señores Azaña, Martínez Barrio y Sánchez Román, jefes de los tres partidos situados frente a los radicales, reclamaban el restablecimiento integral de los derechos constitucionales, con «la garantía de un régimen escrupulosamente legal para los presos políticos y sociales». De ahí no pasaban. Dos días después, Indalecio Prieto, en El Liberal de Bilbao publicó un artículo en el que estaba dibujado un Bloque electoral -que irritaba hasta el paroxismo a los socialistas llamados de izquierda, contaminados de bolchevismo-, enarbolando como bandera la amnistía que habrá de arrancarse en el Parlamento. ¿Hasta dónde llegaría ese Bloque? Ahí se agrandaban aún las diferencias de apreciación.

Contra sus planes, sin proponérselo, el verdadero artífice del Frente Popular fue don Manuel Azaña, con los tres memorables discursos de Mestalla, en Valencia; Lasessarre, en Bilbao, y Comillas, en Madrid. Azaña buscaba la unión de todos los ciudadanos liberales españoles para derrotar a la reacción, pero no para gobernar juntos después de la victoria en las urnas. El Azaña del discurso pronunciado al final del banquete en el Frontón Central de Madrid -14 de febrero de 1933-, pegado como una lapa al socialismo, se había esfumado después de los sucesos de octubre y de la división latente en nuestro campo. A continuación ofrecemos breves extractos de los interesantes discursos de Azaña, que removieron la conciencia de los ciudadanos españoles. En Mestalla, dijo:

«Finalmente, el partido de Izquierda Republicana afirma que esta obra, concertada, articulada y con el apoyo ofrecido solemnemente por todos, debe ser realizada desde el Poder por un Gobierno estrictamente republicano, ...lanzado a esta obra con los apoyos que he dicho...»

Por si no estuviera claro, en Bilbao se expresó así:

«La República no puede asentarse sobre ningún extremismo con probabilidades de duración, ni de la extrema izquierda ni de la extrema derecha, porque el solo hecho de llamarse extremismo prueba que tiene en contra las cuatro quintas partes del país... El ciudadano no se forma en la opresión y en la cárcel: se forma en la libertad y en la ciudadanía, en la convivencia de la democracia, y nosotros, manteniendo la democracia, hacemos más por la futura emancipación de todo el pueblo español que los más exaltados extremistas pueden imaginarse, porque en las cárceles, repito, se engendran la miseria y el dolor, pero no se engendra más que el heroísmo personal en algunos casos. La masa entera se pudre, se corrompe y se hunde moral y físicamente cuando está pisoteada y maltratada y cuando los caminos de la libertad y de la democracia están cerrados.»

Por último en Madrid estuvo más tajante aún:

«Si vuestro entusiasmo no va a durar más que veinticuatro horas,... ya podéis, desde hoy, ir a ponerlo en otra parte, porque el Gobierno republicano que ha de salir del triunfo electoral necesitará ser como la proa de una nave llamada a navegación difícil y tempestuosa, y si un día, como las cosas no saldrán perfectas, ni podrán salir perfectas, buscando una perfección imposible, o por inconsciencia o por frivolidad escucháis la propaganda de vuestros más acérrimos... enemigos, ¡ah!, entonces considerad que hay experiencias que no se pueden repetir indefinidamente... La dictadura es una consecuencia o una manifestación política de la intolerancia; su motor es el fanatismo y su medio de acción, la violencia física. La dictadura conduce a la guerra y allana los caminos de la revolución en contra de aquello mismo que la dictadura se propone defender; entontece a los pueblos o los enloquece. Y antes de todo en la vida, incluso antes que el régimen político, es la libertad de juicio y de independencia de espíritu, a la que nosotros no estamos dispuestos a renunciar.»

Víctor Alba, en su libro *Historia de la segunda República española*, aludiendo al programa elaborado por los partidos implicados en el Frente Popular, dice:

«El partido socialista, inspirado por la visión doctrinal de Luis Araquistáin, había solicitado la nacionalización de la tierra y de la banca, el control de ciertas industrias y el subsidio de paro forzoso. Los republicanos se niegan a aceptar estas medidas y el pacto se firma, sin embargo, porque ante todo, es preciso acabar con el desgobierno del país y con la amenaza constante de un golpe de Estado. "Los republicanos no conciben una República dirigida por motivos sociales y económicos, sino un régimen de libertad democrática impulsado por motivos de interés público y de progreso social", dice el pacto.»

El texto es de Azaña, aunque no lleve su firma. Pero sí la lleva la siguiente declaración que hace a un redactor de *Paris-Soir*, al tomar posesión de la jefatura del Gobierno, después de la victoria electoral:

«Antes de las elecciones redactamos un programa de reformas mínimas. Entendemos cumplirlo. Quiero gobernar de acuerdo con la ley. Nada de innovaciones peligrosas. Deseamos paz y orden; somos moderados.»

Los discursos de Azaña -lo reconoce así don Diego Martínez Barrio en una de sus publicaciones-hicieron desviar la trayectoria de los partidos republicanos. Azaña no fue nacionalista, y a pesar de ello llegó a conquistar el corazón de los catalanes. No era socialista -lo reiteró ininidad de veces-, pero tras de él se alinearon las masas obreras, depositando en sus manos la dirección de la República. Fue el hombre mejor dotado para haber llevado a cabo la célebre frase de don Antonio Maura: "Hay que hacer la revolución desde arriba para evitar que se haga desde abajo." ¿Por qué no lo hizo? Eso no corresponde analizarlo en este momento.

El historiador señor García Venero, con testimonio que aduce para comprobar su exactitud, dice lo siguiente:

«El Frente Popular se elaboró bajo la dirección de Felipe Sánchez Román y, por cierto, en el domicilio de uno de sus amigos íntimos. En las primeras reuniones figuraron Izquierda Republicana, Unión Republicana, el Partido Socialista y el Nacional Republicano, que dirigía el mismo Sánchez Román. Pero éste no firmó el pacto. Postulaba fundamentales divergencias. Quería que las Juventudes Socialistas depusieran las armas, renunciando a su carácter de milicias; excluir del pacto al partido comunista; acatamiento absoluto al Poder central de la República; fin del dualismo PSOE-UGT a fin de que la representación gubernamental comprometiera a ambas organizaciones; supresión de todas las leyes y decretos de carácter excepcional; libertad de todos los presos políticos de cualquier filiación y prensa libre.»

Aún sin entrar en el pacto, el señor Sánchez Román se avino a que figurara el partido comunista en el Frente electoral; pero éste se extendió al POUM y al partido sindicalista. La adhesión del POUM no estorbó entonces la de los stalinistas. La de los amigos de Pestaña apartó todavía más a la CNT. Reunida esta organización el 25 de enero de 1936 en el cinema Meridiana, de Barcelona, se leyó allí un mensaje de la Asociación Internacional de Trabajadores propugnando ardorosamente la abstención electoral. Vanagloriándose de la derrota sufrida por las izquierdas en las elecciones de noviembre de 1933, se decía en ese documento:

«La voz de la CNT fue escuchada. La propaganda abstencionista tuvo un éxito clamoroso. El número de no votantes fue tan enorme, que provocó el derrumbamiento de las izquierdas. Hoy, España es llamada de nuevo a las urnas. ¿Han cambiado las cosas? No... El caso de conciencia ante el cual se encuentran los militantes y los adherentes a nuestra Central española debe ser rápida y categóricamente resuelto, sin ningún oportunismo, sin ningún compromiso, sin ninguna desviación: No se votará.»

La asamblea de la CNT adoptó por unanimidad las conclusiones de ese informe de la Internacional. Aunque no se trataba de un Congreso, sus delegados representaban el espíritu del anarquismo español. Por fortuna, la inmensa mayoría de sus afiliados tuvieron clara visión de lo que se ventilaba el día 16 de febrero y con su voto contribuyeron a desplazar del Gobierno a los partidos conservadores.

Al igual que el señor Sánchez Román, don Diego Martínez Barrio no era partidario del Frente Popular. Creyendo que Azaña se bastaría para dominar la situación, puso su firma en el manifiesto de conjunto. Hablé con él la antevíspera de las elecciones del 16 de febrero en Cáceres, designado por la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista, a pesar de que yo no era candidato, defendiendo la lista electoral que por allí luchaba y que por allí triunfó. Don Diego estuvo en su discurso tan circunspecto como siempre: una de cal y otra de arena. ¡Cómo sabía eludir las situaciones difíciles! Años más tarde, al comentar estos acontecimientos, escribió lo siguiente, donde está reflejado su auténtico pensamiento:

«Si las grandes sindicales obreras o los partidos socialista y comunista discrepaban de nuestros puntos de mira, ¿por qué no lo manifestaron? ¿Por qué se allanaron a un pacto cuyo compromiso fundamental consistía en la consolidación del régimen republicano establecido el año 31 y de su carta constitucional? El acoso a los gobernantes republicanos, previsto y temido, fue la dificultad mayor con que se tropezó después de la victoria electoral de 1936.»

El triunfo correspondió a las izquierdas, pero ni fue clamoroso ni indiscutible. Con las cifras de ese escrutinio se han hecho toda suerte de cubileteos. Como se dice al principio de este trabajo, la victoria habría sido idéntica si la conjunción se hubiera limitado a los partidos republicanos con el socialista. El Frente Popular consolidó al comunismo, que no había obtenido representación parlamentaria hasta entonces, porque los dos diputados que actuaron en las Cortes anteriores vencieron sin fuerza propia, sin haber logrado el acta con etiqueta moscovita.

Digamos más. Las elecciones de 1933 no constituyeron una derrota en votos de izquierda. Gil Robles tuvo en 1936 más sufragios que en 1933, y consiguió menos diputados. En 1933 las derechas se unieron y las izquierdas, cometiendo una falta de la que quisieron hacer responsable a don Niceto Alcalá-Zamora, se fraccionaron hasta el infinito. Esta es la verdad. El Frente Popular no era preciso para obtener la amnistía, como se obtuvo en 1917, sin que entonces hubiera en España un régimen republicano.

EL Gobierno de Azaña tenía mayoría en la Cámara, pero estaba condicionada su actuación al apoyo de los 110 diputados socialistas y comunistas. Esa condición no era grata a la mayoría de los republicanos, como acabamos de ver en las frases reproducidas de un trabajo del señor Martínez Barrio. Hubo, pues, batalla parlamentaria alrededor de la Comisión de Actas, presidida por Indalecio Prieto, que renunció a ese puesto por la dificultad en que se encontró de proceder con imparcialidad. Por fin, sólo fueron anuladas las elecciones verificadas en Granada y Cuenca. En nuevas elecciones, por la capital andaluza vencieron las izquierdas, lo que era normal. Por Cuenca triunfaron las izquierdas, utilizando los resortes gubernativos, auxiliados los delegados del gobernador civil por los jóvenes socialistas de «La Motorizada», que Prieto puso al servicio de aquella lucha, sin contar con el Comité del Partido, en un rasgo personal de los que frecuentemente le dominaban.

Prieto se daba cuenta del simbolismo nacional que significaba la lucha electoral en Cuenca, por donde las derechas habían triunfado, sin obtener todos sus candidatos el 40 por 100 de los votos exigidos por la ley. ¿por qué aprobaron las derechas la nulidad de las elecciones de Cuenca? Lo hicieron para poder presentar otros candidatos de mayor

fuste en aquella provincia, como el general Franco y José Antonio Primo de Rivera, jefe del falangismo, cuyo partido había mantenido candidaturas por media España sin alcanzar la victoria por ninguna parte. Las derechas creyeron oportuno concentrar en esos dos nombres su fuerza tradicional para llevarlos al Parlamento. Tropezaron con Indalecio Prieto, quien, cerrándoles el paso, les hizo fracasar. ¡Pero cuántos sinsabores sufrió! El día 1.º de mayo de 1936, en el Teatro Cervantes de Cuenca, en unión de los señores Serrano Batanero -fusilado por el franquismo el 24 de febrero de 1940- y González López, representantes de los partidos republicanos, Indalecio Prieto pronunció un discurso electoral, una arenga clamorosa, de la que extractamos lo que sigue:

«Ha desaparecido de la candidatura de Cuenca el nombre del general Franco. Yo me felicito sinceramente de tal desaparición. He leído en la prensa manifestaciones de ese general según las cuales su nombre se incluyó en la candidatura por Cuenca contra su voluntad, sin su autorización. No tengo por qué poner en duda la sinceridad de esas manifestaciones, aunque he de decir también, no pudiendo recatar la sinceridad mía, que hubiera preferido que esa rectificación del general Franco se hubiera producido con anterioridad al justo acuerdo de la Junta provincial del Censo que lo eliminó de la candidatura. No he de decir ni media palabra en menoscabo de la figura del ilustre militar. Lo he conocido de cerca, cuando era comandante. Le he visto pelear en África, y para mí, el general Franco, que entonces peleaba en la Legión a las órdenes del hoy también general Millán Astray, llega a la fórmula suprema del valor, es hombre sereno en la lucha. Tengo que rendir este homenaje a la verdad. Ahora bien, no podemos negar, cualquiera que sea nuestra representación política y nuestra proximidad al Gobierno -y no lo podemos negar porque al negarlo sobre incurrir en falsedad, concluiríamos por patentizar que no nos manifestábamos honradamente-, que entre los elementos militares, en proporción y vastedad considerables, existen fermentos de subversión, deseos de alzarse contra el régimen republicano, no tanto por lo que el Frente Popular supone en su presente realidad, sino por lo que, predominando en la política de la nación, representa como una esperanza para un futuro próximo.

»El general Franco, por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el ejército, es hombre que, en momento dado, puede acaudillar con el máximo de probabilidades -todas las que se derivan de su prestigio personal-, un movimiento de este género.

»No me atrevo a atribuir al general Franco propósitos de tal naturaleza. Acepto íntegra su declaración de apartamiento de la política. ¡Ah!, pero lo que yo no puedo negar es que los elementos que, con autorización o sin autorización suya, pretendieron incluirle en la candidatura de Cuenca, buscaban su exaltación política con objeto de que, investido de la inmunidad parlamentaria, pudiera, interpretando así los designios de sus patrocinadores, ser el caudillo de una sublevación militar. Si esto es así, y su evidencia resulta mayor después de las declaraciones del general Franco, ¿qué valor tienen las protestas de legalidad que constantemente vienen formulando, cuando menos en el Parlamento, las fuerzas de derecha? Si las fuerzas de derecha, en vez de reñir la batalla en el terreno limpio de las ideas, buscan cobardemente un caudillo militar que provoque una subversión y que se ponga al frente de ella, ¿qué valor atribuir a las manifestaciones de sus líderes? ¿No pierden, en realidad, toda virtud sus palabras, cuando éstas no resisten siquiera el primer choque con los hechos demandados de su conducta? ¿Qué se busca aquí? A través de una provincia, cuya ciudadanía se supone reducidísima por el sometimiento de la masa general de los electores a las personas que mantienen un régimen caciquil, se busca la investidura parlamentaria para un caudillo militar. El problema tiene, a mi juicio, gravedad extraordinaria en las presentes circunstancias y por eso paro mi atención en él...

»A medida que la vida pasa por mí, yo, aunque internacionalista, me siento cada vez más español. Siento a España dentro de mi corazón, y la llevo hasta en el tuétano mismo de mis huesos. Todas mis luchas, todos mis entusiasmos, todas mis energías, derrochadas con prodigalidad que quebrantó mi salud, los he consagrado a España. No pongo por encima de ese amor a la patria sino otro más sagrado: el de la justicia...

»El gobernante es, por lo común -salvo aquellos excepcionalismos que aparecen nimbados por la aureola de la Historia, y que lo son en número muy reducido-, un hombre débil, entregado al oleaje de las pasiones populares, y muchas veces sin fortaleza para empuñar firmemente la caña del timón y conducir la nave al puerto de salvación.

»¿Seremos capaces de construir España? Tengo mis dudas; mas estas dudas no llegan, aun siendo algunas de ellas muy profundas, a anular la claridad de mi optimismo. Podremos ser capaces. Yo, observador -no imparcial ni sereno, porque no puedo serlo, sino apasionado- de la vida política de mi país, me explico perfectamente, aunque no los justifique, los espasmos de la violencia a que se han podido entregar desde el triunfo del Frente Popular sectores o grupos del proletariado. Eso tiene una explicación, y en la explicación brota, como el agua del manantial, la responsabilidad de las clases directoras españolas. Ha habido excesos, ha habido desmanes. No cumple a hombres de mi formación ni de mi experiencia alentarlos. No lo hago. Me los explico simplemente y digo que la responsabilidad surge de las provocaciones constantes e hirientes de quienes no quieren someterse a la voluntad popular tan limpiamente manifestada en los comicios el 16 de febrero..

»Si mi voz se oye fuera de aquí diré para vosotros y para quienes estando fuera de aquí reciban el eco palpitante de mis palabras: ¡Basta ya! ¡basta ya! ¿Sabéis por qué? Porque en esos desmanes, cuya explicación os he dado, no veo signo alguno de fortaleza revolucionaria. Si lo viera, quizá lo exaltase. No, no. Un país -conste que mido bien mis palabras- puede soportar la convulsión de una revolución verdadera. Tras ella, si el fracaso surge, el régimen contra el cual se ha combatido, que, al fin y al cabo, es un sistema, defectuoso o no, se ha fortalecido, si quienes están al frente del Gobierno, despojándose del hábito ancestral de la crueldad, saben reprimirlo dentro de los estrictos límites jurídicos y con humanitaria benevolencia...

»La convulsión de una revolución, con un resultado u otro, la puede soportar un país; lo que no puede soportar un país es la sangría constante del desorden público sin finalidad revolucionaria inmediata; lo que no puede soportar una nación es el desgaste de su poder público y de su propia vitalidad económica, manteniendo el desasosiego, la zozobra y la intranquilidad. Podrán decir espíritus simples que este desasosiego, esta zozobra esta intranquilidad, la padecen sólo las clases dominantes. Eso a mi juicio, constituye un error. De ese desasosiego, de esa zozobra y de esa intranquilidad, no tarda en sufrir los efectos perniciosos la propia clase trabajadora, en virtud de trastornos y posibles colapsos de la economía, porque la economía tiene un sistema a cuya transformación aspiramos, pero que mientras subsista hemos de atenernos a sus desventajas, y entre ellas figura la de reflejar dolorosamente sobre los trabajadores la alarma, el desasosiego y la intranquilidad de las clases dominantes.

»Lo que procede hacer es ir inteligentemente a la destrucción de los privilegios, a destruir la cimentación en que esos privilegios descansan; pero ello no se consigue con excesos aislados esporádicos, que dejan por toda huella del esfuerzo popular unas imágenes chamuscadas, unos altares quemados o unas puertas ennegrecidas por las llamas. Yo os digo que eso no es revolución. Porque el fascismo necesita de tal ambiente; el fascismo, aparte todos los núcleos alocados que puedan ser sus agentes ejecutores sin detenerse siquiera ante la vileza de la alevosía, no es nada por sí, si no se le suman otras zonas más vastas del país entre las cuales pueden figurar las propias clases medias, la pequeña burguesía, que viéndose atemorizada a diario y sin descubrir en el horizonte una solución salvadora, pudiera sumarse al fascismo... Por ahí ni se va a la consolidación de la democracia, ni se va al socialismo, ni se va al comunismo; se va a una anarquía desesperada, que ni siquiera está dentro del ideal libertario; se va a un desorden económico que puede acabar con el país. Nosotros tenemos que ofrecer al régimen nuevo que implante la justicia social, no un país en ruinas, sino una España floreciente y vivificada por nuestro amor.»

El discurso de Indalecio Prieto en Cuenca el 1.º de mayo de 1936 fue objeto de elogios y de censuras. De todo ello trataremos en un próximo trabajo, dejando a nuestros lectores que releen y mediten las palabras de nuestro gran desaparecido.

Ginebra.

XIV. Cartas a un escultor

Le Socialiste. París, 14 de febrero de 1963

El escultor es Sebastián Miranda. Por desgracia, el autor de las cartas, Indalecio Prieto, no llegó a ver terminado el libro en que están recogidas, remitido por el editor Losada desde Buenos Aires, improvisando un ejemplar para satisfacer la impaciencia de nuestro correligionario, el día mismo en que éste espiraba en la capital mexicana.

Sebastián Miranda, artista ovetense, se reveló en Madrid en 1921 en una exposición de sus obras, a base de esculturas de gitanos, venustianas, gentes del mar, políticos populares y afamados toreros, como Juan Belmente, de quien fue gran devoto así como de Julio Camba, Ramón Pérez de Ayala, Gregorio Marañón, Ramón del Valle-Inclán, "Azorín" y Domingo Ortega, otro torero de tronío.

Indalecio Prieto figuraba entre los íntimos de Sebastián Miranda. En su artículo "El tercer entorchado" tiene referido cómo conoció al general Valeriano Weyler al visitar a Sebastián Miranda en el estudio que éste alquiló en la finca donde vivía don Valeriano, propiedad suya, en el paseo de Rosales, esquina a Marqués de Urquijo. El ático utilizado por Miranda era el mismo que le había servido de taller al pintor eibarrés Ignacio Zuloaga.

En 1930, en las semanas que duró la conspiración republicanosocialista para derrocar el régimen de Alfonso XIII, estando Prieto una tarde en el café Regina de Madrid, el periodista lerrouxista César Jalón le advirtió que en la puerta de aquel establecimiento estaban dos policías con orden de conducirlo a la Dirección de Seguridad, donde actuaba de jefe el general Mola.

Prieto esquivó a sus perseguidores refugiándose en casa de Sebastián Miranda, quien la noche de este episodio le había invitado a cenar en compañía de Ramón Pérez de Ayala, Juan Belmonte y Ramón del Valle-Inclán. Por entonces, el escultor había contraído matrimonio con una dama ovetense, muy bien relacionada con doña Carmen Polo, y había trasladado su residencia al Parque Metropolitano, Avenida de la Moncloa, 18, donde además tenía instalado su estudio. Allí pasó Prieto algunos días, los suficientes para servir de modelo al escultor, quien hizo varias reproducciones suyas, una de las cuales conservaba en México. Las otras, en momento oportuno lucirán de nuevo en algunos salones españoles, cuando nuestro país recobre la libertad perdida.

Al estallar la sublevación militar, el domicilio-estudio de Sebastián Miranda quedó dentro de la zona de mayor peligro, utilizada para ejecuciones sumarias a cargo de partidas incontroladas. El matrimonio asturiano, aterrorizado, visitó a Prieto para rogarle facilitara su salida con dirección a París, haciéndolo así con la mayor premura nuestro amigo. Durante la expatriación, falleció la esposa de Sebastián Miranda, aumentando la congoja que éste sufría al conocer que su vivienda había sido saqueada y sus obras de arte estúpidamente destrozadas, una de ellas, la más genial, "Los trabajadores del mar", retablo donde había reflejado maravillosamente una serie de tipos de singular relieve humano, escogidos entre los pescadores de Cimadevilla, en el puerto de Gijón. Es muy explicable el resquemor que el artista ovetense guarda en el espíritu contra las bandas que asaltaron su estudio. Esos y otros recuerdos, narrados con sorna genuinamente asturiana, le están sirviendo ahora a Sebastián Miranda para colaborar como cronista en ABC, eclipsando con la salsa de sus relatos a muchos astros de similor del vetusto diario madrileño.

Cartas a un escultor, según definición del propio Indalecio Prieto, "forman un montón de pequeños detalles relativos a grandes sucesos". Son la réplica a un artista afamado, que alardeando de no tener ideas políticas, está dibujado como conservador y amante de la vida placentera. Prieto le conocía bien, y sabía que en su pensamiento no quedaba sino la explicable amargura, difícil de borrar, ante el destrozo sufrido durante la guerra por sus obras de arte. Por eso no le irritaban las cartas de Sebastián Miranda. «Escri-

tas por otro cualquiera, dice al final del prólogo-, mi acogida se habría limitado a un desdeñoso silencio o a un puñado de injurias.»

¿De qué tratan las cartas de Prieto? En primer lugar, del "Vita", lujoso barco filipino con bandera norteamericana, que sin conocimiento de Prieto se presentó en México, fletado por Negrín y con destino a uno de sus amigos, ausente por entonces de aquella capital. El "Vita" estaba lleno de maletas con alhajas y otros objetos de valor. Al atracar el barco y comprobar el cónsul norteamericano que a su bordo no iban pasajeros de esa nacionalidad se apresuró a desabanderarlo. Y esa fue la señal de pánico. El capitán se dirigió a Prieto y le planteó el peligro de que las autoridades mexicanas comprobasen que la mercancía era contrabando y le pidió que se incautara de todo ello.

Haciendo uso de su amistad con el presidente Lázaro Cárdenas, Prieto se puso al habla con él, informándole con exactitud de los hechos, y el presidente, comprendiendo que aquella fortuna podría aliviar infinitas miserias de millares de españoles refugiados, autorizó el desembarco, bajo la protección de fuerzas adictas suyas, con la condición de que Prieto fuese quien respondiera de todos aquellos bienes.

Prieto no podía faltar a la promesa dada, pero necesitaba salvar su responsabilidad y garantizar la integridad de cuanto había transportado el "Vita", a cuyo efecto fueron nombrados claveros de esos bienes el general don Sebastián Pozas y el veterano correligionario Anastasio de Gracia, los dos ex ministros de la República.

Planteado el caso a los ex presidentes del Gobierno republicano don José Giral y don Augusto Barcia, y a los ex ministros don Félix Gordón Ordás y don Sebastián Pozas, los cinco determinaron ofrecer esos bienes a la Diputación Permanente de las Cortes que residía en París, donde había delegación de todos los partidos. Este organismo examinó la propuesta y la rechazó; nombró, en cambio, una Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), presidida por el ex diputado republicano don Luis Nicolau d'Oliver, con vocales de todas las tendencias no representadas en el SERÉ, organismo creado por Juan Negrín y sus amigos en rebeldía contra la Diputación Permanente de las Cortes.

Para la pequeña historia, no sobraría decir que yo rechacé un nombramiento que en mi favor hizo la JARE de París, cuya comunicación conservo ofreciéndome un puesto retribuido de los que por entonces proliferaron.

Entre los que intervinieron en la JARE de México figuró el ex ministro don Emilio Palomo, a quien obligaron a dimitir, al comprobar su lamentable actuación. Los otros delegados, con Prieto, fueron don José Giral y don José Andreu, presidente del Tribunal de Casación de Cataluña.

En España y fuera de España se ha censurado a nuestro amigo como si hubiera sido el único administrador de lo que el "Vita" llevó a México, lo cual queda suficientemente rectificado en las cartas dirigidas al escultor Sebastián Miranda. Por otra parte, se olvida recordar que Prieto intentó deshacerse de esos bienes, entregándolos a Franco, con la garantía de que fuese respetada la vida de los republicanos españoles que quisieran reintegrarse a la patria. He aquí cómo narra Prieto esta iniciativa suya:

«Dándose cuenta de que, fuese cual fuese la valía del cargamento -entonces completamente desconocida para nosotros-, no bastaría a cubrir las necesidades de más de medio millón de españoles que se expatriaron, la Junta de Auxilio me facultó para hacer una negociación encaminada a que, mediante debidas garantías, Franco admitiera la repatriación sin represalias, de la inmensa mayoría de los exiliados, quedándonos fuera de España 2.000, 3.000 ó 4.000 que, por nuestras funciones gubernativas o directoras él considerara inadmisibles. Esta proposición la negocié en París con José Félix de Lequerica. Las entrevistas se celebraron en casa de Teófilo Hernando y a Lequerica le acompañó, aunque sin asistir a las conversaciones, el entonces agregado militar a la Embajada, Antonio Barroso, hoy ministro del Ejército. Lequerica estaba por entero conforme con mi proposición y abrigaba esperan-

zas de que en Burgos fuese aceptada; pero en Burgos, después de algunas vacilaciones, la desecharon.»

Prieto cita seguidamente otra gestión suya que históricamente tiene también interés:

«Había quedado fuera de las autoridades mexicanas algo muy valioso, cuyos poseedores eran perfectamente conocidos: el radium del Instituto del Cáncer, de Madrid; el del hospital que en Madrid dirigía el doctor Várela Radío -fallecido, agrego yo, cuando se reproducen estas líneas-, y el de la Casa de Salud de Valdecilla, de Santander. Por mí y ante mí, sin contar con nadie, dispuse la entrega de ese radium, cuyo valor alcanzaba a casi medio millón de dólares, a las mencionadas instituciones benéficas. Por cierto que el general Franco hizo decir en sus periódicos que la restitución del radium se había debido a gestiones suyas, cuando no intervino absolutamente para nada, sino para dar órdenes a su representante diplomático en La Habana a fin de que se hiciera cargo de tan valiosísimo material, que le fue entregado por el presidente Batista, en cuyas manos lo puse yo, utilizándole de intermediario. No quiero ocultarte -le dice a Sebastián Miranda- que ese representante diplomático se creyó en el caso de darme las gracias en forma personal y efusiva por mi rasgo.»

El delegado nombrado por nuestro Partido, a propuesta de Indalecio Prieto, para administrar esos bienes, fue Amador Fernández, quien se negó rotundamente. Entonces fue cuando Prieto tuvo que pechar con esa gestión, por exigencia de los otros grupos políticos, teniendo en cuenta, además, el compromiso contraído con el general Lázaro Cárdenas. Al finalizar éste su mandato político, el nuevo presidente, Avila Camacho, ordenó la incautación de todo lo de la JARE, nombró nuevos administradores y finalmente éstos hicieron una liquidación que entregaron al Gobierno de la República en la emigración reconocido por México.

Sebastián Miranda, en sus cartas, se lamentaba ante Prieto de que hubiese quedado impune el crimen cometido contra Calvo Sotelo, "crimen tan odioso como insensato", agrega por su cuenta nuestro correligionario. Ese y otros calificativos por el estilo, ¿los han insertado la prensa franquista o los personajes de ese régimen cuando se ha tratado de otros crímenes tan odiosos como insensatos, perpetrados en la zona facciosa? Han pasado ya muchos años y ese lenguaje nunca le hemos encontrado entre los que aspiran a monopolizar el patriotismo y el sentido cristiano de la historia. Cuando hablaba como cuando escribía. Prieto volcaba lo que le dictaba su generoso corazón.

En efecto, el crimen cometido con Calvo Sotelo fue una insensatez, de la que resultaron gananciosos los militares concertados desde mucho antes para sublevarse contra la República. En el mundo entero circuló la versión de que el movimiento del 18 de julio era una réplica del 12 de dicho mes. De esa versión, años más tarde, seguía haciéndose eco, de buena fe, Sebastián Miranda. Pero esa versión era falsa. Prieto para desvanecer los puntos de vista del escultor asturiano, acumula textos irrefutables. He aquí algunos

«Pero la prueba más incontrovertible de la antigüedad de tales preparativos -los de la sublevación militar- consta en documento manuscrito de Antonio Goicoechea que se encontró al ser registrado el domicilio de éste. Dicho documento, de puño y letra del ex ministro monárquico, es el borrador del acta de una reunión que él, el general Emilio Barrera, Rafael Olazábal y Antonio Lizarza, tuvieron con Mussolini en Roma el 31 de marzo a las cuatro de la tarde, reunión en la cual se convino que Italia ayudaría con todos sus medios la proyectada sublevación y como anticipo, el "duce" entregó a los emisarios 1.500.000 ptas., 20.000 fusiles, 20.000 granadas de mano y 200 ametralladoras, armas que fueron remitidas inmediatamente a España vía Portugal, y depositadas secretamente en iglesias y conventos españoles, principalmente de Navarra. Uno de los firmantes, el carlista navarro Antonio Lizarza, ha reconocido la autenticidad de dicho documento y lo ha reproducido textualmente en un libro suyo donde hace historia de los preparativos para la sublevación en los cuales tomó principalísima parte. Como dato curioso te apunto -le dice Prieto a Miranda- que Lizarza, detenido en el aeropuerto de Burgos cuando regresaba de Portugal después de haber confe-

renciado con Sanjurjo, rodó por diversas cárceles de España, y en la de Alicante le puso en libertad el comunista Monzón, gobernador civil de aquella provincia, quien, además, engañando a Julián Zugazagoitia, ministro de la Gobernación, consiguió para el mencionado carlista un visado que le permitió salir desde el aeropuerto de Altea, en Alicante, y llegar sin contratiempo a Toulouse, de donde marchó a Pamplona para ser objeto allí de un colosal y apoteósico recibimiento. Son muy curiosos estos enlaces entre elementos extremistas de las tendencias más opuestas.»

El Gobierno desconoció todo lo relacionado con el atentado contra Calvo Sotelo hasta que se descubrió su cadáver en el Cementerio del Este. Es falso que Prieto interviniera en nada de eso, y mucho menos en su gestación, que fue un acto espontáneo de un grupo de guardias de Asalto, en represalia por el crimen -tan odioso como insensato-cometido por los falangistas contra el teniente Castillo de dicho Cuerpo.

Descubierto el crimen ¿lo silenció el Gobierno? De ninguna manera. Intervino el Juzgado

competente con toda actividad, y si no hubo lugar a tomar determinaciones contra los autores se debió a que poco después estallaba la sublevación militar. Prieto da cuenta de algunos detalles de sumo interés en las siguientes líneas, relacionadas con tan histórico acontecimiento:

«Decidieron -los guardias de Asalto- detener a Calvo Sotelo y fueron en busca de él a su casa. Condes se identificó como capitán de la guardia civil y a él se entregó el diputado monárquico, luego de comprobar, por la pareja de guardias encargados de custodiar su domicilio, que los aprehensores eran efectivamente guardias de Asalto. Calvo Sotelo bajó a la calle entre los guardias al mando del capitán Condes. Éste dio al chófer una orden: "A la Dirección de Seguridad." Y el chófer tomó el rumbo que se le indicaba. Pero un panadero apellidado Cuenca que se había sentado en una de las banquetas del autobús descubierto, detrás precisamente de Calvo Sotelo, sacó sigilosamente su pistola. Alguien que iba a su lado quiso detenerle el brazo, pero Cuenca -todo en silencio-, con gesto imperioso, le ordenó mantenerse quieto, y aplicando el cañón del arma a la nuca del detenido disparó, al mismo tiempo que decía: "Al cementerio."»

Condes y Cuenca murieron en uno de los primeros combates librados en Somosierra, por lo que no hubo lugar, dice Prieto a su amigo el escultor, a tomar ninguna otra determinación. Seguramente que Miranda no conocía esa auténtica versión de aquel hecho, tan explotado por quienes en ese y en tantos otros casos han falseado la historia para escribirla caprichosamente. Por desgracia, la historia, la de ambos bandos, es demasiado triste y está tan llena de sangre, que no hubiera sido preciso enfangarse más en sus detalles.

En las cartas del escultor asturiano hay cargos contra Prieto por no haberse prestado a presidir el Gobierno cuando Azaña se lo ofreció. «Tú sostienes -le dice a Sebastián Miranda- que si yo me hubiera hecho cargo del Gobierno hubiese estado rodea

«Cuando Manuel Azaña fue elegido presidente de la República, se presentó en mi casa a las diez de la noche Santiago Casares Quiroga para llevarme a presencia del presidente, en la Casa del Príncipe, en El Pardo'. Me sorprendió este encargo. Fui con Casares a El Pardo. Azaña me preguntó si yo estaba seguro de que mi Partido me apoyaría en caso de que él me designara jefe del Gobierno. Le contesté negativamente, porque entonces la mayoría del Partido, y desde luego la de su grupo parlamentario, estaban devotamente adheridas u. Francisco Largo Caballero. Sin más presión cerca de mí que esa única pregunta, Azaña respondió:

"Entonces voy a nombrar presidente a Casares Quiroga." "Eso es cuenta de usted", le contesté. ¿Tú crees que si Azaña hubiese tenido verdadero deseo de encargarme de la jefatura del Gobierno me habría hecho acompañar de Casares Quiroga, quien ya estaba en su mente para ocupar tal cargo?... Azaña quería un Gabinete doméstico y yo no servía para funciones domésticas, por lo cual implícitamente, estaba rechazado por él, aunque al día si-

guiente de la escena que te refiero me llamase a Palacio para encargarme oficialmente del Gobierno, pero bajo la seguridad de que yo no podía ni debía aceptar.»

Este mismo punto de vista lo expuse yo en estas columnas en uno de mis anteriores trabajos, "Azaña residía en La Quinta de El Pardo. con textos, no de Prieto, sino de los principales personajes republicanos. Azaña estaba arrepentido del discurso que pronunció en el célebre banquete del Frontón Central dado en su honor, y en el que se pasó de la raya al dar la impresión de que la unión entre él y nuestro Partido era algo consustancial para la vida de la República. Y no lo era ni lo fue nunca, porque Azaña no pasaba de ser un liberal sin ninguna simpatía por los verdaderos postulados del socialismo.

Azaña, por otra parte, no tenía fe en casi ninguno de sus colaboradores. Sus Memorias lo prueban hasta la saciedad. Por eso no es de extrañar que cuando Prieto les advirtió del peligro que representaban los trabajos llevados a cabo por los militares contra la República, no le creyeran. Ante la historia. Prieto tiene a salvo su responsabilidad. He aquí otra prueba:

«Cuando el doloroso suceso ocurrió -la muerte de Calvo Sotelo-, yo no sostenía relaciones con el Gobierno. Había aguantado respuestas desdeñosas de su jefe. Casares Quiroga, cuantas veces fui a advertirle, aduciendo datos fidedignos, el peligro de la sublevación. Pero cierta tarde que en el Congreso le hablé acerca de lo mismo, me respondió irritadísimo: "No me fastidie usted más con sus cuentos de miedo y déjeme en paz. Usted sufre ya de la menopausia, y trastornos propios de ésta le inspiran sus invenciones." Aquello desbordó mi aguante. Del despacho de ministros pasé al salón de sesiones, subí al estrado presidencial y dije a Martínez Barrio, pues quería que alguna persona calificada lo conociese, cuanto acababa de ocurrirme con Casares. A éste no volví a verle hasta la mañana del 17 de julio, pues conociendo yo la sublevación iniciada en Marruecos, fui a ponerme a su disposición.»

La verdad es que Indalecio Prieto conoció el comienzo de la sublevación antes que el Gobierno de la República y desde luego, antes que Casares Quiroga. Y es verdad igualmente que tuvo noticia fidedigna de que el movimiento militar iba a estallar, como la tuvieron, por otros conductos, Alcalá-Zamora, que "pretextando una excursión de recreo por el Norte de Europa, salió de España con toda su familia", dice Prieto. Lo supo don Alejandro Lerroux, como lo refiere él en sus Memorias, y después. Prieto, que informó de ello a Luis Jiménez de Asúa, «quien -agrega el autor de Cartas a un escultor-, atendiendo mi consejo, atravesó la frontera y al día siguiente me comunicó que se encontraba en Hendaya.»

Prieto termina este capítulo, tan sugestivo como todos los que se reúnen en este librito, con las siguientes frases

«Basta y sobra con lo escrito, que no lo trazo sólo para tí, sino también para mí, porque con ello recapitulo episodios interesantes y trágicos de la vida española, y para algunos amigos que, luego que yo desaparezca, estimen conveniente hacerlo público.»

Entre esos amigos estaba don Gregorio Marañen, a quien le abrían en Madrid, al llegar, la correspondencia que recibía de Prieto. Ambos lo sabían, y Prieto sentía especial placer en ello, para que de ese modo se informaran de sus puntos de vista, sin veladuras, los encargados de ejercer la censura en el régimen franquista.

Copia de estas cartas obra igualmente en mi poder. Prieto no pensaba entonces en darlas a la publicidad, y reiteradamente me tenía rogado no utilizara estos y otros trabajos suyos, que conservo como oro en paño mientras él no desapareciera de entre nosotros. Por mí, nadie supo nunca nada.

Prieto decidió publicar estas cartas, donde hay trozos de sus discursos más celebres - el de Cuenca, uno de ellos del que seguiré escribiendo- para evitarse tener que redactar

cartas aclaratorias en respuesta a versiones más o menos deformadas de los episodios en los cuales tomó parte tan principal. Por desgracia, no llegó a ver el ejemplar que Losada le había preparado. Pero el libro está ahí, hará su labor, y quienes deseen informes de primera mano, tendrán que contar con los textos de Indalecio Prieto, que con el tiempo adquirirán aún mayor relieve histórico.

Ginebra, febrero de 1963

De mi vida - Un libro de Indalecio Prieto

Le Socialiste. París, 30 de septiembre de 1965

Con este título, Ediciones "El Siglo", de México, acaba de publicar una serie de artículos de Indalecio Prieto, admirablemente presentados por Impresiones Modernas, de la citada capital, cuyo prestigio tipográfico es innecesario resaltar.

Prieto dejó instrucciones para que algunos de sus trabajos periodísticos fueran recogidos en tres volúmenes, cuyos títulos dictó. Los otros dos, que los editores desean publicar lo antes posible, se titularán: Convulsiones de España: pequeños detalles de grandes sucesos y Una vida a la deriva: memorias de un sesentón. El que ahora comentamos lleva un prólogo de don Santiago Arisnea Lecea, fechado en México el 20 de marzo de 1962, poco antes de fallecer tan ilustrado cronista vasco. El señor Arisnea, compañero de periodismo y gran amigo de Prieto, no pudo ver realizado uno de sus más caros anhelos.

Entre las múltiples facetas que el prologuista encuentra en Prieto figuran las de tribuno, escritor, filósofo (de la escuela de los escépticos, habida su idiosincrasia, añade el señor Arisnea), socialista y político, demócrata, estadista, polo magnético (por los odios y admiraciones que despertaba) y heroico (aludiendo a las veces que puso en riesgo su vida), para resumir en una frase: la de superhombre. Fue Prieto quien rogó al señor Arisnea que redactara el prólogo de su libro e hiciera la criba de los trabajos que había de contener, cuya selección está hecha con tino singular.

El libro va presentado por la Editorial "El Siglo", a base de un reducido grupo de amigos de Indalecio Prieto, entre los cuales se encuentra el ex ministro republicano don Carlos Esplá, gran admirador de nuestro correligionario y posible autor de las discretas líneas que encabezan el texto, cerrado con un dibujo de Prieto, airosamente tocado por la boina que casi siempre le acompañaba.

En la cubierta, como subtítulos, figuran los siguientes: recuerdos, estampas, siluetas, sombras. Todo ello se encuentra en las 358 páginas de este libro, que se lee sin fatiga por la variedad de temas que abarca, en el sugestivo estilo utilizado por Prieto en sus narraciones.

No se trata de un libro autobiográfico, aunque en él brotan a cada paso, escenas de la vida de su autor, tan rica en peripecias, sobresaltos, triunfos y fracasos. «Si la política es una profesión -tiene escrito el conde de Romanones, gran autoridad en la materia- dudo que haya ninguna que le supere en emoción.» Prieto está retratado en ese párrafo.

Fue en 1891 cuando su madre, viuda, se instaló en la capital vizcaína, con sus dos hijos, sin amistades ni parentescos con los cuales pudiera hacer frente a tan penosa situación. La infancia de estos dos seres fue tan desventurada como la de muchos otros de trabajadores sin padre. En los relatos de Prieto hay escenas que dibujan los sentimientos generosos de su corazón.

Hizo la casualidad que su madre encontrara cobijo en el barrio más popular, de costumbres nada recomendables, por otra parte, de la capital vizcaína. Guiado por su instinto más que por consejeros que pudieran influir sobre él -en el dudoso caso de que se hubiese dejado influir-, se hizo taquígrafo -uno de los mejores en la profesión-, y como tal, antes de los dieciocho años ingresó en la redacción del diario La Voz de Vizcaya, de donde pasó a El Liberal, fundado en 1901 por don Miguel Moya. En uno de sus artículos describe el origen de la ruptura de sus relaciones personales con el señor Moya, presidente de la Sociedad Editorial, propietaria de una cadena de periódicos que atemorizaba a los Gobiernos monárquicos, sin perjuicio de servirles de colchón de muelle cuando estallaban situaciones comprometidas. No en balde fue el señor Moya, diputado cunero por Filipinas hasta 1898, y después de esa fecha continuó siéndolo por Huesca merced al apoyo de Camo, cacique oscense, apoyo convalidado desde el Ministerio de la Gobernación. De iguales favores había disfrutado años antes don Emilio Castelar.

Prieto fue asiduo concurrente a tertulias cafeteriles en Bilbao y en Madrid. Por ellas desfilaban, y en sus artículos lo recuerda, políticos, funcionarios, escritores, toreros, comerciantes, mozos de estoque, aristócratas, artistas, actores, escultores, sujetos estrafalarios y almas exquisitas, que de todo hubo y de todo ello trata en sus crónicas, promoviendo unas veces emoción reconcentrada y otras carcajadas espontáneas por el sale-ro con que maneja a los que desfilan por su imaginación.

Muy joven, se casó civilmente con una hija de Cerezo, concejal socialista de Bilbao, teniendo la desgracia de que falleciese una niña del matrimonio, naturalmente, sin bautizar. Por la legislación en vigor, los párrocos eran quienes autorizaban el sepelio en el cementerio civil de las personas fallecidas, a su juicio, fuera de la religión católica. En este caso no era admisible la duda. Prieto relata del siguiente modo tan singular incidente:

«El párroco decretó en contra de mi aspiración y, además, como preguntara a la persona encargada de las gestiones por qué no iba yo personalmente a la sacristía y supiera por la respuesta que me hallaba acostado, comentó: "¡Estará durmiendo la borrachera con que ha festejado el fallecimiento de su hija!"

»Al enterarme, fui a ver al gobernador civil -un coronel de ingenieros llamado D. Luis López García-, y después de referirle lo sucedido, le dije tranquilamente: "Yo debería castigar a ese clérigo asestándole dos garrotazos, pero he echado mis cuentas y me resulta mal negocio; yo iría a la cárcel y a él le darían otra parroquia más lucrativa o le ascenderían a canónigo, amén de rendirle fervorosos homenajes como nuevo mártir de la fe, aunque su martirio se limitara a ostentar algún parche de esparadrapo. Ahora bien, señor gobernador, aseguro a usted que mi hijita se enterrará civilmente; la enterraré yo mismo, ayudado por varios compañeros, resueltos todos a defendernos contra cuantos pretendan impedirlo". El gobernador llamó al arcipreste, un anciano sacerdote ejemplar de virtud y modelo de afabilidad, y el arcipreste hizo revocar la orden del párroco.»

Como se ve, el predominio de la iglesia en España no es de ahora, aunque por desgracia hoy esté más agudizado todavía. En el pecado llevará la penitencia.

El siglo xx cogió a Prieto tomando taquígráficamente la conferencia telefónica con Madrid para el diario en que prestaba sus servicios. Con ese pretexto refiere cómo nació la letra y en parte la música de "La Marsellesa de la Paz", tan popular en nuestros Centros obreros, iniciativa debida a Manuel Basterra y a Julián Laiseca, dueño el último de la barbería donde se servía Prieto, y más tarde candidato a concejal derrotado por éste en lucha electoral reñidísima entre las dos fracciones en que se dividió la Agrupación Socialista bilbaína. Julián se inscribió en las filas de Perezagua, y su hermano Rufino, muerto en México —fue presidente de la Diputación provincial de Vizcaya-, siguió en la agrupación reconocida por el Comité Nacional de nuestro Partido. Contra su voluntad, Prieto fue abanderado en aquella lucha fratricida, que Pablo Iglesias, requerido para arbitrar el pleito, resolvió en favor de nuestro camarada, a pesar de la estrecha amistad

que le unía con Perezagua, surgido a la actividad política en la Agrupación Socialista Madrileña, recién creada ésta.

En sus primeros años, por deberes profesionales fue taquígrafo del rey, precisamente en los comienzos de su reinado, como tiene referido más de una vez. Si bien no olvidó la taquigrafía -utilizada cuando surgían oportunidades-, dentro del periodismo cultivó todas sus facetas, desde la crónica de sucesos con crímenes espeluznantes, hasta las revistas y críticas de toros, teatros, conciertos, exposiciones de arte, literatura, guerra de Marruecos, donde estuvo en ocasión de la espantosa catástrofe sufrida por el ejército español en Annual, que costó la vida al general Silvestre, instrumento de las irresponsables extralimitaciones constitucionales de Alfonso XIII. Desde su escaño de diputado redactaba la crónica parlamentaria que al día siguiente deleitaba a sus lectores en Bilbao y en Madrid, ya que obtuve el privilegio de autorizarme a reproducir en El Socialista el mismo texto que enviaba telefónicamente con destino a El Liberal, de Bilbao.

La vida política de Prieto comenzó en la Diputación provincial de Vizcaya. Ni quiso ser candidato, ni deseaba alcanzar la victoria; pero su oratoria desplegó por entonces sus alas más asombrosas, y el triunfo acompañó en 1911 a los dos republicanos que con él figuraban en la candidatura de Conjunción republicano-socialista. Más tarde, elegido concejal frente a Laiseca, no encontró de su gusto el cargo, que era irrenunciable, y cambiando de residencia pudo dejar de acudir legalmente a las sesiones municipales.

Contribuyó a este cambio el haber recibido una invitación para crear bajo su gerencia la Compañía Ibérica de Telecomunicación en cuyo nombre estuvo en los Estados Unidos, cuando ya residía en Madrid, plaza del Progreso, número 12, en la misma casa donde vivió muchos años Antonio Atienza, redactor de El Socialista en los tiempos heroicos, en cuyo domicilio estuve infinidad de veces. Atienza fue profesor mío en la Escuela de Aprendices Tipógrafos, creada por la Asociación del Arte de Imprimir a propuesta de su presidente, Antonio García Quejido, y de la que fui fundador el 18 de noviembre de 1905. Prieto explica del siguiente modo su cambio de orientación:

«Me sedujo la propuesta por lo curioso y nuevo del negocio y por mi deseo de abandonar la política que, enroscándoseme demasiado, pugnaba con mi natural adustez, al obligarme a sonreír a muchos estúpidos y acaso también a más de cuatro granujas.»

Los deseos de nuestro biografiado se frustraron porque surgió la huelga de agosto de 1917, y cediendo a instancias de Pablo Iglesias, se trasladó a Bilbao a dirigir el movimiento revolucionario de aquella región. En uno de los trabajos recogidos en este interesante libro se dice que aquella conmoción política se hizo «de acuerdo con los regionalistas catalanes». La verdad es que nuestro amigo inolvidable nunca estuvo identificado con la huelga de agosto -al igual que otros varios camaradas de gran significación-, que incluso la censuraron desde ángulos diferentes, sin que ello creara entre nosotros la menor molestia de tipo personal. Y ha de advertirse que la huelga del 17 fue decretada en un Congreso de la Unión General de Trabajadores y estuvo preparada por un Comité nacional ampliado en el que figuraron representaciones de todas las regiones de España, en tanto que el movimiento revolucionario de octubre de 1934 no fue ideado ni aprobado por ningún Congreso del proletariado. Digamos, porque es la verdad, que los regionalistas catalanes nunca fueron requeridos para colaborar en la huelga de agosto, ni supieron siquiera las consignas que habrían de dar lugar a desencadenarle, y no sobraría agregar que fui yo quien estuve en Barcelona en dos ocasiones, con ese motivo, poniéndome al habla con el señor Lerroux, con nuestros correligionarios y con Salvador Seguí, representante de la Confederación Nacional del Trabajo, a quien visité en el domicilio que escogió para recibirme.

En De mi vida hay artículos en que se perfilan siluetas más o menos acusadas de Pérez Lugín, Valeriano León, marqués de Comillas, Martínez Rivas, Santiago Rusiñol, Lerroux, Pórtela Valladares, la Argentinista, Amadeo Vives, Luis Bagaría, Pérez de Ayala, Unamuno, a quien Prieto conocía demasiado bien; Pío Baroja, que no fue santo de su devoción; Juan Cristóbal, escultor que al triunfar el fascismo escondió de tal modo la cabeza que hizo de Prieto que ni sus amigos pudieron dar con ella; Ricardo Bastida, arquitecto bilbaíno por el que sintió devoción excepcional equiparable a la que expresa al aludir a la generala de las mercedarias de Bérriz, madre Cecilia Gallarza; y

Sebastián Miranda, con el cual cruzó cartas interesantes editadas en un folleto; Rafael Fraile, su médico durante cerca de veinte años y a quien amaba como a un hijo; Ramiro de Maeztu, compañero de mesa varios meses en 1901, que masticaba papel y cometía otras excentricidades. Los hijos de Prieto fueron alumnos de doña Juanita Whitney, madre de Ramiro, de nacionalidad inglesa y casada con un alavés. Maeztu nació en Vitoria, cosa que negó durante varios años por odio a la capital en que vio la luz primera. El propio interesado dijo que hasta los cincuenta años no había acertado con su verdadera vocación...

Todas estas figuras y otras más desfilan por los artículos de Prieto. El dedicado a don Pedro Rico, al conocer su fallecimiento, está escrito con honda emoción. Ahí dice que el Gobierno provisional de la República había dispuesto que la alcaldía de Madrid recayera en don Roberto Castrovido. Como don Roberto ni siquiera fue elegido concejal el día 12 de abril de 1931, su elección hubiera sido absolutamente imposible. El Gobierno provisional, en deliberaciones en que por ausencia no intervino Prieto, decidió que me encargara de la alcaldía de Madrid, y el acuerdo me lo comunicó Largo Caballero, que presidía la reunión de la Comisión Ejecutiva de nuestro Partido en presencia de todos sus componentes, incluso Fernando de los Ríos, en Carranza, 20, cuando estuve allí a pedir informes acerca de cuál debía ser mi actitud dentro del Ayuntamiento, donde yo era teniente alcalde con el régimen vencido. ¿Por qué no fui alcalde de Madrid? Lo he explicado infinidad de veces, pero nunca sobra restablecer los hechos. De los cincuenta concejales elegidos, veinte eran monárquicos y algunos de ellos temibles en la tribuna y muy conocedores de aquella casa. Los treinta republicanos y socialistas que formábamos la mayoría quedábamos reducidos desde el primer instante porque siete, por lo menos, iban a desempeñar carteras u otros puestos que les imposibilitaban para desempeñar ambas ocupaciones, y con una mayoría tan escasa, vigente la Ley Municipal de Cánovas y el Estatuto Municipal de Calvo Sotelo -¡que no fueron derogados durante el largo período de gobierno de Azaña!- era imposible que yo pudiese desarrollar una política sinceramente socialista desde la alcaldía de la capital de la nación. Bien lo sentí desde todos los puntos de vista, porque ese cargo estaba dotado con 40.000 pesetas, y la primera tenencia de alcaldía que ocupé ni tenía dietas ni retribución de ninguna clase. Pero, a mi juicio, el prestigio de nuestras ideas era lo que debía prevalecer.

Don Pedro Rico estuvo en México con el pretexto de haberse reunido allí el Parlamento de la República. Prieto refiere ese viaje con singular donaire, con el mismo que derrochaba Rico en sus deliciosas charlas. Como don Pedro se presentó ante sus amigos, de la noche a la mañana, con un traje nuevo, en sustitución del raído que llevó de Francia, con el que inspiraba compasión, y a Prieto le produjo extrañeza el cambio. Rico se lo explicó:

«—Juan Belmonte -dijo-, enterado de mi precaria situación, me ha remitido desde España unas pesetas con las que he podido pagar este traje, al cual llamo, por proceder de un donativo del famoso trianero, el traje de luces.»

Nada de particular tiene esta explicación, porque hubo otros rasgos parecidos. Belmonte y yo fuimos testigos de la boda civil de Rico con Anita Antén, y bastaría ese dato

para dar idea de la identificación que reinaba entre el famoso torero y el alcalde de Madrid.

Las campañas parlamentarias de Prieto le crearon infinitas simpatías y odios feroces. El general Martínez Anido designó dos compañeros suyos para obligar a Prieto a que se batiera con él. Lo impidió el ministro de la Guerra; pero Anido tomó otras represalias. Dos pistoleros del Sindicato Libre de Barcelona fueron al Congreso, pasando tarjeta a nuestro camarada para que les recibiera en el Salón de visitas. Cuando se sentaron junto a Prieto, estaba yo despachando asuntos que me había planteado una comisión de cierta organización obrera. Vi a Prieto con dos sujetos expresándose en tonos vivos -cosa nada extraña tratándose de él-, y me incorporé rápidamente a mi escaño precisamente porque mi amigo faltaba del suyo y estábamos de acuerdo para que siempre hubiese alguno de nosotros en el Salón de sesiones.

Gracias al ujier Laleona, hombre forzado, y a los puños de Prieto -los usaba sin miramiento si se presentaba la ocasión-, no fue asesinado aquella tarde. Prieto tuvo un incidente grave con Diego Martín Veloz, diputado conservador por Salamanca, matón profesional, que por su dinero y acudiendo a métodos terroristas, se había hecho dueño de aquella capital, donde cobraba el barato. He visto en nuestra primera etapa parlamentaria al marqués de Villaviciosa de Asturias con su pistola de empuñadura plateada amenazar a Prieto. Este aristócrata era muy amigo de Alfonso XIII. Con el marqués de Santillana hubo otra escena de alguna gravedad, por los términos que utilizó al aludir a lacayos que sustituían a determinados aristócratas en escabrosos menesteres.

En uno de los artículos aquí recogidos - "El cardenal amigo"-, trata de tal al entonces nuncio de Su Santidad en Madrid, Monseñor Tedeschini, a quien el Vaticano hizo cardenal en tiempos de la República, con gran enojo del cardenal Segura, adicto a don Alfonso XIII, del cual había sido tapadera en líos amorosos. Prieto, en su libro, refiere lo siguiente:

«El cardenal Tedeschini, aunque sin ostentación, continuó siendo en el Sacro Colegio, y a todo lo largo de nuestra guerra civil, un simpatizante de la República española, pese a los desplantes de que ésta le hizo objeto.»

El testimonio de Prieto restablece la verdad al referirse a este alto dignatario de Roma, siempre enfrentado con el cardenal Segura, enemigo a su vez de la República y del régimen franquista. Para este último, Alfonso XIII era su ídolo, porque había sido su protector. En la vida -desde un punto de vista económico, materialista-, todo tiene explicación...

Prieto tuvo quienes le ensalzaron hasta las nubes y otros que procuraron deshonorarlo sin miramientos. Casi toda su vida fue una lucha sin tregua, dentro y fuera de nuestras filas. Era de una capacidad de trabajo asombrosa. En Bilbao, sus puños y su pistola estaban siempre en tensión. La Pina, conglomerado de aristócratas y capitalistas monárquicos, fue un foco dispuesto a lanzarse contra nacionalistas y socialistas. En contrapartida, republicanos y socialistas se batían contra nacionalistas y monárquicos. Las huelgas y las luchas electorales estaban revestidas de una agresividad exacerbada. En ese ambiente. Prieto vivía como el pez en el agua, aunque él dice, y es verdad, que a veces era tímido hasta la exageración. He aquí sus palabras:

«Es lo cierto que no habiéndome impresionado jamás las multitudes, me turbo frecuentemente ante personas aisladas de superioridad manifiesta. Claro que eso no me ha ocurrido ante botarates, aislados o en grupo.»

Bagaría quiso hacerle una caricatura, en ocasión de haber pronunciado un violentísimo discurso contra el rey. No lo consiguió, y en su lugar dibujó una bomba con la mecha dispuesta a estallar.

—Es usted muy difícil— le dijo, al no acertar con su caricatura.

—Otros lo saben a estas horas mejor que usted -replicó Prieto.

Don Alfonso, irritadísimo, deseaba evitar que volviera al Parlamento, para lo cual buscó millonarios bilbaínos que estuvieran decididos a derrochar billetes en las urnas para derrotar a nuestro correligionario. No logró sus deseos, y en 1923 fue elegido diputado por Bilbao... ¡sin contrincante!

En este libro figura un admirable artículo de Prieto -"La capa del «Abuelo»-", reproduciendo parte de otro que publicó en 1925, a raíz del fallecimiento de Pablo Iglesias. En él dice lo siguiente, poniéndolo en labios de Fernando de los Ríos:

«—Dos hombres han revolucionado por igual la conciencia española: Francisco Giner y Pablo Iglesias. ¿No lo cree usted así?

»Me volví, y contemplando el gentío que, como enorme mancha negra, cubría la calle de Alcalá, contesté:

»—Temo que muerto Iglesias, no pueda recogerse en toda su vastedad la fuerza que representa esta adhesión casi increíble que hoy se le rinde...

»Pasé mi mirada por cuantos formaban la presidencia del duelo y no encontré, ni sumándolos todos, la sustitución, aunque allí figurasen Besteiro, Largo Caballero y el propio De los Ríos.»

Prieto, en su artículo, eludió responder a la pregunta de Fernando. En realidad, nunca fue entusiasta de la Institución Libre de Enseñanza, y a veces lo proclamó ruidosamente. Desde luego. De los Ríos exageraba un tanto al comparar la obra revolucionaria de ambos excelsos luchadores.

Pasó un año, y Besteiro habló en Oviedo para conmemorar la muerte de Pablo Iglesias. Sin aludir a Prieto, le replicó -no era la primera vez que lo hacía con la misma elegancia que entonces-, en los siguientes términos:

«Es preciso que nos demos cuenta (¿por qué no decirlo francamente?) de que no puede haber nadie que asuma la función directiva del Partido como Iglesias la asumió; porque son otros los tiempos, porque son otras las necesidades y porque hoy el hombre de más prestigio, de más condiciones, de más virtudes, de más energías, no podría asumir todas las funciones directivas que este organismo, ya crecido, necesita ejercitar.

»La obra de hoy quizá no exija ese sacrificio heroico que hasta no muchos años ha exigido. Quizá en algunos momentos lo exija también; tal vez no haya cambiado la intensidad, sino la forma del sacrificio y del esfuerzo...»

Besteiro adivinaba el porvenir y hablaba teniendo fijo su pensamiento en los momentos en que pronunciaba su panegírico, en plena dictadura del general Primo de Rivera, preñada de incertidumbres, que, por fortuna nuestras organizaciones acertaron a salvar, posibilitando el triunfo de la República en 1931.

En ese mismo artículo de Prieto se encuentra lo siguiente:

«No hay de Pablo Iglesias una verdadera biografía, pues la escrita por Julián Zugazagoitia, que sólo conoció al "Abuelo" en sus últimos años, ya sin energías, es muy incompleta. Y será difícil hacerla.»

Y tan difícil, querido Prieto. En esa dificultad estoy metido. Conocí y conviví con Iglesias durante un cuarto de siglo, pero estoy alejado de Madrid, en donde seguramente hallaría cuanto me es necesario para completar mis anhelos, que son trazar la biografía de Pablo Iglesias, pero sin olvidar por ello a quienes con él fundaron y sostuvieron el

Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. Porque el "Abuelo" fue mucho, muchísimo; pero tampoco él, con ser tan inmensa su voluntad y tan clarividente su cerebro, hubiera podido realizar aquel milagro que Prieto le adjudicaba de modo singularísimo. No. Entre nosotros, los hombres representan mucho, pero las ideas valen más que los hombres.

Le debo un libro a Trifón Gómez. Prieto sabía por mí que deseaba cumplir ese ofrecimiento. No le he podido llevar a cabo aún. Tengo esperanzas de hacer otro dedicado a Prieto. Si vivo -¡qué ambicioso soy!- llevaré adelante mis propósitos. Porque las ideas son para mí lo esencial, pero las ideas, al mismo tiempo, a veces, están encamadas en los hombres...

Jóvenes socialistas: Si os apasiona la política -¿es que puede haber quien se llame socialista y no le apasione la política?- leed *De mi vida*, de Indalecio Prieto. No perderéis el tiempo.

Ginebra, 13 de agosto de 1965



Se han suprimido de esta edición digital con objeto de aligerar su peso las fotografías incluidas en la edición impresa, así como el Índice Onomástico.